



Ella viene de una isla que quiso construir el paraíso... Así comienza, y así acaba, esta novela desgarradora de Zoé Valdés (La Habana, 1959), una nueva voz latinoamericana, expresiva y original.

Patria, la protagonista, lleva este nombre porque nació el año en que la Revolución triunfó en Cuba. Representa la primera generación de los que crecieron en un sistema que debía desterrar para siempre la injusticia. Pero los años han pasado y el paraíso prometido se ha vuelto un infierno de frustración, penurias y apatía, en el que todos, adictos y escépticos, parecen atrapados. En esta realidad desolada, rebelándose contra la pasión que la ata a dos hombres, Patria escribe sobre sí misma y sobre los demás, sobre lo que observa y lo que siente, lo cotidiano, pasado y presente. Escribe para vengarse, para comprenderse y para que la comprendan, con humor, con ironía, con rabiosa lucidez, hasta que las palabras se adueñan de ella y la llevan hacia un futuro desconocido donde brilla tenue la luz de la esperanza.



Nacida en La Habana en 1959, Zoé Valdés es poeta, novelista y guionista de cine. Durante varios años trabajó en la delegación de Cuba ante la Unesco y en la oficina cultural de la embajada cubana en París. Ha ganado premios de poesía y fue finalista del concurso La sonrisa vertical. Recientemente ha sido galardonada con el Premio de novela breve Juan March Cencillo por su relato La hija del embajador. La nada cotidiana, su primera novela, se publicará en varios países europeos y en Estados Unidos, y ha tenido un singular éxito de crítica y de ventas en Francia y España. Zoé Valdés vive en París con su hija Attys Luna

"Tarde o temprano tenía que salir una obra como *La nada cotidiana*, una novela que da testimonio de la Cuba actual, de la de ahora mismo, y que consigue hacer literatura con todos los tópicos que corren sobre los últimos años de la isla. A Zoé Valdés, joven autora cubana exiliada en Francia, le cabe el mérito de haber sido la primera. La Cuba del desencanto de la revolución, de los balseros, de la escasez, de los lemas grandilocuentes como 'patria o muerte'... Escrita con rabia, de un modo visceral, pero sin perder de vista el humor y la agilidad narrativa."

El País, Madrid

"No es ni gusana (así llaman los castristas a los exiliados en Miami), ni balsera... Salió de Cuba, pero no dejó allí ni su vida ni su amor. Lo puso todo en la historia que, a pedacitos, iba escribiendo... Vale la pena entrar en esa prosa enérgica, imaginativa y sutil. Una prosa dispuesta a sacudir tanto como a provocar la sonrisa (a menudo amarga) y la indignación... *La nada cotidiana* puede provocar de todo menos indiferencia."

La Vanguardia, Barcelona

"Zoé Valdés cuenta la vida cotidiana en la última reserva del socialismo; una vez más, después de Soljenitsin y Kundera, una novela denuncia mejor que cualquier ensayo: el simple relato vale más que todos los anatemas."

Le Monde, París

ZOÉ VALDÉS

La nada cotidiana



ZOÉ VALDÉS

**La nada
Cotidiana**

EMECÉ EDITORES

Ilustración de tapa: © Cathleen Toelke

Copyright© ActesSud, 1995

© Emecé Editores S.A., 1996

Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina

4ª impresión: 2.000 ejemplares

Impreso en Verlap S.A..

Comandante Spurr 653. Avellaneda, septiembre de 1998

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

E-mail: editorial@emece.com.ar

[http:// www.emece.com.ar](http://www.emece.com.ar)

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

I.S.B.N.: 950-04-1594-1

8.954

Porquoi quelque chose plutôt que rien?

¿Por qué algo mejor que nada?

Cioran

A mi hija Attys Luna, que nació en período especial.

Morir por la patria es vivir

Avoir peur de l'avenir, cela nous facilite la mort.

Tener miedo del futuro, eso nos facilita la muerte.

Marguerite Yourcenar

Ella viene de una isla que quiso construir el paraíso. El fuego de la agresividad devora su rostro. Los ojos casi siempre húmedos, la boca suplicante como la de una estatua de bronce, la nariz afilada.

Ella es como cualquier mujer, salvo que abre los ojos a la manera de las mujeres que habitan las islas: hay una tranquila indiferencia en sus párpados. También tiene el cuerpo tenso, en contradicción con sus pupilas demasiado fluidas. No es verdaderamente bella, pero tiene algo... no sabríamos qué, quizás un rictus de ironía o bien un miedo extraordinario. Ella no cambia nunca, no cambiará. Morirá joven y con todos sus deseos.

-¿Cómo te llamas? -pregunta el Querubín.

Ella cree escuchar la voz de un angelote. Y no responde. El mar informe está detrás de sus pensamientos. De pronto había olvidado su nombre. Y también borra al angelote.

Todo se ha vuelto opaco alrededor de su cuerpo. Sus piernas no responden a la orden de avanzar. Ella levita. Sus piernas no existen. ¿Y ella, ella existe?

Tiene hambre y nada qué comer. Su estómago comprende muy bien que debe resistir. En su isla, cada parte del cuerpo debía aprender a resistir. El sacrificio era la escena cotidiana, como la nada. Morir y vivir: el mismo verbo, como por ejemplo reír. Sólo que se reía para no morir a causa del exceso de vida obligatoria.

El espacio se transforma en nube blanca, pura. Podríamos imaginar un muro que acaba de ser pintado con lechada. Nadie se acerca a ella. Además, no hay nadie. Ni siquiera un espíritu. Salvo ella. Creyendo todavía que existe.

Muy ligera, siempre levitando, encuentra un espejo redondo y, para pasar el tiempo, refleja su sexo en el azogue. Ciertamente es una hembra. Por una pequeña cicatriz de seis puntos entre la vulva y el ano ha comprendido, recuerda, haber tenido hijos. ¿Cuántos? No sabe. Su memoria es un gigantesco jardín de

péndulos, los tics-tacs y las campanadas impiden que tenga recuerdos. Ideas, ideas muy raras, malsanas, pasan por el hilo del pensamiento. Ideas y sensaciones creadas al instante. Un abanico de imágenes la obliga a aspirar, está gravemente drogada. Ella ama el gusto de la fuga, del viaje al vacío.

Cuando regresa al estado normal llora sin lágrimas, pero su mirada tiene un brillo hidráulico. El líquido salado no corre por sus mejillas. Ella lloriquea acariciando sus manos congeladas. En el momento que cree que debe partir pierde las fuerzas... Siempre habrá que partir y perder la fuerza, la esperanza... Perderse... Nosotros mismos... Uno debe partir... Allá habrá eternamente un sitio, un país que nos espera... Una nada que nos espera... Una nada enternecedora.

Un Ángel rubio y seductor llega, también levitando. Se para muy cerca de ella, le habla y su aliento perfumado al jazmín le hace cosquillas. Soñar, más que soñar. Enseguida ella se enamora.

-¿Usted cayó aquí por accidente? -le pregunta el Ángel.

-No, no me gusta esa palabra... accidente... yo caí por azar.

-El azar ya no existe, querida señora. Usted debiera desconfiar de todos esos discursos antiguos... Es mejor parecer ignorante que nostálgico.

-¿A qué se refiere usted, estimado Ángel porque es usted un Ángel no?

-Sí, claro, soy un Ángel... Me refiero a todas las criaturas iguales a usted, inocente y a la vez culpable... Las criaturas conscientes e inconscientes... Hoy en día, querida Reina...

-No soy una Reina...

-Lo parece... querida Reina... Le decía que hoy en día el Universo es una suerte de desgarramiento radical. No se puede ser una cosa y otra a la vez... Hay que ser prudente...

Ella no comprende ni una palabra, pero encuentra que él habla como alguien infinito... Falso y bello...

Inhumano y bondadoso al mismo tiempo... Y ella vuelve a ser como antes: una muchacha confundida ante el primer desconocido. No bien comienza a reflexionar sobre la oscuridad de su pasado, el Ángel cae fulminado por un rayo de oro.

Ella llora, fatal siempre sin lágrimas. Dirige su cabeza hacia sus senos al aire libre. Está completamente desnuda y no siente vergüenza. Frágil pájaro moribundo, sabe que su infancia está enterrada muy lejos, en lo hondo de sí misma, y constata que no ha envejecido. Está en el medio, en el justo medio de las edades, de los números, en lo inexplicable. Enfrente reposa el misterio, detrás las tinieblas.

Podríamos decir que la noche va cayendo y que las estrellas van apareciendo como de costumbre: resplandecientes. Sin embargo, no es la noche, ni tampoco un cielo espléndido, estrellado. Es el silencio. El sonido ensordecedor del silencio. Su letanía, dando la impresión de que es la noche.

¡Cuántos sentimientos naturales! La frescura del viento, un beso sobre los labios, la amistad, la canción espesa de la manigua. Y una risa. Ella busca en vano un rostro en el follaje. Nadie, solamente una carcajada.

-¿Hay alguien? -tiembla.

-¡Sí, por supuesto que hay alguien, usted! -responde la Nada.

Ella busca todavía, endemoniada.

-¡No busque más! ¡Existo y no existo!

-¿Y con quién tengo el honor de hablar? -Ella se hace la valiente-. ¿Quién es usted?

- Yo soy yo. Yo soy ese que soy. ¡El que decide! -exclama la Nada.

Ella piensa que siempre hay, en todas partes, ese «que decide». Y que nunca ha sido ella, precisamente, quien ha decidido por sí misma.

-Estoy aquí para explicarle la razón por la cual debe usted partir.

Vacila, no quiere saber. No le gusta conocer, porque conocer para ella significa abrir brutalmente una cicatriz.

-Y bien. Estamos en el Purgatorio. Usted está muerta. Y nosotros, los que decidimos, tenemos un grave problema con usted. Pues tiene cincuenta puntos para entrar en el Paraíso y cincuenta puntos para ganar el Infierno. Su alma es demasiado inocente para obtener el Infierno y fue lo suficientemente malvada para merecer el Paraíso. No podemos permitirle una estancia interminable en el Purgatorio... Entonces...

-¿Entonces, qué? - Tiene fiebre. Quiere discutir pero no logra estallar. Pierde fuerzas.

-Entonces soy yo quien decide... -La voz de la Nada penetra en ella.

Un rayo dorado hiere sus ojos, su cuerpo desnudo, su espíritu, mitad sereno, mitad impetuoso... Ella sueña que mares de lágrimas corren por sus mejillas. Abre los ojos a la manera de las mujeres que habitan las islas. Está todavía desnuda, acostada en la arena, el mar alrededor de ella acariciando su piel afiebrada. La han obligado a volver a su isla. Esa isla que, queriendo construir el paraíso, ha creado el infierno.

Ella no sabe qué hacer. ¿Para qué nadar? ¿Para qué ahogarse?

Heroico nacimiento

Cuenta mi madre que era el primero de mayo de 1959, ella tenía nueve meses de embarazo, ya sabía que yo era niña. Cuenta que caminó y caminó desde La Habana Vieja hasta la Plaza de la Revolución para escuchar al Comandante. Y en pleno discurso comencé a cabecearle la pelvis, a romperle los huesos. La tuvieron que sacar en hombros hacia la Quinta Reina. Antes de salir de la concentración multitudinaria, al pasar por delante de la tribuna, el Che le puso la bandera cubana en la barriga, pero ella apenas ni se enteró, porque yo seguía jodiéndola, provocándole unos dolores del carajo. Y Fidel continuaba con su arenga más verde que las palmas. Y yo dando cabezazos, codazos, tortazos, queriendo huir de su cuerpo, de todas partes.

La barriga le bajó hasta el pubis, dice que sintió dentro como una explosión de constelaciones. Cerró los ojos y saboreó el dolor de la espera. Una vez más, esperaba, y en esta ocasión era bien distinto. Mi padre llegó regando tierra colorada que sacudía de su cuerpo, todavía con el sombrero de guano encasquetado hasta las cejas y el machete en la mano. Lo habían ido a buscar a la zafra. Él se acurrucó junto a su barriga y se estremeció de buen presagio cuando descubrió la bandera. Ella explicó que había sido el Che quien se la había puesto y él casi se desmaya de orgullo; su pecho se infló, sonrió satisfecho.

Ella dice que en aquel momento no estaba tan segura de tener los dolores de parto. Comentó que tal vez, sencillamente, estaba mala del estómago. Pero después de varias contracciones pensó que no podía tratarse de un suceso menor en su cuerpo, de un goce escatológico. El cuerpo se anunciaba como nunca, en otra dimensión, alternando entre lo microscópico y lo macroscópico. Su intimidad se exponía al infinito, como una ecuación matemática. Estaba a un paso del latido de la nada. ¡Y cuánta vida dentro! Mi padre, nervioso, juraba y juraba que la amaba. Ella sin él no hubiera podido enfrentado sola. Ella es dura, o se hace la dura. Fue muchas veces al baño e hizo una caca sanguinolenta, por momentos verdosa. Pasó la noche repitiendo bajito:

-Voy a parir. Ahora sí que voy a parir.

Mi padre me recuerda siempre que ella fue toda la vida muy valiente. Yo fui su primera y única hija. Ella ignoraba -como todas- cuán doloroso podría ser, y

eso -la inexperiencia- la mantenía a la expectativa de sí misma. No liberaba totalmente su miedo. La vistieron con una bata ridícula, muy corta y descotada. La acostaron en una camilla húmeda, sudada. Ella abrió las piernas -sabrás por fin cuánto dolerá-. El obstetra le ordenó que pujara en cuanto viniera la contracción. Hundió su mano y hurgó, se ensañó en el pujo. Duele como la muerte. Es la vida ahí dentro, así debe de doler el fin. Mi madre aún no había roto la fuente. Se la desbarataron con una varilla larga, blanca, y plástica. De mi madre emanó abundante agua caliente y resbaladiza, como una grasita agradable que la envalentonó. La mano del especialista agitó con violencia la barriga. Ahí donde yo estoy. Estuve.

La llevaron a un saloncito lúgubre. Afuera, mi padre se comía las uñas, se arrancaba los pelos, ni siquiera se atrevía a fumar. Las paredes del saloncito estaban grises de churre, los sillones empercudíos, dos camas disimuladas con parabanos. En cada sillón se quejaba una embarazada, con sueros colgándole de los brazos amoratados. Allí esperó, demacrada dentro de su bata ridícula, pero con la bandera cubana que le pusiera el Che todavía sobre el vientre.

Elena Luz, la doctora guerrillera, consideró que mi madre tenía ya siete centímetros de dilatación, estaba preparada para parir, pero las contracciones estaban muy distantes unas de otras. Le encajaron un suero en su brazo tostado por el sol de la manifestación y la caminata del Primero de Mayo, Día Mundial de los Trabajadores. Mi madre cuenta que se sintió como una res abierta, igualita que la del famoso cuadro del pintor holandés. Ya no podía controlar el ritmo de los dolores. Todos los médicos venían a batuquear su barriga y a hundir sus manos extrañísimas en ella.

Ella iba del sillón gris a la cama y viceversa, en repetidas ocasiones. Los médicos le pidieron que pujara. Ella no quería desmayarse. Las manos ajenas volvieron a abrir su vulva y se pasearon de un lado a otro. Su vulva era como el cuello de tortuga de un suéter de invierno. Ella se derramó en sangre por la vulva, por el clítoris, por el ano, orinó, vació sus intestinos. Exponía el cuerpo abierto y las entrañas exploradas a la mediocridad rutinaria que descubrió en las miradas de los doctores.

Sus ojos le obturaron el cerebro, agarró fuertemente sus rodillas y pujó con rugido de leona. Se le escapó una pierna y tumbó el suero al piso. Le pincharon el otro brazo. De nuevo el trasteo feroz en su interior y los dolores inenarrables. Según los expertos estaba a punto de parir, según ella se moría, se vaciaba. La condujeron caminando hasta el salón de partos, en medio del pasillo una desgarradura abrió de un tajo la vulva hasta el ano. ¡Ésa es mi cabeza!

Ya en el salón, ella brincó por encima de la agarradera de la camilla. Un pujo y nada. Otro gran pujo largo y tridimensional. Mi cabeza estaba trabada. Y otro. El pujo de la fuerza, el que la hizo a ella madre y a mí hija. Ardoroso. A un

mínimo instante de la muerte. En ese pujo -dice ella- se tocaron la vida y ese más allá desconocido.

-¿Dios será eso? -todavía se pregunta.

Ella quiso verlo todo cuando salí de su cuerpo y lloré suavemente, con un ronroneo. Yo era fácil y resbalosa. Estaba ajena de mí. Aún sigo ajena de mí. Mi madre dejó de ser yo. Yo dejé de ser ella. La limpiaron por dentro con energía y chorros gélidos. Le enseñaron la inmensa placenta hermosa como una escultura. Aún duele como nada y todo. La cosieron lento y ella sabía que perdía mucha sangre. ¿Hasta cuándo dolerá la fuerza de la vida? Yo, fuera de su universo, inicio el mío. Para ella terminó el dolor. Para mí acaba de comenzar.

Mi padre saltaba de alegría, aunque bastante desilusionado, pues yo no había nacido el Primer Día de los Trabajadores de la Revolución triunfante, sino el dos de mayo. Yo aún era un bultico baboso del unto materno envuelto en la bandera cubana y ya comenzaban a reprocharme el no haber cumplido con mi deber revolucionario:

-Debió haber nacido ayer, por dos minutos es hoy, ¡qué barbaridad! ¡Debió haber nacido el Primero de Mayo! No se lo perdono a ninguna de las dos -no cesaba de lamentarse con el rostro eufórico. El doctor le consoló:

-No coja lucha, compañero, este día también se conmemora una fecha importante, el Día de los Episodios Nacionales, los Fusilamientos en Madrid, el cuadro pintado por Goya, ¿lo recuerda?

Mi padre no sabía ni jota de la historia de España, ni de ninguna historia. Si acaso algo de la guerra de independencia contra los españoles. Él sólo tenía claro que su enemigo era el yanqui, y que el Primero de Enero había nacido su Revolución y su hija con ella, sólo que en primavera, que aquí en el Trópico es lo mismo: un calor del carajo.

-¿Cómo le pondrán a la bebita?.. ¿Ya pensaron en un nombre?

-Pues mire... Me gustaría ponerle Victoria... o mejor, mejor... ¡Patria!... ¡Patria es un nombre muy original!... ¡Soy el padre, el padre de Patria, de la Patria! ¡El Padre de la Patria! ¡Carlos Manuel de Céspedes! ¡El primero que libertó a sus esclavos! ¡Qué par de cojones, qué toletón!

Y mi padre, emocionado, sollozó creyéndose glorioso.

**Yocandra,
entre el terror y el pudor**

Tres ventanas abiertas confirman que el mar existe. Y si él existe yo estoy sentada al borde de la cama, como cada mañana, bebiendo sorbito a sorbito un café retinto y amargo que hace unos minutos era polvo y ahora es líquido. ¿Cuánto hace que comencé esta ceremonia matinal? Beber café contemplando el mar, como si las olas fueran fragmentos de vida. El agua es una atracción lenta, una serenidad máxima, un espanto curioso que sosiega. Hace infinitos amaneceres que hago lo mismo, atravesar la espuma con la carne hierática mientras el alma me susurra que ella existe, como el mar. Como el mal del desequilibrio. Dentro de mí, igual que en cada sitio de la tierra, se hizo añicos el equilibrio. Nada me aterra y todo declara que el terror abunda. Debe de haber un secreto excepcional que los dioses escondieron bajo quién sabe qué banal forma exterior, obligándonos a creer en ellos y a pensar que somos instrumentos de exquisita utilidad para controlar la eterna búsqueda de una coherencia o perfecta armonía entre lo infinito y lo efímero. Para los dioses ser hombre es un don que regalaron demasiado apriisa. Y el gran misterio, ¿a quién entonces será confiado?

Yo nací asfixiada y aún me falta el aire. Mi cabeza estuvo mucho tiempo trabada en la pelvis de mi madre. Padezco de un suspiro eterno. Es la disnea la que permite que yo palpe la vida segundo a segundo. Y en esos segundos hay preguntas, preguntas cuando aspiro, preguntas cuando espiro. Es un doble ejercicio: físico y mental. ¿Por qué todos invocan una rigurosa disciplina de respuestas, cuando el presente es un cataclismo de interrogantes?

¿Hace cuántos siglos que mi boca está saboreando este café y mis ojos mirando ese mar y mis piernas permanecen inertes, y por eso ávidas de todos los rumbos?

Anoche en mi cama durmió un traidor, anteanoche un nihilista. ¿Cuánto hace que vivo esta pasión agotadora de alternar mis deseos? ¿Por qué intento continuar con uno lo que no pude terminar con el otro? ¿Acaso necesito vivir subrayando la diferencia? ¿Conviene extenderse en el drama humano del tiempo? ¿Por qué habrá que pensar tanto y tanto en los días que pasan? ¿Será necesaria esta normalidad dual, ese transcurrir de los instintos al análisis, o viceversa,

desconfiando de todos modos? ¿Qué es toda esta emoción antigua que invade al silencio cuando me doy cuenta de que aún respiro? ¿O es tan sólo que estoy viviendo la crisis de los treinta y pico de años?

Total, que me despabilé con el buchito de café, me lavé los dientes, desayuné agua con azúcar prieta y la cuarta parte de los ochenta gramos del pan de ayer. He administrado muy bien el pan nuestro de cada día. Cuando hay -isi es que hay!- lo pico en cuatro: un pedazo en el almuerzo, otro en la comida, el tercero antes de acostarme, si no lo he compartido antes cuando tengo visita, y el cuarto es el destinado al desayuno. Después volví a lavarme los dientes. Tengo pasta dental gracias a una vecina que me la cambió por el picadillo de soya, porque yo sí es verdad que no ingiero eso, sabrá Dios con qué fabrican esa porquería verdosa y maloliente. Me han vuelto vegetariana a la fuerza, aunque tampoco hay vegetales.

Me vestí con el primer ropaje cómodo y fresco que encontré, recogí mi pelo, eché una última ojeada al espejo: me veía bien, como siempre lista para la batalla. En la sala, saqué la bicicleta de detrás del sofá, verifiqué que las llantas estuvieran bien de aire, me eché la mochila a la espalda, abrí la puerta y bajé los ocho pisos por la escalera con el vehículo chino de dos ruedas a cuestas; además de que el ascensor jamás funciona, tocaba apagón. Vencí los altos peldaños a oscuras y cuando llegué a la entrada del edificio podía exprimir el vestido para quitarle el sudor.

Ya estoy en la calle, pedaleando como cada mañana, pensando en las musarañas, en cualquier momento me aplasta un camión. Voy hacia la oficina: EL TRABAJO. ¿Qué trabajo? Hace dos años que hago lo mismo todos los días: pedalear de mi casa a la oficina, marcar la tarjeta, sentarme en el buró, leer algunas revistas extranjeras que continúan llegando con dos y tres meses o años de retraso, y pensar en las musarañas. Nuestra revista de literatura, de la cual soy la jefa de redacción, no podemos realizada por «los problemas materiales que enfrenta el país», el periodo especial y todo lo que ya sabemos que estamos sufriendo y lo que nos queda por sufrir. Casi siempre termino de remolonear con las musarañas a la hora del almuerzo. Entonces abro la mochila, saco el trocito de pan del nailon, la mitad de un plátano y bebo mi pomito de agua con azúcar prieta, la que barren en los centrales azucareros. Todavía tengo café a final de mes, ¡una proeza! Pero casi nunca ocurre. Si este mes aún me queda es porque canjeé un paquetico por una astilla de jabón. Ya me llevé un semáforo, sigo en la bobería. Pues en la oficina estoy hasta las dos de la tarde, porque ya en ningún lugar se trabaja hasta las cinco. Regreso pedaleando y pensando en lo de siempre: las musarañas. Llego a la casa, no hay luz. Me meto a cocinar desde las tres, pero en lo que el gas va y viene me dan las ocho o nueve de la noche. A esa hora si logro comer me puedo considerar una mujer realizada. La mayoría de las veces he comido a medianoche. En lo que la cazuela se eterniza en la hornilla me da tiempo de bañarme, cargar agua

de la esquina, subir los ocho pisos con un cubo en cada mano en tres y hasta en cuatro idas y venidas. Como riego tanta agua por los pasillos debo secar la escalera con una toalla vieja porque las frazadas de piso cuestan un dólar cincuenta en el diplomercado de la Setenta. A la hora que termino de cenar limpio la casa y antes de acostarme leo algo, o veo alguna película en vídeo, si para entonces han puesto la electricidad. Esto es lo que hago, más o menos, cada día de mi vida, cuando no me visitan el Traidor o el Nihilista. Pensar en las musarañas es pensar en ellos, o repasar como ahora los argumentos cotidianos de mi existencia. Por ejemplo, ayer me lavé los dientes antes de desayunar y no lo hice después, estuve todo el día mal en la oficina, con la dentadura áspera. Pero es que no puedo desayunar sin antes lavarme la boca, el desayuno no me sabe a nada, y como que ya de por sí es absolutamente insípido...

Tengo que pasar la avenida grande, tengo que pasarla, antes de que pongan la luz roja... Nada, no fui lo suficientemente veloz con los pedales, tuve que parar de todas maneras...

-¡Patria, Patria! Niña, ¿no me conoces? -Es aquella «militonta» que en las escuelas al campo del preuniversitario me ponía las guardias los fines de semana para joderme y que yo no pudiera ir a los encuentros con los varones. No voy a mirarla, no la saludaré. Ahí viene, y el semáforo sin cambiar.

-Oye, Patria, ¿estás sorda? ¿No te acuerdas de mí?

-Es que me cambié el nombre. Ahora me llamo Yocandra.

La Militonta estudia de cabeza a pies mi indumentaria, su rostro se vuelve desconfiado, pregunta desafiante:

-¿Y eso por qué, tú? ¿No te sentías orgullosa de tu nombre?

Yo respondo viendo cómo la luz roja se pone amarilla y después verde, y la Militonta se ha apoyado en el manubrio de la bicicleta y amenazadora apuñala mis pupilas con las suyas, y yo contesto, humildemente:

-Creo que no merezco ese nombre, no estoy a la altura. Era demasiado para mí...

-¿Tú no te habrás vuelto «gusana», de esas de los derechos humanos?

-Mira, yo sólo quería llamarme Yocandra, por amor...

-¿Por amor a qué, a quién? Podías haber seguido con tu anterior nombre, también por amor... Por si acaso, la próxima vez que nos veamos ni me saludes, ¿correcto? La cosa está muy requetadura... y tú sabes que yo trabajo en una firma francesa controlada por los «segurosos»... se la pasan verificándome. No puedo arriesgar mi trabajo porque... ¡Ay, Patria! ¿Qué te pasa, por qué me empujas?

Te empujo porque no estoy para oír hablar mierdas, ya bastante tengo con las mías. Y te dejo tirada en el césped, pudriendo el verdor de los helechos, saco de oportunismo. Tú, la que en los años setenta delatabas a cualquiera que vieras hablando con un extranjero, porque según los estatutos cualquier extranjero era en potencia un enemigo. Por culpa tuya, cuántos estudiantes perdieron su carnet

y hasta la escuela. Tú, puta de «seguroso», ¡ahora trabajas en una corporación extranjera! y no me llamo más Patria porque siempre odié ese nombre, porque en la primaria se burlaban de mí, porque en el fondo respeto profundamente el significado de esa palabra. Pero además, ¿qué sentido tiene llamarse así? Y porque fue él, mi primer amor, el de mis dieciséis años, el que me desposó, y después nos divorciamos, y me casé tres veces más (en el trópico uno empieza desde muy temprano a casarse y a divorciarse, es como tomarse un vaso de agua). Y al cabo del tiempo, y de tantos maridos, ahora es mi amante, el que alterno con el Nihilista, el otro, el joven, al que de verdad amo hoy por hoy. Porque con el Traidor lo mío ya es como una venganza, una adicción incontrolable, unos deseos de humillado, de cobrarle una a una las que me hizo. Al principio fue eso, cuando me presenté se rió a carcajadas. ¿Cómo podía él acostarse con la Patria? ¡Ni muerto! Esa noche, él mismo me vistió correctamente con mi uniforme escolar, y añadió que cuando me cambiara el nombre regresara a verlo. Yo contaba dieciséis años y aspiraba muy en secreto a ser una escritora de renombre universal. Él tenía treinta y tres y decía que había publicado dos novelas, tres libros de ensayos y un libro de poesía. Era el escritor de moda. Además era bello y vestía bien, recuerdo muy nítidamente un trajecito azul celeste de mezclilla fina, marca italiana, que combinaba con unos zapatos italianos de piel de cabritilla, tan suaves como la nada. Tenía el pelo castaño y peinaba bucles, ojos color miel y tez rosada. Brillante escritor -según todos-, viajaba mucho (eso lo supe cuando en uno de los primeros encuentros me mostró los cuatro álbumes de fotos de todos los países europeos Y de América Latina que había visitado). Hablaba italiano -lo había aprendido con una amante italiana más vieja que él-, francés -lo había aprendido con un amante suizo más viejo que él-, y ruso -para ser sinceros sólo lo chapurreaba.

Esa noche iniciática, cuando no quiso hacerme el amor a causa de mi nombre, lloré como una magdalena, sin consuelo. Él se desentendió y olvidándose de mí se sumergió en la lectura de un libraco de tapas doradas. Muchos años después, ahora, me confiesa que fingía leer para ver cómo yo reaccionaba. Yo reaccioné de la manera menos esperada: tomé un manuscrito de su mesa de trabajo. Eran versos. Versos dedicados a Yocandra... De buenas a primeras sentí unos celos sordos, de esos que dan ganas de golpear las paredes, pero me contuve. Con los ojos inmóviles y ardientes leí aquel libro hasta la última palabra, lo consideré genial, hoy me resulta cándido. Inmediatamente quise ser aquella mujer que tanto amor y dolor había inspirado en aquel sabio. Me maldecía por no haber nacido como ella, en otro país, quería ser extranjera, tener los ojos azules y el pelo casi blanco por lo rubio, parecido al de las suecas, hablar con acento, conocer otro continente, no quería ser yo. Las lágrimas oscurecieron la saya color mostaza, «color mierda de mono», así decíamos, del uniforme. Sollozando, coloqué cuidadosamente aquella obra maestra de la literatura cubana sobre la mesa y salí en sepulcral silencio hacia el crepúsculo habanero. Al día siguiente hice todo el pape-

leo, amenacé a mis padres con que si no me daban la autorización dejaría la escuela. La segunda noche llegué al cuartucho del Traidor, toqué bajito varias veces la puertecilla de duende. Él, desnudo, abrió, y es tan alto que tuvo que encorvarse para descubrir que era yo.

-¡La Patria en persona! -soltó irónico en una carcajada.

-No... no... -lo detuve temerosa y tímida-. Me cambie el nombre. Me puse... Yocandra... -Su. rostro en la penumbra me pareció violeta, pestañeó repetidas veces, parecía no haber oído bien-. Sí, Yocandra, como la mujer de tus versos...

-¿A quién le pediste permiso, quién eres tú para robar el nombre de mi musa? ¡Esto ya pasa de castaño oscuro! Así que llevo años de años buscando un nombre extraño, sugerente, que sea un gancho para los editores, le pongo a mi libro *Los versos de Yocandra*, y vienes tú, maldita pulga «cuatro pelos», a robarme mi título. ¡Qué pensarán el día de mañana los exégetas de mi obra, creerán que lo puse en honor a ti, porque tú me inspiraste esos versos, cuando en realidad ha sido al revés, eres tú quien roba mis ideas!

-Perdona, pensé que así yo te gustaría más...

-¡Gustarme tú, gustarme! ¿No te has visto en un espejo? ¡Eres una niña flaca, malcriada y ladrona! ¡A lo mejor hasta espía! ¡Yo tengo muchos enemigos, muchos que quieren secarme el cerebro con brujerías!

-Mira, mejor me voy, yo sólo pensé que acostarme contigo sería romántico, distinto, como en las novelas... No te preocupes, mañana vuelvo a recuperar mi nombre...

Entonces el Traidor se calló, cuando viré la espalda me retuvo por los hombros, chupó mi nuca. Fue el primer chupón que recibí en esa zona. Me tomó de la mano e hizo que yo entrara en su madriguera. No por deseo. Mucho menos por amor. ¡Ni pensarlo! Nada más que por ir a la contraria.

El Traidor

¿Cómo conocí al Traidor? Yo regresaba de las clases de mecanografía que recibía de una mulatona que pretendía ser refinada, sofisticada y de salón, y que tenía su escuela clandestina en un solar del Callejón del Chorro. De súbito rompió a llover con uno de esos aguaceros habaneros, los goterones partiéndote el cerebro, los truenos obstruyéndote los tímpanos, los relámpagos encegueciéndote, y yo que le tengo terror a los rayos, y más a convertirme en un pararrayos, me quité todo lo metálico que llevaba encima y corrí por el medio de la calle evadiendo cualquier posible derrumbe, rezando casi en alaridos:

-¡San Isidro, el aguador, quita el agua y pon el sol!

Ni un alma en la calle. Sólo allí, al final del parque de Aguiar, luchando con un paraguas negro, en medio de la ventisca y debajo del aguacero torrencial estaba él, estudiándome como una fiera a su presa. Pasé por su lado y se ofreció para protegerme con el paraguas, le di una clase de revirón de ojos que todavía me duelen las niñas y los lagrimales. Él me persiguió, no pudo resistir la tentación, me le antojé candorosa, empapadita, el agua transparentaba mi vestido y sus dientes hubieran querido volar para marcar mi dura carne, mi «señora piel», como en el poema de Lezama dedicado a Fina. (El Traidor me contaría años después que Lezama estuvo toda su vida enamorado de ella, platónicamente, claro.) Yo estaba lista para sus mordiscos, un ser para traicionar. Nunca me vio bella, confesó en sobradas ocasiones, pero sí víctima, y eso era lo que él buscaba, lo que busca. Me condujo al portal de un convento, recitó un fragmento de su último libro, sacó un ejemplar de una cartera de cuero, y me lo dedicó. Sin preguntarme el nombre escribió: «A una niña hecha de lluvia». Allí nos cogió la noche, hablando, él de gran literatura, yo de las novelas soviéticas (cuando aún eran soviéticas) que vendían en las librerías nuevas. En las librerías de viejo todavía se podían hallar joyitas. Cada vez que mencionaba un título, él hacía una mueca de asco. Sólo cuando enumeré los libros cubanos y latinoamericanos que había leído se asombró y me felicitó, depositando un beso ensalivado en mi frente.

Después de aquella vez hubo otras persecuciones, y hasta guardias montadas en la esquina de mi edificio, y compinches espías que averiguaron casi todo sobre mi vida. Digo bien, «casi todo», él creía que todo. Por fin acudí una noche a

su cuarto, en el solar de los intelectuales. Allí malvivían pintores, artesanos, escritores, músicos, periodistas, arquitectos, ingenieros, actores, y mucha chusma también, metralla de todo tipo: un indio oriental que se hacía llamar Argelino, un delincuente con treinta y seis gatos y dos perros pastores alemanes (todos en el mismo cuarto), que se hacía llamar Al Cafotano, por el aquello de Al Capone, un proxeneta, y un traficante de divisas y de drogas. Esa noche, por fin, se enteró y se espantó de mi nombre. Y regresé al día siguiente con el nombre cambiado, con la vida cambiada.

La segunda vez me preguntó si yo era virgen.

Claro que respondí que sí, realmente lo era, nadie aún había penetrado mi vulva, mi himen estaba intacto. Él no podía admitir aquello. Me amenazó con el dedo y me partió para arriba visiblemente airado. Si yo era virgen alguien tenía que desvirgarme, pero jamás él. Él era incapaz, no soportaba a las vírgenes, él no se atrevía a romper algo tan delicado y húmedo, ¡el himen! (¿Cómo iba a sospechar que mucho tiempo después, y muy a menudo, iba a desgarrar zonas más sensibles en mí: la dignidad, el alma, y toda esa mojonería tan importante para nosotras?) Yo tenía que irme otra vez y volver rota y cuidadito con contarle cómo había sucedido. Sería horroroso para él entrar en detalles que nada aportarían a nuestra futura relación sexual.

Yo podría haberle explicado que era señorita por la vagina, pero no por otros «anal»es. Aunque en la escuela algunas muchachas comenzaron a meternos miedo con que por atrás también se salía embarazada, que con sólo pasársela, si caía una gotita en el muslo la cosa podía embarrarse y ya era el embarque. Yo esperaba el oscurecer para restregarme en el muro del Castillo de la Fuerza con un expreso político de cincuenta años. El acababa de obtener su libertad. Me contó que lo único que había hecho era apedrear una vidriera que exhibía una bandera del Veintiséis de Julio y unas consignas idiotas, por eso había cumplido trece años. Fue una aventura hermosa, algo sufrí con ella, pero me inició en las lecturas diferentes. Por él conocí *La tregua*, de Mario Benedetti.

Bastó media vez que mi padre comentara que lo último que le podía pasar a él y a su familia, el golpe mortal, era enterarse de que su hija templaba con un negro, para que yo me metiera hasta el tuétano con un negrón de ojos verdes, marino mercante para colmo. Por él conocí en anécdotas todos los puertos importantes, sobre todo el de Hamburgo en Alemania -cuando aquello era República Federal- y las famosas calles de putas de San Pauli. Del negrón ojiesmeralda tuve que salir huyendo porque no se contentó con la retaguardia y ya quería el frente único, y porque yo no era tan valiente en aquella época, ni poseía las condiciones económicas mínimas, para enfrentarme a los problemas raciales de mi padre.

En fin, que yo no era tan doncella, sólo formalmente. Pero ¿quién podía atreverse a interrumpir el manoteo de aquella fiera enjaulada en sus obsesiones? El Traidor -anegado en llanto- me abrió la puerta y por ella salió, no una jovencita

asustada, sino un himen criminal. Un himen dispuesto a matar el primer pene que se atravesara en su camino. Salvo el amado.

En la parada de guaguas del muelle de Casablanca, un peludo esperaba solitario cualquier ómnibus. Tanta era la mariguana y el ron que había ingerido que no tenía idea de su destino, sólo sospechaba que tenía que salir de aquel marasmo. Le di un chapuzón en el agua turbia y apestosa del Malecón, brillante de residuos de petróleo. Después me paré en el medio de la avenida y sacándome un pezón conseguí *botella* en el auto de un *General*. Expliqué que mi hermano sufría de una fuerte crisis asmática y había que correr al hospital. Nos dejó en el cuerpo de guardia del Calixto García. De allí, una vez que la chapa del auto del *General* desapareció, bajé arrastrando al peludo hasta La Red, un night-club oscurísimo del centro del Vedado. Se llamaba Machoqui, y en pleno año setenta y cinco se había propuesto ser hippie cuando ya nadie en el mundo, y mucho menos en Cuba, lo era. Le di cuatro bofetones, lancé dos jarras de agua fría en su imbécil cara y comencé a besarlo para no perder la costumbre del romanticismo. En el pullman descosido y sudoroso, escuchando un bolero en la propia voz de José Antonio Méndez, él se abrió la portañuela, y se sacó el pito bien tieso. Yo ya tenía el blúmer por los tobillos. Evoqué la guillotina, y de un tirón me senté en la cabeza del rabo. Él chilló de dolor, yo no había lubricado lo suficiente. Costó trabajo, pero lo decapité. Sólo hubo un mínimo ardor y una aguada sangrecita. Mi himen había cumplido su cometido: matar a un tolete. Consumado el hecho, como experto criminal, desapareció sin dejar rastros. Y con la misma, acotejé mis ropas, pagué y me fui. De Machoqui, mi destupidor, nunca he vuelto a saber.

Regresé al cuartucho del Traidor. Por supuesto, él no me esperaba. Abrió somnoliento -ya era madrugada- y bostezó sin cuidarse de no mostrarme los empastes. Yo lo aparté a un lado y entré ligera. Como a punto de bailar un vals.

-Ya -dije sonriente, en el colmo del éxtasis.

-¿Ya qué? -preguntó al tiempo que encendía un cigarrillo.

-Ya me partieron.

-Quieres decir que ya no eres...

-Eso... virgen... Con permiso, ¿puedo lavarme? -La esperma del melenudo me corría por las rodillas.

Allí no había baño. Él, desconcertado, me trajo un cubo plástico conteniendo agua y una tina aparte. Delante de su cara lavé mi sexo rojo y enjuagué y quité la pobre manchita sanguinolenta de mi blúmer. Él viró su rostro fingiendo que no quería ver, pero lo vio todo con el rabillo del ojo. Encendió otro cigarrillo, sonrió observándome siempre detrás de la constante nube de humo. Yo me puse muy seria. Yo sólo quería -y todavía no sé por qué- de una manera brutal, enfermiza, que ese hombre me amara.

El Traidor desvirgó mi inocencia, si hoy soy despiadada es por su culpa. Era el destinado a violar mis sueños y lo hizo cruelmente. Era el que debía mentirme y

me mató a mentiras. Era el que marca, y aquí estoy cubierta de cicatrices. Él nunca lo sabrá, no está preparado. Yo lo amé como sólo puede hacerlo una adolescente. Dócil, y con la inteligencia abierta a cualquier locura. Y sus locuras las tomé demasiado en serio. Fue el primero que quise, y eso, de cierta manera, lo convierte en excepcional.

Así comenzó nuestra historia de amor. Estuve un curso entero sin portarme por la escuela, pero ¿y qué?, aprobé con notas excelentes compradas al profesor-guía por mil pesos. Cuando aquello, mil pesos era todavía dinero, una suma para caerse de culo. No sólo obtuve buenas notas, sino que me dieron una carrera en el Pedagógico. Era el momento del célebre lemita, que tantos estragos profesionales produjo, de que «la vocación no existe, la vocación es el deber cumplido». Y todo el mundo, en masa, tenía que ser maestro o médico, porque la patria lo necesitaba, y no había profesores de Educación Física, y esa carrera era mortal porque tenías derecho a un cuarto en Ciudad Libertad -compartido entre cinco, claro-, ropa deportiva, zapatillas de tenis mortales, mono para yoguin mortal, medias gordas hasta las rodillas con rayas a colores mortalísimas, desayuno, almuerzo, merienda y comida en un comedor estelar, piscina, profesores requetebuenísimos, rubios, tostaditos, musculosos, aspavientosos. Y en esa carrera me inscribieron, sólo por la interesante suma de otros mil pesos más, que pagaba el Traidor, claro, él ganaba mucho: trescientos veinticinco pesos al mes, más los derechos de autor que se habían restituido. A esa facultad mandaron también a los filtros del aula, a los de cien, a los que aspiraban a ser psicólogos, periodistas, diplomáticos, juristas, científicos, a los cerebrones que se habían matado en las actividades políticas, escuelas al campo, reuniones y todo tipo de comemierdería para ganarse la militancia. Porque si no eras militante no te ganabas la carrera de tus sueños. Pero la carrera de tus sueños se convirtió en la de tus pesadillas cuando se impuso el deber cumplido, porque la vocación es otro invento yanqui, pura propaganda enemiga. ¿Qué será hoy de la vida de Pepe Soto, que quería ser cantante lírico y tuvo que irse a correr campo y pista? Además, para colmo, mira que la vocación le resultó irónica, nada más y nada menos que carrera con obstáculos. ¿Y de la de Julia León, que soñaba con ser fiscal, acusar y acusar? ¡A cuántos no echó p' delante para probar y recontrademostrar que en el futuro podía ser un fiscal de altura, de las que no se rajan! Tuvo que irse a Medicina, a la especialidad de Ginecobstetricia. ¡A cuántos inocentes no estará condenando al patíbulo! Yo había faltado todo el año a la escuela. En mi vida había pisado un terreno de Educación Física, no era militante por haberme escapado de madrugada para ir a pajear a los varones en su albergue, y por no haber accedido ante el asedio sexual del secretario general de la ujutacé de mi grupo. Yo era la peor de todas, y sin embargo, ya estaba en la universidad. Gracias a la benevolencia del Traidor, pero sobre todo, gracias a mi «prisión fecunda» a su servicio.

A partir de aquella segunda noche en la que aparentemente ya yo reunía los requisitos para que el Traidor se acostara conmigo, a éste se le metió entre ceja y ceja que yo era un ser inocente, al cual debía forjar, defender de los horrores y de las agresiones del mundo exterior, y hacer a su imagen y semejanza. Dejé las clases de mecanografía. La mulata sofisticada había desfalcado los bolsillos de mis padres, yo llevaba seis meses tecleando en la vieja Remington y no había aprendido ni a usar todos los dedos. Un mediodía, el Traidor me desnudó y me sentó como vine al mundo frente a su espléndida Olympia. Tapó el teclado con una hoja en blanco, vendó mis ojos, comenzó a acariciarme el cuello, la espalda, las nalgas, las teticas, el ombligo. Mientras tanto me dictaba poemas de *En la calzada de Jesús del Monte*. Mi sudor corría a mares y sus manos larguiruchas y secas cortaban los chorros que corrían desde mi cuello a mis pezones, de mi espalda a la raja del culo, de mis sobacos a las caderas. Antes del anochecer, ya yo escribía ciento veinte palabras por minuto, imposible pero cierto. Así comenzó esta historia de amor, a lo militar, él ordenaba y yo cumplía al pie de la letra. Yo era una extensión de su pensamiento. Si él escribía un ensayo sobre el cine mudo era yo la que debía dedicarme a ver minuciosamente, filme a filme, desde la invención de los Lumiere hasta los inicios del cine parlante, y por tanto la decadencia del mudo. Yo llegaba con toda la documentación, se la colocaba en el lado derecho de la máquina y él escribía un ensayo brillante digno de una antología sobre el Centenario del Cine. Si se trataba de la pintura gótica tenía que leerme todas las enciclopedias, marcar con papelitos de diferentes tonalidades y anotar cuidadosamente los nombres de los cuadros y de los autores en las puntas para que él pudiera hallar sin demora las reproducciones de las obras de arte a las que hacía referencia. Empecé a darme cuenta de su tiranía bien tarde, en realidad cuando ya había aprendido -o chupado- lo suficiente, porque aquella sin duda alguna fue mi gran universidad. A pesar de lo que sufrí y trabajé, madrugadas enteras sin pegar un ojo, a pesar de la explotación (¿lo era?). Sí, pero yo no lo sabía, yo cumplía cada orden por amor. Para mí, así debía amarse, eso era el amor. Él, sin embargo, ordenaba por negocio. Yo era la estudiante que recibía comida, cama, sexo, y una enseñanza grandiosa, exquisita. Muy pronto aprendí a manejar el cuchillo y el tenedor a la manera francesa, y los palitos chinos. Antes yo comía con cuchara. Recibía una preparación muy diferente a la de las bobaliconas de la escuela. A cambio de mis tareas, además debía lavar y planchar toda la ropa, incluso la de cama, y limpiar el cuarto. Cuando meses después entré por la puerta de Ciudad Libertad, me bastaron tres semanas para darme cuenta de que sus aulas nada teman que ver con el conocimiento. Me dormía en las clases, no resistía los largos entrenamientos. (Total, yo no iba a ir a ninguna olimpiada, yo sólo impartiría clases de educación física a niños, adolescentes o, en el mejor de los casos, a jovencitas aburridas y templonas como yo.) Abdominales, y uno-uno, y dos-dos, y tres-tres, y cuatro-cuatro, planchas, y uno-dos-tres-cuatro, cuclillas, y uno-dos-tres-

cuatro, rompan filas, jueguen a lo que quieran... Tres semanas fueron más que suficientes y desistí. Nunca más fui. Así y todo, por malabarismo monetario del Traidor, en la pared de la sala de la casa de mis padres hoy cuelga mi flamante diploma de graduada universitaria en Educación Física. Nunca ejercí *Mi brillante carrera*. Ahora recuerdo la película australiana con ese título y me estremezco porque la protagonista, Sibylle, y yo nos parecíamos mucho. Cuando salí del cine iba pensando que si en el futuro tenía un hijo con el Traidor y salía hembra le pondría ese nombre. Pero el Traidor no quiso nunca saber de hijos. En aquel instante le conté mis pensamientos, al día siguiente se apareció con una gatita recién nacida y medio moribunda, a la cual bautizó con el nombre de Sibylle.

¿Qué pensaban mis padres entretanto, qué opinaban? Nada, porque nada sabían. El Traidor y yo preparamos un guión perfecto y con sus buenas relaciones con funcionarios de todo tipo de ministerios consiguió los documentos necesarios para lograr la gran mentira. Para mis padres, yo había hecho mi último año de preuniversitario con una beca especial para hijos de pinchos en Isla de Pinos, me habían captado en la escuela por mi inteligencia y buen comportamiento, pero por encima de todo por el excelente desenvolvimiento de mi progenitor, implacable dirigente sindical. Para mis padres, yo era militante (poseía hasta un falso carnet). Para mis padres, yo había matriculado la carrera de Educación Física y permanecía becada en Ciudad Libertad. En las vacaciones mentía diciendo que iba al campo a colaborar en los planes agrícolas. Para mis padres, yo era un modelo de hija. El Traidor era el maestro-guía que cada mes los visitaba para informarles de mis progresos y prodigioso rendimiento escolar. Para ellos, yo era dirigente estudiantil. Eso a mi papito lo ponía en el clímax del orgasmo paternal.

En verdad vivía prisionera como en un convento, mi religión era el amor y mi dios era el Traidor. En verdad yo era feliz, porque para mí aquella vida no era humillación y no tenía puntos de referencia con otros estados de felicidad. Afuera el mundo era tan feo que aquel cuarto atestado de libros constituía mi palacio repleto de tesoros. El Traidor dormía por el día y trabajaba de noche y de madrugada. Una o dos veces por semana iba a lo que él llamaba «la oficina», un sitio prohibido para mí. Yo no debía transgredir las fronteras del cuarto, cuanto más las de La Habana Vieja. El Traidor me pertenecía de Monserrate hasta la Bahía. Fuera de estos límites, el Traidor era de él, de otras mujeres, de los amigos, de «la oficina». Cuando viajaba a otros países yo me enteraba de su regreso cuando lo tenía ya frente a mí, de vuelta, con su trajecito italiano azul celeste, su cigarrillo y la eterna cortinilla de humo. La maleta repleta de libros nuevos en ediciones lujosas y regalos, pacotilla para toda su familia, incluida yo. Con el tiempo fui recibiendo cada vez menos regalos.

Al Traidor lo invitaban a muchas recepciones oficiales, una en nombre del Gabo, otra en honor a Régis Debray -aún era de izquierdas y por lo tanto bien visto-, una comida con Carpentier y Lilia, un homenaje a cineastas soviéticos en la

muestra de cine de los países socialistas; en fin, una serie de ridiculeces sociales a las cuales tenía que asistir con frecuencia. Me ponía entonces en la terrible tarea de escogerle la ropa. ¿Guayabera? La guayabera, digan lo que digan de que es el traje nacional, a mí me pareció siempre cheísima, uniforme de mediocres, segurosos y oportunistas. Yo le sacaba del escaparate a dos lunas las camisas francesas, los perfumes franceses, el traje inglés, los zapatos italianos. Pero él me alertaba, no era correcto llamar la atención haciendo ostentación con tanta elegancia. Mejor se ponía la guayabera, que era made in México (las de fabricación ciento por ciento cubanas eran sencillamente espantosas). Nunca lo vi vestido con la ropa perjudicada, nunca, ésa era el ajuar de los viajes. Yo planchaba la guayabera, el jeans, también mexicano, lustraba las botas tejidas, lo perfumaba, peinaba sus bucles, lo despedía en la puerta con un beso que él esquivaba, como si fuera una mujer con miedo a borrarse el rimmel. Él desaparecía entre el verdor de los helechos que adornaban el pasillo, detrás del quejido de la reja. Yo me quedaba enjaulada con Proust o Baudelaire.

Al cabo de tres años, en una ocasión en que iba a Ciudad Libertad a entregar el pago al sobornado profesor para que me aprobara el curso, al salir vi que de un Anchar (auto de alquiler particular de los años cincuenta, hoy sólo subsiste en dólares, pero en aquel momento era bien barato) me hacía señas una mano masculina churrosa de tinta para que yo me acercara. Cuando iba a seguir de largo la portezuela se abrió, tuve un vahído, por poco me desmayo. El Traidor. No podía creer a mis ojos, nunca antes lo había visto fuera de nuestras fronteras. Pensé que tal vez se equivocaba, y a pesar de sus continuas llamadas seguí andando. Él corrió detrás de mí, me tomó del brazo.

-Oye, tenemos que casarnos, hoy mismo, ya lo arreglé todo, hace falta que nos casemos... Necesito una mujer, digo, una «compañera»... Me dan un puesto importante en un país lejano, en Europa, y tengo que ir casado.

Me empujó dentro del auto. El auto rodó y rodó y mi cabeza con él. Llegamos al Palacio de los Matrimonios, allí nos esperaban el fotógrafo y dos testigos que el propio fotógrafo había salido a buscar a la calle. Dos viejos cagurrientos y borrachines del bar de la Sociedad Árabe en Prado. La abogada fue a leer el código de la familia, pero el Traidor sacó de su bolsillo cien pesos. Ella cerró el libro en el acto y preguntó sintética:

-¿Se aceptan ustedes mutuamente por esposos?

-Sí -dijo él.

Yo no contestaba. Pasaron dos, tres, cuatro, cinco minutos, nada. Un nudo angustioso inmovilizaba mi garganta. Tenía los ojos aguados, un miedo con ganas de vomitar, de cagarme. Mi mamá no estaba allí. Mi padre se suicidaría automáticamente después de la noticia, de seguro, aunque el Partido desapruueba el suicidio, no admite suicidas en sus filas. Y yo... mosquita muerta, gatica de maríaramo,

casándome sin ceremonia, sin invitaciones, aprovechándome de la bondad del Traidor que me quería llevar de viaje... El Traidor me pellizcó el cachete.

-¿Qué pasa? ¿Por qué no contestas? Tan embulladita que estabas.

La notaria dudó, y a pesar de los cien pesos, me pidió el carnet de identidad nuevamente. Comprobó que soy mayor de edad. Cumplidos los diecinueve. Y yo queriendo contarle a esa señora extraña «mire, compañera abogada, yo lo conocí menor, pero ya pasaron tres años de encierro, y soy mayorcita y sé lo que hago. Y lo que hago es lo que él ordene, porque él es un hombre de mundo y sabe lo que hace, y siempre le ha salido bien. Él va por el camino correcto y yo detrás. Para eso soy su novia, o amante, o secretaria, o criada -no, perdón, la compañera que trabaja en la casa, las criadas no existen desde que la Revolución triunfó- o...»

-Sí, lo acepto por esposo.

O su mujer. Casada por el Palacio. Sin traje, sin brindis. Pero con fotos. Sin mamá, sin papá. Pero con fotos. Despeinada, sudada, vestida a-lo-comoquiera. Lo importante es el papel, el certificado de matrimonio donde consta que el escritor futuro diplomático posee una mujer, digo, una «compañera». Y las fotos que son la prueba más evidente de nuestro feliz y auténtico casamiento. Yo con una cara víctima de filme de terror que no la brinca un chivo. Como Mía Farrow en aquella película donde ella es una ciega y matan a toda la familia de la casa y ella se queda solita dentro, trancada con el asesino.

-A partir de ahora tendrás que acompañarme a todas las recepciones. Tendremos que comprarte trajes apropiados y zapatos altos. Me gusta que andes en tacones para que resaltes. Siempre he disfrutado de que otros hombres codicien a las mujeres que he tenido. Si nadie las mira, si nadie las ambiciona, entonces también para mí pierden el encanto, dejan de gustarme.

Al salir del Palacio, recibimos el primer piropo de dos muchachos que pasaban en un taxi.

-¡Anda, niña incestuosa! ¿Te casaste con el *puro*?

Él sonrió ligeramente, encendió un cigarrillo y comentó:

-Las cosas empiezan bien.

Me pelé cortico. Comencé a maquillarme. El Traidor se ocupó de comprarme todo el atuendo necesario. Mis padres encontraron estupendo que yo contrajera matrimonio con el profesor-guía, qué remedio no les quedaba, y a lo hecho, pecho. Aunque mamá lloró a escondidas en el baño, yo la escuché lamentarse. Ella había soñado con el traje blanco y largo, y los invitados y el cake con los muñequitos encima, y con la tiradera de un puñaíto de arroz (no se podía tirar más porque la cuota del mes no alcanzaba), y con toda esa mariconería de las madres con el matrimonio y las hijas hembras. Papá tragó en seco. Si el Traidor no hubiera estado delante me habría partido la cara de un gaznatón. Pero él no podía ni enfrentar ni traicionar al Traidor, el maestro-guía, el futuro diplomático, que tan irrepreensiblemente se había portado con la familia y que ahora era su yerno. Entré en la al-

ta sociedad socialista tropical. Conducida de la mano de un hombre famoso, todos miraron indiferentes a esa niña temerosa, enmascarada y virándosele los tobillos por no saber dominar los tacones.

Cada vez que al Traidor le presentaban a alguien importante, respondía orgulloso:

-Encantado, soy filósofo.

Mi ingenuidad -o ignorancia, llamémosle como quieran- no llegaba a tanto como para no pasar vergüenza ante tan petulante y dudosa afirmación. En este país hay boxeadores, peloteros, macheteros de avanzada, constructores, internacionalistas, médicos, poetas, educadores, críticos de arte, de cine, ¿pero filósofos? Filósofos habrá en Alemania, pero no en este país, con tanto calor y hambre y guardias de comité y reuniones para reunirse en otras reuniones, consejos, asambleas generales, asambleas populares, en las cuales se discute la misma bobada de siempre, por qué el pan no llega a su hora, si es que llega. En este país que no hay ni vergüenza, qué vergüenza va a ver si no hay desodorante, ni una malanga, ni un cariño... ¿Un filósofo, viviendo en una cuartería cochinitísima, sin baño ni cocina? ¿Un filósofo, cargando cubos de agua? Aunque en verdad la que los cargaba era yo. No importa, él es filósofo. A costa de lo que sea. No ha escrito una palabra de filosofía, pero argumenta que él piensa mucho y que los hombres que piensan son filósofos, y algún día escribirá magistralmente todo el enredillo que tiene en la mente, en su cerebro, palabra que detesta porque no suena poética.

Al principio yo me ruborizaba, pero le creía, temblaba de emoción, ¡qué belleza estar enamorada de un filósofo! Aún hoy el Traidor se presenta como filósofo, sin todavía haber escrito una línea sobre el tema. El otro día, en la cola del pescado, cuando el Traidor quiso adelantarse alegando que un filósofo no podía perder el tiempo en colas, una gorda le dio una clase de pescozón que lo lanzó sobre el charco junto al contén. Y tuvo que zumbarse las seis horas parado, leyendo no sé qué librito de Derrida. No sólo aquí, ¿a quién en cualquier parte del mundo actual no le avergonzaría confesar que es filósofo? ¿Para qué sirven? ¿Sólo para pensar? ¿En las musarañas, como yo? A lo mejor también soy filósofa y aún no me enteré.

Pero el Traidor no se contentaba con ser un hombre de pensamiento, también se describía como un hombre de acción, un Rambo del comunismo, un machista leninista. El durísimo que desde los ocho años de edad había participado activamente en la lucha clandestina como mensajero. A los once había alfabetizado a guajiros brutísimos en la zona más intrincada de la Sierra Maestra. A los catorce casi pierde la vida y se convierte en un mártir -cualquier hospital podría llevar su honroso nombre- en las montañas del Escambray, en la lucha contra bandidos. Después, por supuesto, hizo el Servicio Militar, y todas las zafras habidas y por haber. (Sin embargo, sus manos son las de un pianista, blancas, palmas rosadas,

suaves, sin una ampollita. Yo, con apenas seis escuelas al campo, tengo las manos y los pies llenos de callos.) También estuvo de reportero en los bombardeos de Nicaragua y de Angola. Se hacía el agentón de la Seguridad del Estado, siempre andaba en una «misión complicada». El misionero rojo, fue el nombre que adquirió por mi amiga la Gusana. Con todo y eso, tenía embobada a media población femenina habanera, porque, como todos los protagonistas de acciones tan relevantes, es sobre todo muy mujeriego. A mí no me interesaba para nada toda aquella sarta de heroicidades, nunca creí un ápice de aquel anecdotario. Lo escuchaba como se escucha la novela de las dos, en estado total de semivigilia, absolutamente embriagada con la sonsera cotidiana. Yo no amaba al héroe, yo creía amar al escritor. Y en cuanto al hombre, ¿cómo podía amar a ese hombre morboso que sólo lograba venirse cuando con las embestidas furibundas de su cabilla hacía sangrar mi sexo? Por eso me habitué a las pajas. Sólo a hurtadillas gozaba de un amor imaginario. De mi invención. Porque a él lo inventé yo.

Partimos cuatro años para un país extranjero. Era la primera vez que yo salía de esta isla y ésa es otra novela que debo escribir. Yo iba llorando en el avión, recitando bajito, haciéndome la Avellaneda:

*iPerla del mar! iEstrella de Occidente!
iHermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.
iVoy a partir!... La chusma diligente...*

Repetí el soneto cientos de veces, como un credo frente al refectorio, hasta que la tierra desapareció y sólo hubo nubes, y después nada... La nada aburrida que me durmió. Ese sueño -o pesadilla- duró los cuatro años de estancia en aquel país lejano, quiero decir europeo, a donde me habían trasladado de esposa acompañante. Y seguí siendo la misma fea durmiente, la maltratada, la sin destino, siempre pendiente de la frase que podía destruirlo todo, del estruendo que me despertaría.

El Traidor estuvo todo ese tiempo encerrado en una buhardilla, escribiendo una novela que según él le tumbaría el Premio Nobel a Masantín el torero. El producto terminado debería reunir las características siguientes: gótica y requetehermética como las de Umberto Eco, sobre todo la del péndulo, la profundidad filosófica de las de Marguerite Yourcenar y Thomas Mann, la emanación terrible de *El Perfume* de Patrick Süskind, la densidad poética de Hermann Broch, la sequedad rigurosa de Beckett, y por supuesto, la cubanía de Lezama y Carpentier. La novela, el *masterpiece* que elaboraba, parecía más bien un *collage* de los últimos autores reseñados en *Magazine Littéraire*. Por otra parte, nadie podía leer una línea de lo que escribía, cuando llegaba visita escondía todos los papeles que

descansaban encima del escritorio de fina caoba de Honduras comprado en Roche & Bobois. Cuando salía -en poquísimas oportunidades- guardaba celosamente el manuscrito en una caja fuerte. Yo comencé a sospechar.

El Traidor sólo dormía cuando yo me ausentaba, y me botaba de la casa a cada instante bajo pretexto de que yo debía visitar los museos, o ir al cine, o a casa de alguna amiga, o a leer en los parques, y todos esos «tures» amparados con el «money» de mi bolsillo. Me iba a las ocho de la mañana, regresaba a la una de la madrugada, muerta de nostalgia, frío y hambre. Y con algo peor, o mejor, en todo caso muy grande: la duda. ¿Hasta cuándo? En las películas, en los libros, en las casas, en las vidas de otros, el amor no era así.

Una tarde retorné de improviso, él estaba bañándose, en tres saltos me puse de la puerta al escritorio, no cerré para que él no escuchara el ruido del cerrajo. Busqué en las páginas, intenté leer fragmentos de la magna obra: trescientas páginas llenas de una única frase:

«Todos me persiguen. No puedo escribir por que todos me persiguen.»

La misma frase repetida hasta la saciedad, hasta la página trescientos. Escuché que el agua de la ducha mermaba, y en tres saltos ya estaba en la escalera -me dio tiempo de volver a cerrar sin ruidos-. En la calle nevaba, yo sentía un frío del coño de la madre que te parió, hijoeputa, yo pasando hambre, dolores de ovarios y de barriga, cagando debajo de los puentes, comiendo *baguettes* a toda hora, el pan más barato -dicen que ha subido- y el más rico, pero también cansa comer a toda hora pan a capella. (Diera el culo por un plato de frijoles negros, pero allá tampoco hay. «Allá» es Cuba, allá, ¿cuándo habrá lo que tiene que haber?) Lo que debiera hacer es ir ahora mismo a la Embajada americana y pedir asilo -no político- sino marital. Yo durmiendo en los metros, de casa en casa (ya hasta caigo mal, cada vez que llego la gente me pone cara de «ahí llegó la malquerida», se nos agotaron los temas), de cine en cine, gastando dinero hasta en películas pornográficas, de museo en museo, harta de esculturas y de cuadros, de catálogos, afiches, cartas postales, fotografías, y todo es dinero, dinero, dinero, y no tengo ni un amigo para contarle que Gustave Moreau es el pintor que más me ha descojona'o la vida, mejor dicho, uno entre otros principales. Comiéndome la gran mierda del siglo, creyendo que con todo este sacrificio estoy contribuyendo a la gran obra de un escritor cubano, que además es mi marido. Aún es mi marido, porque debo señalar que, antes de salir en las mañanas, cuando ya estoy lista en la puerta, bañada, vestida con mi ropa limpia y planchada, el abrigo impecablemente sacudido, sin una basurita, peinada, perfumada, entonces es cuando a él se le antoja singarme con ropa y todo encima de la colcha blanca que suelta pelusitas, o de la alfombra polvorienta, porque él no se gastará un quilo en comprar el esprai limpialfombras, ni yo tampoco, claro está. (Como esposa acompañante sólo gano sesenta dólares al mes y no tengo derecho a trabajar fuera.) A esa hora debo volver a quitarme la ropa, bañarme nuevamente, introducirme un óvulo de

nistatina en la vagina porque parece que él ha tenido relaciones con una venezolana de la UNESCO que le ha pegado una trichomona del carajo. Ten paciencia y perfúmame de nuevo, repíntate los labios. Y cuando parece que puedes salir a bairte con las oleadas gélidas de la mañana, él te procura, dulce, casi tierno e indefenso:

-Amor, ¿dejaste mi comida preparada?

Of course, my dear, honey, darling, papito lindo, mi chini, mi coqui, papichuli, etc... Dejé la comida recontrapreparada, el almuerzo que devorarás sin acordarte de mí, sin dejarme ni las sobras. La cena que te jactarás hasta chuparte los dedos y ni las migajas del pan para tu niña, oh baby, sólo los platos amontonados en el fregadero, y las manchas de café por todas partes y las colillas de cigarros, y los ceniceros desbordándose.

En la calle recordé que ya yo había visto esa película, *The shining* -*Resplandor* en español-, y él igualito que Nicholson, escribiendo la misma frase, matando a todos, los fantasmas, los vivos... y yo dentro del laberinto, huyendo siempre, llorando, esperando el hacha en la espalda, el cuchillo en la puerta del baño... No, me dije. Un NO más grande que el de cualquier campaña política latinoamericana. No puedo seguir con este loco. Porque me está enloqueciendo, enfermando. Ya soy una psicópata.

Regresé y una vez más fui sincera. Confesé que había descubierto su novela y que la había leído.

-¿Genial, no? -fue su respuesta socrática, es decir, por el hecho de haber contestado con una pregunta.

Mientras yo hacía las maletas, él amenazaba con el suicidio. Fui a la cocina y sin el más mínimo comentario ni asomo de alarma le puse el cuchillo en las manos. Siguió lamentándose. Fui al botiquín y le preparé el cianuro. Continuó gimoteando. Lo penúltimo que escuché fue:

-Por culpa tuya no puedo escribir. Siento que me espías y eso me inhibe. Todos me espían, pero tú con más encono... Tú eres la culpable...

Por un tin así no solté la carcajada, porque recordé el bolero completo de punta a cabo: «Usted es la culpable, de todas mis angustias, y todos mis quebrantos. Usted llenó mi vida, de dulces inquietudes, y amargos desencantos...» El Traidor vino corriendo, me puso la hoja afilada entre las manos, abrió la camisa de su pijama color punzó, y arrodillado suplicó:

-¡Mátame, mátame! ¡Asésiname!

Ni hablar, pensé yo. Imaginé los titulares en los diarios y en el noticiero: «Talento escritor cubano muere descuartizado a manos de su esposa joven y aburrida, una inútil que lo único que hacía era vagabundear mientras él sudaba y se desvivía trabajando en las páginas de su última y genial novela». Recogí mis pertenencias como pude, a lo loco, dejando sin duda cosas de valor y llevándome

las boberías que el nerviosismo me permitía ver, en medio de aquel capítulo digno del más vil culebrón venezolano.

Pensé que sería fácil para él olvidarme. En cierta ocasión, almorzando en un restorán habanero con nombre francés, La Fayette, me había dicho que para él no constituía ningún trauma borrar a una mujer de su mapa. Sólo tenía que pensar y fijar sus defectos físicos, y con ese método ya la exterminaba. Yo tengo varios, por desgracia. O por suerte.

El avión, el divorcio. Me enamoré una segunda vez. Me casé y enviudé a los dos años. Sí, también soy viuda joven. Lo perdí en un accidente de avión. Ése podría ser otro libro de amor, el que tal vez nunca escribiré. Porque no se puede escribir toda la vida toda, y porque el dolor sigue aún profundo y latente. ¿O sí podré escribirlo? Lo perdí. Tardé mucho en enamorarme de nuevo, pero pude. ¿Olvidé? No, no olvidé, pero me dio una manía de enamorarme. Ya no soy aquella muchachita llorona y templona. Ahora me paso el día pensando en las musarañas, o me voy al Malecón a venderle en dólares a las jineteras la ropa que ya no me sirve, o a cambiar azúcar por malanga, malanga por habichuela, habichuela por cebolla, cebolla por arroz, arroz por leche en polvo, leche en polvo por detergente, detergente por aspirinas, aspirinas por azúcar, y así, y así, y así... en los mercados negro y rojo, que es la mezcla de los ladrones estatales con el pobre pueblo que, por razones obvias de humanidad, para poder sobrevivir deberá delinquir. Parece la letra de una canción de Pablo Milanés.

El Traidor, por su parte, también retornó a éste, su amado país natal, y volvió a casarse muchas veces, pero todas las mujeres lo dejan porque se niegan a ser consideradas espías. Él sigue escribiendo libros que no se publican, porque además de que hay que esperar las donaciones de papel de los países con cargo de culpa, y a que haya electricidad en los talleres, quién coño va a publicar un libro de quinientas páginas con la misma frase. El Traidor me tocó a la puerta una mañana, era domingo y habían transcurrido varios años, en sus manos se marchitaba una orquídea:

-Toma, es una catleya. -Apuntó a la orquídea de montaña, haciéndose el Proust.

Y yo estaba sola. Y quise salvar la sedienta flor. Y él daba pena lo malmacho que se había puesto, flaco, calvo y encorvado, los dientes cariados y flojos. Y yo sabía -porque venía de verme en el espejo del cuarto- que lucía radiante con mis treinta años. Y, ¿por qué no? Lo dejé pasar.

La casa de las ex-culturas

He terminado por corroborar que la acción más importante de mi vida es despertar. Despertar del letargo impuesto por la espesa realidad. Despertar cada mañana y beber un café comprobando que el mar sigue ahí, gozándolo a través de las ventanas de mi refugio hexagonal. Despertar y beber un café y mirar al mar, ésa es mi máxima aspiración. ¿El mar nunca se irá? ¿Por qué en lugar de retirarse aumenta, se desborda, borrando el muro, las casas, robando objetos y vidas? ¿Qué pecado de este pueblo está cobrando el mar, cada vez con mayor encono? ¿Por qué no se va, no se pierde, y en su ausencia crecen flores y nace un inmenso jardín para los niños y los jóvenes y los viejos y todos? El mar últimamente tiene una roña, y por causa de la roña del mar, Hernia, la vecina, estuvo internada en un hospital de día, para dementes y de choquetes. Porque ella vive en la planta baja y el mar entró, cuando la tormenta del siglo, y se le llenó de agua la casa hasta más allá del techo, y perdió los muebles, la cocina americana, la lavadora rusa, los ventiladores japoneses, el refrigerador cubano, los colchones que compró en El Encanto cuando se casó en el año cincuenta y dos, los butacones forrados en damasco, el televisor a color (ya no podrá ver *Felicidad*, la telenovela brasileña, los lunes, miércoles y viernes, si es que hay luz). Perdió a los canarios, porque al perro pudo subido al segundo piso, pero con las quince jaulas de pájaros no hubo quien la ayudara. Cada cual estaba salvando lo suyo. Además el mar arrasó de súbito, sin avisar. Hernia llora, ya no mira como yo al océano, con amor, ahora lo maldice, le retuerce los ojos, está encabronada con Yemayá. Y a veces se reconcilia y le lanza ofrendas, rogándole para que no vuelva a suceder, y le ha puesto miles de *asistencias* al gobierno, que le prometió al menos venderle otros colchones nuevos, pero a cambio tenía que entregar los viejos, así estuvieran empapados en salitre, porque es la prueba de que es cierto, la evidencia concreta de que el mar descojonó la casa y de que ella no está metiendo forro, embarajando, diciendo mentiras, para después revenderlos en el mercado negro. Pero el océano se los llevó, porque cuando él dice aquí estoy yo, no cree ni en colchones americanos, se lo traga todo. «Pues si no trae los colchones, compañera, no podrá adquirir los nuevos.» y Hernia no tiene los colchones viejos, el mar los devoró, y si los poseyera tampoco tiene transporte para llevarlos al sitio donde, por haber perdido todo

en la tormenta del siglo, tiene derecho a inscribirse para, cuando entren (porque los colchones nuevos aún no llegaron, «y no se hagan ilusiones, no son carneros, son individuales») pueda comprarlos, aunque sólo por reposición. Cualquiera se preguntaría: ¿y para que esa señora pasa tanto trabajo por dos miserables colchones, por qué no va a una tienda y los compra por sus medios, y basta? No, no puede, en este país no hay tiendas en moneda nacional, y los colchones cuestan caros en la diplomueblería Le Salon, alrededor de quinientos fulas, digo, dólares. y entre los huevos, la leche, en resumen, la comida, y los colchones, Hernia necesita la comida, y no va a gastar el dinerito que le manda su familia de Miami en colchones, además de que tendría que esperar cien años para poder reunir toda la plata. Y entre tanto se acuesta en el piso pela'o, a mirar las manchas que el mar estampó en la pared y en el techo, porque no puede dormirse. De todas las recetas de calmantes que el psiquiatra le prescribió, no encontró ni una pastilla en las farmacias de todo el territorio nacional. Entonces, ella ya no quiere saber de los homenajes que la gente le hace al mar y a otras cosas. Es -como lo indica su nombre- la hernia de la cuadra, la de la sociedad.

Los menores quehaceres los he ido convirtiendo en derroches intolerables de tiempo. Frente al espejo pienso una eternidad, con la boca embarrada en pasta dentífrica -este mes la cambié por chícharos-. Lo que antes hacía en segundos, en la actualidad lo hago en horas. Sin embargo, hoy he utilizado favorablemente el tiempo. Hoy, por esa razón, me siento más segura de no haber perdido nada. A las nueve ya estaba aquí, en la oficina, revisando los mismos papeles que hace años reviso, los artículos que ya hasta los propios autores han olvidado que escribieron. Con calma, minuciosa, he meditado en las musarañas, llevo media mañana en eso, dándole vueltas a mi telaraña. A las doce en punto abriré mi nailito, sacaré mi humillante, en lugar de humeante, almuerzo, y a soñar un mediodía más con la publicidad de comidas que veo en los canales americanos. Mi vecino compró la antena parabólica -en dólares a un particular que se roba la señal del satélite, y le ha puesto un artefacto sofisticadísimo que, aunque el gobierno le ponga lo que le ponga para interferir la señal, ni Mahoma podrá impedir que vea la televisión americana, que es una mierda igual, pero ponen películas y hay propagandas de comidas y de desodorantes y de champúes. Entonces el vecino conectó un cable a mi televisor y así también yo me beneficio. Pero no me salió gratuita la conexión. El problema es que él no tenía ventanas que dieran a la parabólica del Hotel Habana Guitart Libre (¿Libre? Habana Hilton en la República, Libre con la Revolución, y ahora Guitart en... ¿la neo colonia española?). Por eso me pidió, me suplicó, que le prestara la ventana para instalar la antena, a cambio de tirarme el cable, de compartirla conmigo.

Y ahora no tengo nada que hacer. Podría irme, nadie lo notaría, a la playa. ¿A cuál playa? ¿En bicicleta, bajo un sol que le requetraquetea el mamey? (¡Ah, mamey, cuánta añoranza, eres sólo una palabra para saborear en la literatura!)

Podría embullarme a visitar a un amigo, y ésa sería la solución para disipar este estado de ostracismo. Adivino de antemano el tema de conversación: lo mala, lo horrible, que está la «cosa». Y más tarde vendrían las discusiones sobre la «cosa», y sobre la actualidad mundial para desquitarnos de nuestros defectos con otros países (otras «cosas»), de preferencia los del ex Este. (Porque ahora lo peor no es el capitalismo de los capitalistas, sino el capitalismo de los ex socialistas.) Quizás preferiría abrir un libro y leer, ¿a cuál lectura encomendar mi espíritu, sin atormentarlo más de lo que está? ¿Y por qué huir de la angustia? Al final, regresaría a mi refugio hexagonal y, ya de noche, muy de noche, me arrepentiría de haber desperdiciado un día maravillosamente soleado, me repugnaría mi carne pálida. Si elijo hacer alguna visita, esta noche me acostaré con la certeza de que he perdido el tiempo hablando de la misma letanía. Y entonces comprobaré que oscurece más y más, y que aún sigo manoseando el libro del cual no leí una palabra. Si voy a la playa, después me dolerán los huesos, estaré achicharrada, y ni vinagre que untarme para aliviar la piel. Si no hay ni para las ensaladas, que también se perdieron. ¿Quién se acuerda de ellas? Querré, de seguro, que el día no acabe, que la noche no sea otra vez, que no me espante el único anuncio lumínico del paso del tiempo, el del reloj despertador que lleva baterías, rezo para que no se gasten. Además, ahora que me acuerdo, hoy tendré la velada del Nihilista.

-Yocandra, Yocandra, despierta... -Es Rita, la secretaria de los pies enfermos, malísimos, maltratados por las recogidas de papas sin botas, ni tenis. Hace diez años que mandó a fabricar por receta médica los zapatos ortopédicos, pero el muro de Berlín fue tumbado, y los zapatos se confeccionaban en Alemania Democrática, y ahora anda con unas sandalitas plásticas metededos que más o menos le alivian las punzadas y los dolores de juanetes.

-Sí, dime, estoy despierta, es que estaba pensando en el diseño de la portada del próximo número de la revista.

Ella me observa extrañada y adolorida, con un dolor que cumple una década en las pupilas y en los metatarsos, me responde compasiva:

-Hija, pero ¿de qué portada me hablas? -Ya ni recuerda el motivo por el cual asiste cada día de su vida a este lugar.

-De la de nuestra revista.

-¡Ah, ya ni me acordaba de eso! Oye, vine a avisarte porque la muchacha que trabajaba en la computadora, ¿la recuerdas?, la que tuvo que pedir la baja porque vive en donde dios pintó a Perico y no alcanzó bicicleta... ¿ya caíste? Bueno, está allá abajo, vendiendo huevos y queso casero, ¿te interesa? Hay que apurarse porque vuelan, y en lo que yo bajo, figúrate, con mis pies a cuestras y los catorce pisos sin ascensor. ¿Compras o no?

-Sí, mi vida.

Sí, mi corazón, ángel de mi *guardia*, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, al precio que sea, huevos y queso. Una tortillita de queso para

la cena es un manjar digno de los dioses. Aunque el Nihilista aseguró que me llevaría comida, pero por si acaso. Rita no sólo es mi secretaria, es eso, mi ángel salvador en lo que respecta a la alimentación. Ella es quien se encarga de «conseguirme» -verbo clave en Cuba- todo lo comprable y por comprar en materia nutricional. Rita se parece a mi mamá, su tema de conversación es la comida. Aunque mamá, la pobre, me ayuda en lo que puede, siempre que a ratos le venga la memoria.

A mamá le han cambiado el nombre en el barrio. En lugar de Aída, ahora la gente la llama *la Ida*. Ella se fue al pasado, no está aquí, vive en pretérito. La Ida sueña despierta con mi nacimiento, delira con mi infancia. Cuando la visito me toma la cabeza entre sus manos, me acurruca entre las pellejús tetas, me balancea en el sillón, intenta dormirme cantándome «arbolito, arbolito, campanitas te pondré, quiero que seas bonito... los Reyes y los pastores andan siguiendo una estrella...». Se levanta y en puntillas va a la cocina, dice que a prepararme el biberón de leche porque ya me toca la toma de las tres. En fin, mamá se ha ido, y no regresara.

Por el contrario, su memoria del pasado, su, como decíamos en la escuela, «rencor al pasado», se ha puesto insostenible. Recuerda lo mínimo, lee alto como una lectora de tabaquería, y lo confunde todo, o lo mezcla con delicia. Por ejemplo, a la casa de inquilinato donde vivían ella y papá cuando yo nací la llama el Solar de Babel. Es verdad que allí habitaban personas muy decentes, los polacos patronos de telares, los asturianos dueños de la heladería El Anón de la calle Muralla, los gallegos bodegueros y choriceros, los franceses pasteleros, los irlandeses carniceros, los chinos lavaderos y fonderos. Al cabo de los años se mudaron los negros bandoleros, quienes, con excepción de los negros anteriores que habitaban el apartamento del encargado desde hacía varias generaciones, y que más honrados no podían ser, eran maestros de primaria. Y más tarde, al principio de los años sesenta, llegaron los soviéticos, famosos por el grajo que emanaba de los sobacos.

Por suerte, para esa época mi padre ya era machetero de avanzada, vanguardia nacional. Una noche tocó a la puerta un compañero, y mi padre estaba en pijama escuchando otro discurso -el mismo de cada Veintiséis de Julio- en la radio. Mamá fregaba en la cocina y tarareaba una cancioncita de Juan y Junior escuchada en Nocturno, el único programa radial de música digerible de aquellos años: «Casi tan gris, como ese mar de invierno...». Y yo, ¿qué hacía yo? Me parece, si mal no recuerdo, que hacía las tareas o fingía hacerlas, de tercer grado. El compañero entró sonriente, miró a papá con jeta de buena noticia, lo abrazó con lágrimas en los ojos, le entregó dos llaves. Papá comprendió, abrió una botella de ron, eufórico sirvió cuatro vasos. Brindamos todos, incluida yo, fue la primera vez que ingerí bebida alcohólica. Mamá, quien todavía vivía en el presente, no podía hablar a causa de la alegría que la embargaba.

-¡Al fin, casa nueva, dios santo, virgen de la Caridad del Cobre! ¡Mi niña, mi Patria, tendrás un cuarto para ti solita, y podremos celebrarte los cumpleaños, invitarás a muchos niños! ¡Y el carro, es soviético, pero no importa, tiene cuatro ruedas y podremos llevarte, Patria linda, a la playa, y al zoológico, y te llevaremos a conocer Santiago de Cuba!

Papá se me pegó emocionado, fue la última vez que me miró profundo dentro de los ojos, y le dio un beso a la Patria. A mí. Porque ése era mi nombre.

Me entró un jipío y escondí la cabeza dentro de los brazos cruzados encima de la mesa, mis lagrimones cayeron en las tareas, la tinta se emborronó. No quería dejar mi escuela, mis profesores, mis amiguitos. Mamá -la que iba al futuro- me condujo al baño, lavó mis calientes mejillas. Me explicó que no debía temer, que yo tendría profesores mejores, amiguitos mejor educados, una escuela grande con jardín. Era una casa en el Vedado, al fin saldríamos de ese infierno que es Centro Habana. Mamá -la que iba al porvenir- estaba rindiendo mi universo.

-Pero hija, comprende, además, mira tus amiguitas, Las Dueñas, ayer hablé con la mamá de ellas. Se van del país, de todas formas las perderás.

-¡Eso es mentira, mamá, por qué me cuentas mentiras, por qué, váyanse todos, yo me quedaré en mi casita, en mi camita, con mi osito, y mis libros de cuentos, que también dicen mentiras! ¡Todos engañan a todos! ¡Absolutamente todos están locos!

Todos menos mamá. Las Dueñas se fueron a USA, así le decía mi papá a los Estados Unidos. Mercedes, rubia de ojos verdes, pelo largo. Lourdes, trigueña de ojos verdes, pelo largo. Chachita, pelirroja de ojos verdes, pelo largo. Mis amiguitas vibrando en el recuerdo. Mamá me dijo la verdad.

El Lada no me traumatizó tanto. Apenas reparé en él. El trauma real fue cuando el presidente del cedeerre rompió el sello y papá abrió el portón de la gigantesca casa del Vedado, una joya arquitectónica con jardín, patio, traspatio. Papá entró desconfiado, con cara de pocos amigos, o de aquí hay gato encerrado, revisándolo todo, no fuera a ser que todavía quedara extraviado algún bichito (interpreté yo, porque lo escuché hablar de que no le gustaba heredar a un gusano). Y mamá se comía las uñas con los ojos encandilados. El del cedeerre bostezó y se fue porque le quedaba mucho trabajo, una larga lista de gente por chivatear, y no había dormido en toda la madrugada vigilando los trasiegos de la cuadra. .

La casa había pertenecido a un escultor que se marchó a Miami. Mamá me tomó de la mano y comenzó a mostrarme los objetos expuestos como en un museo. La humedad devastaba cuadros bellísimos de paisajes cubanos, retratos antiguos, o de la escuela cubana de pintores que vivían en el extranjero. Mamá, de pronto, se detuvo ante un cuadro y gritó en el colmo del paroxismo:

-¡Un Lam, un Wifredo Lam auténtico!

-¿Tanto alboroto por ese garabato? -preguntó papá.

Era indudable que mamá se daba cuenta del error que había cometido enamorándose del hijo del guajiro -mi abuelo paterno- quien le había prestado dinero a su padre -mi abuelo materno-, para que ella y su hermano -mi tío- pudieran terminar los estudios en La Habana. Porque mamá había estudiado, antes de la Revolución, en la universidad -gracias al dinero del que iba a ser su suegro, le machacaba con frecuencia papá- y después de haberse hecho Bachiller en Ciencias y Letras había empezado Historia del Arte, carrera que no pudo terminar porque en eso triunfó la Revolución y decidió hacerse miliciana y volver al campo, a la zafra del tabaco. Papá aún estaba pasando la Facultad Obrero Campesina y su padre no quería que se hiciera ingeniero de nada, por el contrario, pensaba, y pensaba bien, que la tierra necesitaba de manos expertas y amorosas, que trabajar la tierra era más que una carrera universitaria. Cientos de veces tuve que repasar las matemáticas junto con papá, los dos cursábamos el mismo grado. Años después intuí que mamá había tenido que casarse obligada, en pago de un dinero prestado. Sin embargo, para felicidad de todos, papá era un guajirito tosco pero hermosísimo, como los que pintaba Servando Cabrera. El error era que, aunque en la cama él le gustaba un mazo a ella, no tenían nada en común, salvo las tareas contingentes de la Revolución. Él detestaba el teatro, se dormía en el cine, odiaba el ballet. Por eso no entendía la admiración de mamá ante aquellos muebles antiguos, ante tanta muñequería rara de delicada porcelana, y de adornos burgueses, y de cuadros como en el museo, y el derroche textil en cortinajes dibujados con floripondios violetas.

-Esta casa no me gusta -comentó hosco y viró la espalda en dirección a la calle.

Mamá lo atrapó en el portal, y parapetándose delante suplicó, lloriqueó arrodillada, besuqueó sus pies... Él, inmóvil. Como que yo no estaba para aguantar tamaño espectáculo de melodramanía, decidí largarme a husmear en las habitaciones. Las puertas cedieron fácilmente a mis empujoncitos. El contenido de los cuartos me seducía y me aterrorizaba por igual: juegos de cuartos *art nouveau* de madera preciosa, lámparas Tiffany, jarrones Gallé, cristales Lalique, cuadros, porcelanas, vajillas inglesas, alfombras persas. Sólo una puerta color verde pompeyano se resistió a mis culazos. Bastó una patada de mi bota ortopédica (siempre he tenido los pies planos y el metatarso caído), para lograr abrirla. Adentro, la atmósfera supuraba sepia como en las películas de Tarkoski, cuando la parasitología comienza a ser exagerada. Mis ojos no cabían en sus órbitas al descubrir tanto esplendor. Tipos jodedoramente desnudos, inmóviles, subidos en pedestales espiaban el menor de mis movimientos. Sonrientes unos, otros demasiado circunspectos, y algunos hasta con bravura en los gestos petrificados, bailaban la danza estática del abandono. La piel rosada de un vientre recubría una colina de tendones, los dedos jugando con el vórtice umbilical. La brillantez de unas nalgas negras refulgían en aquella cadencia somnolienta, la mano sólida y musculosa sos-

tenía con firmeza una incomparable pingona prieta. Mulatos pechos turgentes de pesista desafiaban los tirantes que apenas rozaban las tetillas marrones. Yo no sabía qué hacer con tanta belleza. ¡Descubría el encuerismo masculino y estaba encantada! Un sabroso joven, cubierta la frente de rizos, dormitaba con los labios tan ricos por su abundante carnosidad, tan húmedos, tan locos, tan satos... me le acerqué, arrastrando un banquito, me subí y lo besé. Estaba frío, pero yo lo calenté con mi lengüita serpenteante. Era la primera vez que besaba, pero sabía por explicaciones y magisterio de una amiguita que en el momento de besar había que abrir la boca, sacar la lengua y agitada de un lado a otro y de arriba hacia abajo.

Envuelta en aquel magnetismo corrí por toda la casa bailando como un cisne del lago. En el portón principal, mamá y papá no daban crédito a sus ojos. Papá masculló -mis tímpanos habían triplicado su capacidad acústica- que esa casa estaba embrujada, que ahí estaba la prueba: yo, como una poseída, revoloteando por los pasillos y las habitaciones. Mamá me echó garra y me batuqueó por los hombros. Volví en mí:

-¡Mamá, papá, allí, en aquel cuarto, hay una cantidad de tipos con los culos y los pitos al aire! -fue lo que se me ocurrió exclamar.

La culpa fue, sin dudas, mía. Papá se abalanzó resoplando como un toro cebú. Entró en la habitación y ésta perdió el hechizo de su color sepia. Enseguida el sol tiñó aquellos cuerpos gloriosos con manchones vulgarmente reales. Papá fue en busca de un palo, cualquier objeto derribador, y golpeó omóplatos, fracturó piernas, brazos, resquebrajó pómulos y cráneos, desmoronó torsos, hizo polvo labios y penes, trituró nalgas y sobacos. Los jóvenes no se rebelaron, sus ojos se desvanecían tranquilos y polvorientos, fijos en la más ardiente eternidad. Yo quise salvados. Cuando entré, un rayo dorado hirió mis niñas oculares y mi padre me apartó de un tablazo en el pecho. Al recobrar la visión, acaricié los fragmentos iniciándome en la conciencia de la culpa. Mi padre cargaba con los escombros y los lanzaba al portal.

-¡Escultor ni escultor, tremendo mariconzón, bugarrón de mierda!

Mamá brincaba de un lado a otro, mordisqueándose los puños para no gritar. En el portal, papá aglomeró una montaña de añicos, respiró hondo, acumuló saliva y escupió rabioso hacia los cadáveres de yeso y de madera. Los de hierro y mármol también habían sufrido enormemente, pero zonas inmensas y provocativas quedaron intactas. Papá extrajo gasolina del tanque del auto ayudándose con una manguera y absorbiendo con la boca. Regó el líquido inflamable sobre los restos y tiró un fósforo. De inmediato reinó la hoguera. La de siempre. La que cada hombre lleva muy internamente, con el único objetivo de exterminar.

-¡Fíjate bien, me voy a quedar en esta casa porque no puedo darme el lujo de estar escogiendo, pero esta pendejía de adornitos y pinturitas me las vas des-

apareciendo desde ya! -Así amenazó papá a mi pobre mamita, exhausta por causa de tanto delirio machista e impío.

Yo miraba la montaña de cuerpos descuartizados. Cuando una entrega sus labios núbiles a una estatua, algo extraño y trascendental tiene que ocurrir en la vida. (Los cubanos siempre hacemos algo en signo de trascendencia.) Por ínfimos segundos había amado a una escultura. Y en ínfimos segundos también me había convertido en su delatora, su verdugo.

Arrepentida, me aferré a la idea de no abandonar la casona. Mamá y yo ganamos la batalla. Nos mudamos enseguida y ella trajo sus pobres vestiditos de guinga, y la bandera cubana que el Che había depositado en su vientre el día en que ella se puso de parto. Al principio apenas ocupábamos los espacios de la casa. Sólo utilizábamos un cuarto (yo sentía miedo de dormir sin compañía), la cocina, que de tan amplia nos servía de comedor, y el baño intercalado, todo de azulejos y piso de granito. Poco a poco nos fuimos acotejando y apoderándonos de los demás recintos, eso tuvo que ver con mi crecimiento. Porque yo crecí e incorporé, para asombro de todos, aquellos adornos y muebles muy bien a mi vida, era como si hubiera nacido rodeada de ellos. Papá estaba celoso, y visiblemente molesto protestaba argumentando que yo parecía más hija del escultor homosexual emigrante que de él. Los años pasaron y aumentó la penuria. La condición que le había impuesto mi padre a mi madre -la cual él había terminado por olvidar- iba a cumplirse a pesar de todo, porque ya ni él reparaba en el decorado. Entraba y salía muy ocupado en sus tareas relacionadas con la zafra y porcentajes y trabajos voluntarios. Pero las escaseces aumentaron y mamá, poco a poco, tuvo que ir deshaciéndose de los tesoros de la mansión, como ella misma los llamaba. No fue de excepción aquella vez que la encontré en la sala con la cara compungida y aun abracada a un jarrón Gallé. Frente a ella, una mujer le tendía un saco de yute, dentro había un puerco matado: de esa manera tendríamos carne para un mes. Fue trocando y vendiendo, primero a particulares y luego a las tenebrosas tiendas de Hernán Cortés, en las que el estado compró maravillas por un puñado de baratijas. Mi madre vendió un Bellini en cincuenta fulas, los cuales gastó en pasta dental, jabón, sopitas de cuadritos, bistecitos flácidos y leche en polvo. ¡El único Bellini que había en Cuba! Era un Jesucristo y el tasador lo revisó, lo zarandeó como una maraca para cerciorarse de que no tenía monedas de oro dentro, y comentó distraído:

-Pancho, anota ahí, un santo más, otro crucifijo, grande, pesadito... Dale, a ver, a ver... cincuenta dólares. ¡Vaya, saliste bien, mi vieja!

El llanto de mi madre le quemaba el pecho. Ella conocía el precio de ese Bellini. Impagable, como la deuda externa. Lo que jamás salió de casa fue su garabato del alma, el Lam.

Pero mamá empezó a «irse» de sí misma en el sesenta y siete, cuando asesinaron al Che. Él era su ídolo, mucho más amado y venerado que su Jorge Negre-

te, que su Pedro Infante. Recuerdo que llegué de la escuela y ella se había envuelto la cabeza en la bandera cubana y berreaba hondísimo:

-¿Por qué, pero por qué, pero por qué? -y de ahí no salía. Papá la miraba silencioso, sepulcral, con los ojos arrasados en lágrimas y un puchero pasmado. Yo me acerqué al rostro de ella y besé la estrella de la bandera, que justo quedaba en su frente. Mamá nunca se repuso de esa muerte. A cada rato lee el *Diario de Bolivia* y acaricia la letra impresa como si fueran los cabellos ensangrentados del Che, como si se enfrentara a la muerte en los ojos brillosos y semicerrados del Guerrillero Heroico.

Mi padre, por su parte, trabajaba como un mulo y se convirtió en dirigente sindical, en Secretario General del Partido. Pertenece a todo lo humano y lo divino: Milicias de Tropas Territoriales, llevaba el frente de vigilancia de los cede erre, y era futuro candidato a Delegado del Poder Popular. Las relaciones familiares se complicaron y se pusieron feas en nuestro hogar, habíamos dejado de verlo a las horas de las comidas. Empezamos a apoyar embobecidas su imagen en las tribunas de los noticieros televisivos. Se había contagiado de la enfermedad de los discursos. A partir de mis primeras reglas me fui aburriendo de sufrir el trauma de la ausencia paterna, y como mamá se reunía todas las noches con las federadas para tejer el chismorroto barriotero, o ver las telenovelas, que a la larga es lo mismo, yo me fui deslizado subrepticamente a la noche, al vicio, a la calle. Y de ese modo, muy pronto conocí al Traidor.

La Ida sufrió varios golpes mortales. Mi padre fue uno de los que profetizó públicamente que los Diez Millones no iban y lo sancionaron. Huyó a la avenida, caminó, caminó como un demente. Sin siquiera darse cuenta llegó a las rejas de Mazorra, aferrándose a ellas chilló:

-¡Sáquenme de aquí! -Con lo cual todos los paseantes, visitantes y enfermos, dentro y fuera del Hospital Psiquiátrico, interpretaron al pie de la letra sus palabras. Confundía el exterior con el interior de la clínica, para él los locos eran transeúntes normales, y los transeúntes eran enfermos, y las calles, en su afiebrada histeria, devinieron celdas. No estaba muy desacertado. Fue internado de inmediato. Al cabo de seis meses lo liberaron. Los electrochoques lo habían puesto gago. Ella lo esperaba en el umbral de otro mundo, no había aguantado el sufrimiento de su marido, olvidaba fechas y nombres, todo le daba risa y dormía, dormía interminablemente. Los Diez Millones no fueron y él recibió una condecoración sin relevancia. Aída se convirtió en la Ida.

Otro de los golpes fatales fue mi divorcio del Traidor y mi negativa de retorno a la casa paterna. Ella me rogaba, con las manos apretadas sobre el regazo, que volviera, que los padres son los padres, que una familia es importante, que una mujer divorciada es blanco de chismes y asedios malaventurados, y me juraba que cuidaría de mí como a una bebita. No volví. Me dolía verlos envejecer.

Me mudé con una amiga, la Gusana. Ése fue el tercer puñetazo en la psiquis de la Ida. La Gusana estaba ya harta de bretes políticos, y antes de que el jinetismo fuera agua común, ella lo ejerció desenfrenadamente. Tenía vísceras de precursora. Un buen día arregló los papeles, se casó con un viejo gordo español y se largó, nombrándome guardiana del apartamento. Entonces mis progenitores se vieron obligados a desentenderse de los pormenores de mi vida íntima. Ya yo era una divorciada. Dejaron de ser mis padres para transformarse en mis hijos.

Él, jubilado, se dedica a tallar figuritas en madera, a esculpir muñequitos iguales unos de otros: hombreritos patitiosos con machetes en la mano derecha alzada. Luego los vende en el parque de las calles Línea y lo Ella, la Ida, me observa desconsolada. Si le pregunto en qué quedó la novela brasileña me responde:

-¿Te acuerdas de las aceitunas?

-Mamá, ¿viste la película del sábado?

-¿Te acuerdas del picadillo, el de verdad, el de res? No el de soya, fíjate... aquel rojito que había que masticar y masticar...

-Mamá, ¿qué sabes de tío?

-¿Y de la sidra en Nochebuena? ¿Tú llegaste a alcanzar eso?

-Mamá, ¿por qué no te tomas la pastilla?

-¿Y el tamal con chicharrones de puerco?

Ella traga en seco. Yo quedo en vilo con el vaso lleno de agua en una mano y el meprobamato -cambiado por benadrilina a la alérgica de al lado- en la otra. A la Ida le tiembla la quijada, murmura que cierren las ventanas. Se muere de frío y hace treinta y seis grados a la sombra.

-Hija, ¿tú crees que él regresará y nos quitará la casa?

-¿Quién, mamá? -La cargo en peso conduciéndola hasta la cama. No pesa nada, es un saquito de plumas. La arropo.

-¿Cómo que quién? ¡El escultor! ¡Si el escultor regresa de Miami nos botará a la calle y hará una pira con nosotros como mismo hizo tu padre con sus esculturas!

-No, mamá, el escultor no hará eso... A lo mejor ya se murió.

-No, m'hijita, qué va, él no se ha muerto...

-¿Cómo estás tan segura, mima?

-Porque no he podido devolverle el Lam, y nadie que poseyó un cuadro así, tan bonito, puede morir sin verlo de nuevo.

Ella se adormila crispada, parpadeante la mirada sobre el travieso, el cabroncito Elegguá, que desde el centro del cuarto embruja e ilumina la habitación.

La Gusana

Sólo los cristales se rajan, los hombres mueren de pie.
Consigna

Se acabó la jornada laboral, no porque haya llegado la hora de irnos, sino porque vino otro apagón y no sólo no funcionan la computadora y la fotocopidora, las máquinas de escribir también son eléctricas y la muchacha nueva que trabaja en la base de datos lo perdió todo una vez más porque no tuvo tiempo de salvar la información. Mañana tendrá que rehacerla y quizás cuando esté a punto de terminar vuelvan a cortar la luz y de nuevo se quede en cero. Y así, y así, por los siglos de los siglos, amén.

Llovió y el parqueo no tiene techo y la bicicleta se empapó. El asfalto está enfangado y llegaré con la blusa cochínísima. Tendré que ponerme a cargar agua para lavar esta ropa, para bañarme y para cocinar. Si navego con suerte, a lo mejor en la casa -que es otra zona del Vedado- no tocó apagón y entonces habrán puesto el motor y tendré agua en los tanques clandestinos que tuve que instalar de madrugada porque no está autorizado tener más de un tanque por apartamento y yo tengo tres escondidos en el hueco del respiradero.

Desde que coloco los pies en los pedales de la bicicleta china comienzo a evocarte, gusanita querida. Te conocí en los viajes al Pedagógico, cuando yo iba a sobornar al Decano. Tú estudiabas Geografía, enseguida nos hicimos socias a pesar de la desconfianza del Traidor, que no te podía ver ni en pintura. Yo me escapaba y te iba a buscar, tú pedías dos bicicletas prestadas y nos íbamos pedaleando hasta el muro del Malecón. Allí hablábamos y nos burlábamos del mundo. En aquella época, montar bicicleta era cosa de putas, de guaricandillas, y la gente nos insultaba. A nosotras nos daba igual, nos cagábamos en la noticia y nos limpiábamos con el telegrama, y nos reíamos con unas carcajadas libres que erizaban al más pinto, le poníamos los pelos de punta a los policías. El de Vigilancia de tu Ce-deerre nos chivateó, argumentando que éramos sospechosas porque por lo menos dos noches por semana nos íbamos ien bicicletas! hasta el hotel Deauville y nos sentábamos horas de horas en el muro, frente al mar, a fumar Populares con fil-

tro. El tipo sospechaba que alguna señal con fuego le hacíamos al imperialismo yanqui.

En eso de los pedales también fuimos precursoras. Si regresaras en este momento no entenderías nada. La Habana está triste, desvencijada, hecha leña. Mira p'allá, un muchacho de treinta años armado de una cuchara hurga en el latón de basura de G y 17. Expurga cuidadosamente en los nailones grasientos y devora sin el menor escrúpulo las sobras podridas que encuentra. No quiero detenerme, pedaleo más fuerte, cruzo peligrosamente la avenida. No quiero ser testigo de esa verdad para la cual no fue educada nuestra generación. Es cierto que en toda la América Latina se pasa un hambre de pinga, pero ellos no hicieron la Revolución. ¿Cuánto no nos jodieron con «estamos construyendo un mundo mejor»? ¿Dónde está que no lo veo?

¿Te acuerdas de las colas para tomar *frozen*, cuando este helado aguado irrumpió e hizo furor en la isla?

¿Te acuerdas de los cakes-helados en la heladería de Prado y Neptuno?

¿Te acuerdas del cine de ensayo, del Rialto?

¿Te acuerdas de las croquetas Soyuz 15, que se pegaban en el cielo de la boca?

¿Te acuerdas de la cafetería de la Manzana de Gómez?

¿Te acuerdas de los tallarines?

¿Te acuerdas del agua e'churre, una variación de la Coca-Cola del bloqueo?

¿Te acuerdas de los panes de gloria, de los mojones de Perico destilando hirviente diarrea de mermelada de guayaba en el chinchalito de la calle de Obispo?

¿Te acuerdas del Palacio de las Moscas: la pizzería Europa?

¿Te acuerdas de los tencenes con sus viejitos? Ahora, en las aceras de los tencenes, los merolicos autorizados venden imitaciones de sillones *art decó* criollo. Los ancianos se mecen hambrientos. ¡El asilo de la identidad!

¿Te acuerdas de las torticas en el bar La lluvia de oro?

¿Te acuerdas de los chícharos del Castillo Farnés?

¿Te acuerdas de La Bodeguita del Medio, cuando aún era bohemia?

¿Te acuerdas del Caballero de París, de la China y sus relajos, de los discursos incoherentes de Charlie, de la Marquesa con las pasitas teñidas de morado?

¿Te acuerdas de las guaguas de refuerzo a las Playas del Este?

¿Te acuerdas de las playas, de las guaguas? ¿Te dicen algo?

¿Te acuerdas de los mar-pacíficos y de las mariposas del Vedado?

¿Te acuerdas de los árboles del Prado, cerca de la estatua de Zenea?

¿Te acuerdas de las librerías?

¿Te acuerdas del tráfico de Neptuno?

¿Te acuerdas del bulevar de San Rafael, de las pizzetas, de los cines Rex y Duplex cerrados por reparación?

¿Te acuerdas del litro de leche liberado, a peso, del yogurt por la libre, del queso crema y de la mantequilla?

¿Te acuerdas del Wakamba, del Karabalí? Visitar esos sitios es como viajar a Marte. En lugar de cafeterías parecen corporaciones. Todo en dólares US. Con el dinero cubano puedes limpiarte el culo.

¿Te acuerdas de la moneda nacional? Ahora es el peso convertible, del que nadie se fía.

¿Te acuerdas del jamón plástico a seis pesos?

¿Te acuerdas de los clubes para ir a apretar, de las posadas?

¿Te acuerdas del aire acondicionado, de los ventiladores?

¿Te acuerdas de la luz?

Sobrevivimos con el estómago encharcado o cerrado por reparación. Nada existe. Sólo el Partido es inmortal.

Me he trabado con la bicicleta en el segundo piso de la estrecha escalera de mi edificio. Asoma el cuerpo Hernia, la que se peleó con el mar y con otras cosas, viene agitando sobre aéreo en mano, y de un jalón me destraba ayudándome a reposar momentáneamente la bicicleta en el pasillo del tercer piso. Una gota gorda de sudor engalana mi nariz.

-¡Te llegó carta de España! -Hace un guiño cómplice y se marcha por donde mismo vino, hacia su cueva marítima.

Carta de Madrid, debe de ser tuya. Claro que es tuya. Gusana querida, de tanto que te evoqué apareciste, mi fiel fantasma, amiguísima. Espero noticias tuyas con ansiedad medieval. Cualquier cosa que te ocurra, por banal que sea, cuéntamela, no tienes idea de cómo vivo yo, a través de tus cartas, sueños increíbles: me veo en el Museo del Prado, frente a los Goyas, a los Grecos, frente a *El paso de la laguna Estigia*, ese cuadro fabuloso de Patinir, zozobrando de desazón frente a *El Jardín de las Delicias* del Bosco, o indagando en los rostros de las *Meninas* de Velázquez. No sospechas cómo te imagino comprando en El Corte Inglés, yendo al cine o al teatro en la Gran Vía, seleccionando libros de poesía en la librería Visor. ¿A qué sabe el gazpacho? Lo he visto preparar en la película de Almodóvar, *Mujeres al borde de un ataque de nervios*.

Abro la cerradura. Clavo mi anhelante mirada en el interruptor. Ahora vendrá la gran sorpresa, la inminente inquietud. Sólo apretar con el dedo, de esa simple operación depende mi alegría. Mi felicidad pendiente de la respuesta positiva de un interruptor. Maniobro. ¡Hay luz!

Pongo la bicicleta junto al sofá, las ruedas enfangan el piso. Voy al baño, para leerte tengo que asearme antes. Me lavo los dientes, la cara, me refresco la tota. Me peino, cambio mi vestimenta por una más holgada y seca. Me tiro en el sofá, rasgo el sobre aéreo:

Madrid, madrugada

Querida Yocandra:

Recibí tu carta y con ella casi pierdo la noción de ti. Nada más me hablas de tu bicicleta china, de apagones, de buchitos de agua con azúcar para calmar la debilidad, y de un Nihilista estupendo que, a decir verdad, es lo único que me ha dado envidia. Tu correspondencia es digna del siglo XIX, muy mártir. Porque a pesar de tu pobreza no cesas de repetirme que no me preocupe, que no careces de nada.

Ya te he dicho en otras cartas que a este viejo gordo, calvo, colorado y re-funfuñón -rima con bugarrón- no se lo tiembla ni la mismísima María Magdalena con diez varas de hambre. Además, no tenía tanto dinero como se nos pintaba en La Habana. Allá, cualquiera que te invite a cenar en un hotel de mala muerte puede dársele de millonario. En fin, mi cielo, que estoy harta de este viejo tirapeos, que no se preocupa por evitar los eructos más escandalosos ni en casa de la madre que lo parió, y menos en sitios públicos. Yo no me habría empatado con él si no hubiera sido porque ya no soportaba más la libreta de racionamiento, los discursos demagógicos, a la presidenta del comité echando p' delante a su propio hijo si no hacía las guardias, a las federadas cosiendo muñequitas de trapos, a los pioneros -pobrecitos, tan chiquiticos y ya en esa mediocridad- recitando poesías victoriosas. Esos niños disfrazados con boinas y pañoletas, gritones, marchando por las avenidas: «¡Dame la F, dame la I, dame la D... etcétera!» ¡Qué va!, de pensarlo nada más me volvería a casar hasta con Papagoza, así me jurara que es de Burkina Faso. Y tú mejor que nadie sabes que jamás de los jamases he podido con los gordos.

Dirás que por qué entonces no me busco un amante. ¡Ja, tú con tu mentalidad decimonónica!

Aquí los amantes cuestan carísimos, o en el mejor de los casos es a la americana, a pagar mitad y mitad. Por otra parte, ciertamente hay niños preciosos, de esos de cutis rosados, ojos limpios y negros, pelo azabache, boquitas rojas como sangre (aquí se come mucha fruta). Unos verdaderos Blancanieves, listos para envenenarlos con manzanas. Pero mi vida, ¿qué crees? La mayoría son homosexuales, no quieren cuento con una. Porque si al menos le metieran mano a los dos bandos, tú sabes que yo no estoy en ná, y que no tengo prejuicios. Pero ellos son recalcitrantes con los pipis. Las totas, vaya, no hay quien se las haga poner por delante, lo de ellos son los rabos. Y de eso estamos todas en falta. Fíjate que yo ando siempre con un paquetico de cinco condones en la cartera, pero se me van a pudrir. Los compré nada más aterricé en Barajas, en el mismo aeropuerto. Boté la plata, pues. No creas, ahora seguro te desmayarás, que hasta he pensado meterme a lesbiana. Una ve aquí tantas películas con tetas enormes y paradas, nal-

gas duras, mujeres toqueteándose que se te moja el blúmer y sin quererlo te viste mirando a dos tipas chupándose los pezones y los clítoris. Y figúrate, ése es el cine que alquila en vídeo mi Bayoya. Pero el sexo con las mujeres -cuentan algunas revistas- es más peligroso con respecto al sida, porque con los tipos le encasquetas el preservativo y ya, pero todavía para las perillas no se han inventado las cámaras antiefluvios, o comoquieran llamarle, y el agüita cremosita cuando sale puede venir haciéndose la inocentica, pero, ¿y si está cundía de cualquier bacteria asesina de esas de filmes de terror? ¡P'allá, p'allá! Estuve en una sauna, aquí no es para bajar de peso, sino para bajar los tanques, para ligar. Lo que ligué fue una vieja teñía de agua oxigenada, con cuatro dedos de raíz, y como con veinte cirugías estéticas entre cara, tetas, nalgas, caderas, y eso que no le vi los calcañales. ¡De mirarla nada más me dio un asco! Después de ese espectáculo, si Claudia Schiffer y Linda Evangelista, las dos top models en estos momentos, las más bellas, ricas y famosas, se me encueraran delante vomito.

¿Los museos? Sí, fui en varias ocasiones. El Prado está muy mal alumbrado. Los cuadros, iregadísimos! Todo -postales, catálogos-, hay que gastar en todo. Llevé una agenda y fui anotando uno por uno los nombres de los cuadros y sus autores, con las características principales, para no olvidarlos y después poder describírtelos por correo. Pero tú sabes lo entretenida que soy, extravié la agenda, ya la encontraré. No sabes cuánto lo sentí porque estuve el día entero en el singadito museo, hasta que vino el guardia y me botó. Otro día fui al Museo Militar, el de Armas, en el Buen Retiro. Subí hasta el último piso como me encomendaste y busqué la montura de Antonio Maceo. La acaricié en tu nombre. Hija, tú te emocionas con cada bobería. La montura es igualita a cualquiera otra, a lo mejor ni siquiera perteneció a él. Estos españoles son una clase de acomplejados. Por tirarse el peo más alto que el culo, pueden reinventar Egipto y probarte en una enciclopedia, con documento la época y María Santísima como testigo, que Nefertiti era madrileña. Yo sé que esto te disgustará pero debo contártelo para que no te ilusiones mucho con los gallegos, le han puesto a la montura del General un cartelito que dice: «Montura perteneciente al General cubano Antonio Maceo. Trofeo de guerra de los españoles». Esa frasecita de «trofeo de guerra» me cayó como una bomba..

En fin, que me fui huyendo de la politiquería y me persigue por todas partes. El Gordo me compra todos los periódicos habidos y por haber para que yo pueda tener tema de conversación con sus amigotes y con las esposas correspondientes. Unas viejas aguantatarros, que reciben por lo menos veces a la semana unas palizas de antología, por eso siempre andan con pañuelos y gafas negras. Han fundado un Club de Esposas Satisfechas, te podrás imaginar. El colmo es que para poder reunirse tienen que engañar a los maridos con el cuento de que van a la esquina a comprar jamón para la cena. No soy tonta, he logrado que me nombren tesorera. Con eso me voy buscando alguna platica para fundar algún día mi propio

club independiente. Lo llamaré Jineteras Cubanas en el Exilio. Aquí vienen a visitarme, muy discretas ellas, mulaticas casi niñas, o negritas cabezas de clavos, abandonadas por sus Pepes, o escapadas de ellos. Varias ejercen la prostitución clandestina, viven ilegales y lloran de terror, hambre y frío. Porque una cosa es putear en verano y otra bajo una nevada que pela.

Ya te digo que leo toda la prensa, hasta *Le Monde Diplomatique* que es de lo más intelectual y me aburre bastante, pero es el único periódico que habla bien de Cuba. Porque quiero que sepas que esa isla no le interesa ni a Dios. A nadie en el mundo. Y a Él sería el último, con lo que debe de estar arrepintiéndose de haberla creado. Aquí la gente vive muy presionada por el dinero, las guerras, con los del ex este que se han metido en todas partes y le han tumbado los trabajos a media humanidad, porque como son mano de obra barata te puedes encontrar un científico ruso haciendo experimentos por dos dólares, y por la noche es chófer de taxi por quilos. Así y todo, siguen con el mismo grajo de siempre, por lo tanto no era la falta de desodorante, m'hijita, es su idiosincrasia, que es así de agria. Cuando me topo con uno de ellos vengo corriendo y abro el libro de Pushkin que me regalaste, sólo él los exonera conmigo. Por cierto, ahora que toqué el tema de los periódicos y de la literatura: si por fin algún día te decides a escribir un *bestseller*, en la página de necrológicas y de meteorología de *El País* anuncian muy buenos concursos, muy remunerados, y se publican los libros ganadores. Así que ya sabes, si te da por escribir, aquí me tienes.

Y te preguntarás cómo puedo leer *Le Monde Diplomatique*, que es francés. Pues estuve en un curso de verano y aprendí ese idioma, porque mi *Moby Dick* está haciendo economías para invitarme a París. ¿Te imaginas, yo en la Ciudad Luz? Te enviaré fotos con la Torre Eiffel detrás.

Sí, claro que compro todos los días un jaberío de naderías. Aquí comprar es un vicio, y yo soy una viciosa, itengo una sangre para los vicios! Y la televisión corrompe. En eso les doy la razón a los hablacáscaras de allá, la propaganda es realmente enemiga, pero enemiga del bolsillo. Oye, que te va envolviendo y enloqueciéndote: hoy una marca de champú, mañana el acondicionador y pasado mañana la cera depiladora, y los helados, los dulces, el jabón éste y el otro y el de más allá con leche de cabra y glicerina, y el perfume de mañana y el de tarde y el de noche, que le pararían la cabilla hasta al viejo don Rafael del Junco, el de *El derecho de: nacer*, la radionovela que nos contaban nuestras madres y que aquí he visto en folletines televisivos. También la escuché en la radio y vi la película, itremenda mierda!

Cada día salgo al Carry, ése es el nombre nuevo de El Corte Inglés, y gasto un dineral en hebillitas de pelo, cepillos de dientes de diferentes modelos, vestiditos en rebajas, medias con defectos, colonias de segunda, y comida, mucha comida. Soy una enferma de los chorizos y de los turrone de Jijona.

Aquí hay que comer y nutrirse bien, porque el invierno no anda creyendo en dietas. Engordé y ahora peso ciento diez libras, llegué con noventa. He cambiado, estoy más vieja y más realista, el frío me ha curado el asma, pero no la locura. Sigo siendo tan loquita como antes. No siento nostalgia, sólo te extraño a ti y al mar. Al casarme con el viejo perdí mi nacionalidad, pero sólo significó unos cuantos trámites burocráticos, no sufrí como para cortarme las venas. Yo por dentro soy más cubana que las palmas, eso nadie me lo podrá arrancar. Tampoco soy una patrioterista extremista. Yo digo que Martí vivió la mayor parte de su vida en el extranjero, y más cubano que él hay que mandarlo a hacer.

Allá sí que no me iba a quedar. ¡Nada más de acordarme de aquella consigna que incitaba a morirse parado me entra un dolor de pies! ¿A quién se le ocurrió tamaña sandez? Que si los cristales son los únicos que tienen derecho a rajarse, que si «los hombres mueren de pie». Yo estoy más intacta que nunca y pretendo morirme como la mayoría de los humanos, en horizontal. Una vez alguien me reprimió comentándome que esa frase pertenecía a Martí, pues si es así, él también pudo haber tenido frases equivocadas, que no siempre y a toda hora la gente está obligada a ser brillante e intachable.

Oye, que esas especies en extinción siguen viviendo su pedacito de lo irreprochable, irrevocable, indispensable, inevitable... Y no acaban de darse cuenta de lo insoportables que resultan, de lo invivible que es esa impuesta realidad. ¡Coño, la vida es civil!

Yoqui, ¿qué más contarte? Madrid es una ciudad bastante sucia y abarrotada de turistas. Los madrileños se mueren por parecer americanos. Hay una vida nocturna excitante, pero yo no participo de ella. No solamente porque no debo abandonar tan seguido a mi Foca, sino porque no me atrevo a salir sola de noche, y porque aquí el crepúsculo es bien caro, y además me jode arrastrar mi soledad por aceras que nunca me pertenecerán verdaderamente. Paso días intercambiando monosílabos con el Marmota. Está demasiado ocupado en trastornarme, en hacérmela cada vez más difícil, es su venganza contra mis evidentes arqueadas cuando se me enfrenta encuero a la pelota. Esto, ¿será hasta que me muera? Espero que no, tal vez algún día lo mate o pueda comprar mi libertad. Aunque aquí el divorcio es una jodienda que le zumba el merequetén. Planeo hacer fortuna y huir, pero aún no sé cómo. ¿Ves? Es como una película de Hollywood.

Para finalizar voy a hablarte del gran tema, el que reservé para reflexionar juntas y graves sobre ello. Seguro sabrás que el Lince escapó de Cuba en una balsa artesanal hace hoy justo un mes. Naufragaron y sus compañeros de viaje desaparecieron en el océano. Sólo él sobrevivió. Fue hallado por una embarcación americana. Los despojos de la balsa navegaban a la deriva, su cuerpo exhausto quedó enredado por casualidad, fuertemente amarrado con una soga a un palo. El caso es que llegó y se ha recuperado perfectamente, al menos eso me dijo. Me llamó por teléfono, fue una gran sorpresa. Al mismo tiempo tuve que regañarlo,

iqué locura, dios!, pudo haber muerto como los otros. Lo noté confundido, asombrosamente triste dado su carácter optimista. Pero enérgico, con ese vigor, esa fortaleza que sólo da el haber rozado la boca de la muerte, su mordida fatal.

Recemos por él. Tú espera pronto noticias mías. Si convengo a mi Oso Polar, te llamaré. Debes comprender que no lo hago a menudo porque resulta un puñetazo económico. Un piñazo -como decimos en Cuba- en la chequera.

Un beso metálico a tu bici. Ojalá te venga la luz, y que te dure el Nihilista. No te atrevas a presentármelo, te lo robaría. Cuando mires al mar ruégale a Yemayá por el Lince y por mí. No nos olvides. Te beso eterna.

Tu Gusana.

A pesar de que he llorado como una bestia salvaje y mis lagrimales están en sequía permanente, tu carta me sacó estertores del centro del pecho. Se ha cerrado el ciclo. Nos han condenado a vivir desperdigados por el mundo, al peligro constante, al dolor agudísimo en ese hondo precipicio de las conciencias, a la renuncia de nosotros mismos, de nuestros sueños. Me viene a la mente tu amor por el Lince. Era el tipo que te rompía el coco, el que te sacaba de tus casillas, fuera de ti, era el amor de tu vida. Pero entre un porvenir incierto, llena de hijos de un microbrigadista -por necesidad, pues él es Licenciado en Historia del Arte, pero tuvo que meterse a albañil porque no tenía vivienda y dormía en bolsas plásticas debajo de las escaleras, y tú no estabas dispuesta a ofrecerle refugio así fuera el macho de tu vida, porque tú no estabas para mantener sanacos que sólo hablaban de Egipto y de Grecia-, entre convertirte en la esposa del Lince y vivir mil años en un edificio «to's tenemos» en Alamar, y el Dinosaurio gallego que te invitaba a las piscinas de los hoteles, te regalaba ropa con etiquetas, y te mantenía a nivel de diplocomida, elegiste al último. Y tu existencia, gusanita mía, es como un cabaret exento de rumba. Un calvario. Y al Lince, meses después de que te fuiste, le entregaron el apartamento y quince días más tarde lo había permutado por una residencia regia en Miramar, donde, con frecuencia, le cortaban la luz, nunca traían el gas de balón, ni funcionaba el motor del agua ni entraba el raro líquido por esa zona. Pero tú sabes que él nació parado, envuelto en un zurrón, y tiene una suerte del carajo. Recuperó su pasión por la pintura y envió un cuadro a un concurso de artes plásticas en Japón y se ganó no sé cuántos miles de dólares. (Ya no meten preso a nadie por portar divisas.) Paró la mansión: instaló una planta y resolvió el problema de la electricidad, compró el gas licuado a una corporación legal que brinda servicios del elemento en divisas a particulares, fabricó una cisterna, arregló el motor, puso tanques de fibrocemento para ahorrar y controlar la situación del H₂O. Pintó la casa, colgó sus pinturas, compró y barnizó muebles de estilo, un juego de comedor inglés, un juego de salón Luis XV, juego de cuarto art-decó, una maravilla... Ya sabes que las viejitas del Vedado venden todo esto por sumas irrisorias.

Flash-back. Avance del capítulo siguiente:

Esperaron a que se acomodara. Cuando se arrellanó en la butaca con patitas afrancesadas, tocaron el timbre de la puerta. El Lince, en persona, abrió.

-Somos de la comisión del cederre, traemos la autorización del Delegado. Usted está acusado de ser un maceta, un poderoso, un nuevo rico... Venimos a decomisarle sus propiedades, entre comillas... Debe acompañar al teniente...

El Lince sonrió incrédulo. Paciente, fue en busca de su diploma que lo acreditaba como ganador de un premio y del recibo del cheque cobrado en un banco japonés. Pero, ¿quién en este jodido país entiende el japonés? Le montaron todo en un camión, hasta sus propios cuadros, y sellaron la residencia. El Lince tuvo un juicio y fue declarado culpable. Estaba a un paso del Combinado cuando (¡esa suerte de ser hijo de la Virgen de las Mercedes, Obbatalá adorada!) apareció un importante ministro japonés que había adquirido en Tokio el cuadro premiado y comenzó a preguntar por el autor. Y los segurosos corriendo, toda la Seguridad del Estado puesta para hallar al pintor. ¿Dónde se habrá metido ese genio, ese idiota? En este mismo instante está poniendo el pie derecho en el suelo de su celda. ¡Sáquenlo! ¡Libérenlo! *Inmediately*. El Lince no entiende por qué lo devuelven arrastrado, a patadas por el culo, velozmente por los pasadizos de la prisión. Lo bañan, lo engalanan, lo alojan en una suite del hotel Nacional.

Se entrevistó con el ministro japonés tres minutos. El nipón hablaba y hablaba, sonriente y reverenciante a tiempo completo. El Lince sólo pronunció los buenos días cuando llegó y el adiós de la despedida. El ministro japonés le ofreció un bonsai sembrado especialmente para él, su pintor preferido, y enseguida fue arrebatado y conducido a una reunión de negocios.

Cuando el Lince regresó a la suite, la mucama estaba limpiando y cambiando las sábanas. A ella le habían informado que la reservación del señor había expirado.

El Lince se vio en medio de la Rampa -esa fabulosa hondonada que hace el asfalto y que a lo lejos pareciera como que el mar está en el aire-, con un bonsai de colección en la mano derecha, todavía sin una balsa playera -ya las conseguiría- y sin una escalera donde poder pasar la noche. Hasta aquí flash-back.

Somos culpables de nacimiento, cada acción nuestra afloja la soga que dejará caer la guillotina que tumbará nuestras cabezas sobre la paja de la historia.

Albergo la esperanza de volver a verlos, capullitos míos, y aparecerán flamantes, revoloteando, transformados en mariposas. Y quizás de mí renazcan pétalos, como de una rosa que no ha sido arrancada.

El Lince

*Sueño con Roma, con mi casa, extraño
los lugares, y todo lo que queda de mí en la
Ciudad jamás perdida.
Ovidio. Tristes.*

He quedado así, aquí, amurallada con mis pensamientos, con la extrañeza de la soledad. No sólo de la mía. Sé cuán solo él estará. ¿Sabrá cuán sola estaré yo? Aunque acompañados. Lo que nos unió, lo que hizo nuestra amistad indestructible fue el dolor cotidiano, el terror a sabernos inútiles de repente, el rencor de la nada. Nosotros queríamos trabajar, darlo todo -éramos jóvenes- en esta vida, la única que poseemos. Por el contrario, vivíamos aborreciendo la pausa extrema de la existencia, esa angustia paralizante en la que estábamos sumergidos. Vivíamos exiliados de nosotros, nuestras almas en destierro, el cuerpo respondiendo obediente al interrogatorio de las circunstancias. Porque para cada persona o cosa teníamos que tener un rostro, una respuesta. Una carne adobada. Preguntar no estaba permitido. No era combativo. Él se cansó de ser obediente. (Somos los monjes de una obediencia ciega y, como en la Inquisición, cargamos penosamente con cadáveres achicharrados. Nos doblega una jiba torturante y sangrienta. A la generación de los felices le pesa desgarradoramente en las espaldas demasiada gloria. Nunca podremos erguirnos totalmente por culpa de los fusilamientos. A pesar de que nos temblaban las barbillas, seguíamos creyendo en los editoriales de *Granma*. Y las motivaciones, en ciertos casos, fueron oscuras.)

Cuando me lo presentaron pensé, «podría hacer de Marcel Proust en cualquier película francesa», tanto se le parece. La misma nariz con un gracioso filo en el medio y la travesura árabe que le jugaron los genes: ojos hondos y soñadores, carmelitas oscuros; pestañas rizadas, cejas engrifadas, ojeras románticas; el pelo suave pero resistente, lacio arriba -lo que hace que no importe hacia dónde se peine, siempre caerá en dos bandos y hará una semiraya con flecos sobre la frente-, y sin embargo encrespado a la altura del cuello, muy negro. Bocón, dientes parejos, un mentón vanidoso, orejas ligeramente despegadas. Estaba orgullo-

so de su bigote, pero lo convencí de que se afeitara. Por lo cual perdió en algo su misterio proustiano, pero adquirió una enigmática semejanza con Al Pacino.

Nos hicimos amigos mucho tiempo después. Sin embargo, ya yo sabía desde el principio, al conocerlo, que era distinto, raro, un foco de atención. La noche en que vimos *Taxi driver*, en vídeo, en casa de amigos, fue cuando más o menos entramos en confianza. El vídeo era un invento bastante conocido en el mundo, pero acababa de entrar en La Habana, Ciudad-Laboratorio. Como siempre éramos los últimos en el planeta en enterarnos, y una vez más culpábamos al bloqueo. Él era el único que sabía apretar los botones de aquel artefacto modernísimo. Si a un invitado le entraban ganas de hacer pipí, él paraba la imagen y nadie se perdía absolutamente ningún fragmento del filme. Eso nos tenía subyugados. Él adelantaba la cinta, la atrasaba, con un aparatito que él nombraba como si nada «videocomando», para que uno acabara familiarizándose o por el contrario acomplejado y sintiéndose un burro por ignorar los adelantos tecnológicos. La película estaba en versión original y él nos traducía, pues manejaba -maneja- varios idiomas a la perfección. Al finalizar la película tomamos unos tragos, y al rato nos despedimos. Vi cómo recogió disimuladamente una balsa playera, desinflada y doblada, de debajo del cojín del asiento. A mí sólo me estrechó la mano, pero a la Gusana la acompañó a su casa y la dejó en la puerta, la caballerosidad lo caracteriza. Dio una vuelta a la manzana para dar tiempo a que ella se acostara. Cuando las luces de las ventanas se apagaron, él regresó al edificio. Antes de entrar, aspiró profundo el aire nocturno y lo guardó celosamente en los pulmones. Dentro, en el zaguán del edificio, se dispuso a inflar la balsa playera. Al amanecer, cuando la Gusana pisó los peldaños de la escalera, no podía imaginar que estaba caminando por encima del cuerpo dormido de su amado.

En la época universitaria había sufrido algunos percances. Le dio por usar boina y pantalones tubito, como los de los Beatles. Se confió porque en Historia del Arte siempre hubo más tolerancia. Pero una tarde, entró en el aula la Macha Realista Socialista, profesora de Estética, y fue directo a su cabeza rapiándole la boina como una hiena.

-¡Ah, pero si lo que esconde este alumno debajo de la boina es una melena!
-Las melenas eran su obsesión, su coco, sólo las encontraba hermosas en las cabezas femeninas. Sacó unas tijeras y lo peló al moñito, quiero decir, al cero.

A él se le ocurrió ripostar que el Che había llevado melena y boina. Peor. Ella lo insultó: él, si en algo se parecía al Che, era en el asma. El Lince volvió a la carga:

-Desde que tengo uso de razón me enseñaron un lema: «Seremos como el Che», y lo sigo al pie de la letra.

La Macha Realista Socialista, encolerizada, sacó una navaja gitana del bolsillo de su falda gris. La punta reflectora hincó la tráquea del Lince:

-Para ser como el Che hay que tener unos cojones que tú, cacho de mariquita, nunca tendrás en tu puñetera existencia de mierda.

Al Lince se le humedecieron los ojos. Nunca se había sentido más amordazado, más impotente. ¡Le zumbaba que fuera una mujer, además anciana, la que le bajara esas velocidades! Tragó en seco y la daga le cortó la piel del cuello. Gotas rojas mancharon su camisa blanca de nailon. Ella se arrodilló. Por unos instantes, él pensó que le pediría perdón, diría que había sido una broma, va y hasta le mamaría el pito. Y esbozó una sonrisita. Las comisuras de sus labios se alargaron por un segundo en mueca de éxtasis idiota, pero un rasguído y un jalón en sus piernas lo sacaron de su entusiasmo. La Macha Realista Socialista le había picado los pantalones tubo. Sus únicos pitusa, los untados a la piel, los que había cambiado por la cuota de arroz de cinco meses. La Macha, agachada aún, lo miraba desde el piso con un moco baboso y grisáceo colgándole de la nariz encarranchada. No lo bataron porque no tenía sentido, acababa de defender su tesis brillantemente y sólo le restaba recibir el diploma. Había escapado en tablitas. Desde entonces sospechó que estaba predestinado para la fuga.

Como por azar, el Lince fue enviado a Moa para realizar el servicio social. Allí lo ubicaron como activista de la Casa de la Cultura, la cual él debía construir, pues no había antecedentes ni siquiera de, por ejemplo, algo por el estilo a un círculo de interés de poesía o de artes plásticas. Nada de nada. Sólo le entregaron el terreno más yermo de todo el planeta, un pico, una pala, un martillo, y todos los accesorios y materiales imprescindibles para construir una modesta casita de cemento. Pero el Lince era mucho Lince. Astuto, era la amenaza parada en dos patas. ¿Y qué hizo? No bien hubo arribado, sin sacudirse el polvo del camino, igualito que Martí frente a la estatua de Bolívar, se dirigió al corazón de Moa y sacó a todos los habitantes de las camas recitando un poema de Cavafis a través de un altoparlante. Los vecinos abrieron las puertas entre boquiabiertos y somnolientos, bostezaban sonoramente, tosían, carraspeaban, las mujeres restregaban sus ojos limpiando las legañas sin la menor coquetería. Se fueron acercando a medida que el poema fue tomando aliento y rodearon al Lince. Ya no lo observaban extrañados, sonreían tímidos. Se notaba que iban entendiendo el texto, o interpretándolo, cosa mucho más sutil, hasta el final:

*¿Por qué empieza de pronto este desconcierto
y confusión? (¡Qué graves se han vuelto los rostros!)*
*¿Por qué calles y plazas aprisa se vacían
y todos vuelven a casa compungidos?*

*Porque se hizo de noche y los bárbaros no llegaron.
Algunos han venido de las fronteras
y contado que los bárbaros no existen.*

*¿Y qué va a ser de nosotros ahora sin bárbaros?
Esta gente, al fin y al cabo, era una solución.*

Estalló un delirio de aplausos y de vivas. Al día siguiente los moenses comenzaron a fabricar su Casa de la Cultura. El primer ladrillo lo puso el Lince. Y cuando estuvo terminada en tiempo récord, logró invitar a poetas reconocidos, pintores famosos, orquestas de última moda, trovadores, músicos clásicos, obras de teatro, y proyectar películas censuradas por algo que ya nadie se acordaba. Y se empezó a regar por todo el país el chisme del milagro cultural producido por el frenético activista. Él vivía en total trance de identidad artística y política. En él se manifestaba en todo esplendor el erótico sentimiento de la inmortalidad del héroe. Entonces lo pidieron de La Habana, Ciudad-Experimento, para que repitiese la misma hazaña. Y a Moa le retiraron el apoyo, cayó en desgracia, se apagó.

En las afueras de La Habana no fue igual. Le entregaron una casucha desvencijada en lo más intrincado del pueblecito de Mamoncillo, a tres kilómetros del viviente más cercano. Al averiguar sobre el cemento, la arena, los adoquines, bloques e instrumentos para rehacer aquel bajareque, nadie supo responderle y lo pelotearon de reforma urbana a rastros durante un mes. De todas formas construyó él solito un guateque campesino, e incluso pudo filmar en colaboración con la televisión cubana el programa *Palmas y Cañas* en aquella zona. Hasta que se dio por vencido. (Darnos por vencidos es nuestra máxima debilidad.) El Lince pidió el traslado para diseñador de una revista literaria, la misma en la que hoy yo trabajo. Gracias a él. Porque antes yo era simplemente Documentalista Cultural, que suena a mucho, pero en realidad es mierda, una berracá de estar recortando periódicos, extrayendo los artículos que hablan sobre «nuestro país» en la prensa internacional, o enviando cartas estúpidas o acuses de recibo a los amigos de «nuestro país», que la mayoría de las veces eran los más mediocres de todas las izquierdas del mundo, a los cuales nadie paraba bolas en sus países, y venían aquí a hospedarse en los hoteles cinco estrellas, a comer y a beber gratis, para prometer ayudas que a la larga jamás cumplían.

Entonces el jefe de redacción de la revista literaria se quedó en un viaje. De pronto, había que terminar un número y no encontraban a los «capaces» -los militantes- porque estaban de cara al campo cumpliendo con labores agrícolas, es decir, descojonando la agricultura, porque a la tierra hay que quererla y saberla trabajar. El Lince levantó la mano decidido, porque esas cosas hay que hacerlas así, de un tajo. Pidió la palabra, muy seguro de sí propuso mi nombre, y como todavía él era confiable fui aceptada sin titubeos. Ni siquiera consultaron más arriba la propuesta del Lince. Fue entonces que nos hicimos socios, hermanos, aseres, moninas. Porque cuando lo del vídeo de *Taxi driver*, él trabajaba en Mamoncillo y nos encontrábamos menos. Pero por misteriosas razones -o por compartir la

amansada rebeldía- simpatizamos muy rápido. También yo soy del tipo de mujer amiga de los hombres. Las mujeres por lo general me toman por enemiga.

Hicimos juntos cuatro números de la revista. Surgió la opción de irse a la microbrigada, y él fue el primero y no el único que dio el paso al frente. ¡Qué remedio no le quedaba! Profundizamos nuestra amistad, y al cabo de dos años lo ayudé a que amueblara modestamente su nuevo apartamento. En ese entonces la Gusana ya se había ido. Poco tiempo después lo ayudé en la mudanza a Miramar. Allí nos volvíamos locos colocando adornitos, puliendo marcos herrumbrosos, barnizando muebles, sembrando platiserios y orquídeas en la terraza. Y estuve con él el día antes de que fuera detenido. Y después no lo vi más. Hasta que hoy -tras leer la carta de la Gusana, todo son coincidencias- me llamó por teléfono desde Miami, gastándose un dineral. ¡Y yo que lo hacía en el tanque, quiero decir, en la cárcel! Me contó las tribulaciones con el ministro nipón, y el bonsai, y las noches de reflexión solitaria en La Puntilla, sin querer llamar a nadie, escondido. Y aquellos tipos misteriosos que aparecieron arrastrando una lancha construida con trozos de mala madera, gomas de camión, remos endeble remacheados con clavos oxidados, una sábana agujereada sirviendo de vela. Vociferaban nerviosos que salían a pescar, para aprovechar la luna del pargo. Al ver al Lince se asustaron más aún, creyeron que era un guardafronteras, después se dieron cuenta de que era otro desahuciado, como ellos, y le preguntaron si se quedaba o se iba. Le aseguraron que ésa podría ser la oportunidad de su vida. Él se encogió de hombros, y apoyando los puños en los dientes de perro se incorporó y montó en la embarcación con ellos. (Consultar *flash-back* en capítulo anterior.)

Sí, recuerdo con impecable nitidez -de un tiempo a esta parte olvido instantáneamente lo inservible- que el teléfono sonó y sonó y yo en el baño, enredada preparando un champú de sábila. La sábila sirve para cualquier cosa, lo mismo cura las hemorroides que elimina la caspa. Si llamaban con tanta insistencia algo importante querrían decirme, o informarme. Un pitico rarísimo, detrás otro ruido como de falso tono -ahí ya te pincharon el teléfono-, era una llamada de larga distancia.

-Gusanita, ¿qué tal? Acabo de recibir tu carta...

-No, Yocandra, es el Lince... (me puse en un puro nervio, se me cayó el pomo y derramé el mejunje)... Estoy... (rió distante y supuse que hacía pucheros)... aquí... (y pronunció ese «aquí» como si fuera aquí mismo, y no allá)... en Miami... (me oriné).

-Mira, Lince, querido titán, tengo todas las palabras del mundo para decirte, pero no puedo (se me hizo un nudo en la garganta). Estoy hecha una come mierda, es la primera vez que se me va un ángel para el Norte, en el sentido rilkeano de que «todo ángel es un demonio». Y no sé qué hacer, qué coño darte, unas goticas de corazón. ¡Cómo me ha palpitado en estos días y yo sin saber, era el

presentimiento! La Habana, Ciudad-Mortaja, estará terriblemente agonizante por haber perdido a otro habanero ilustre. De pronto tengo fiebre. Me ha entrado toda esa enfermedad que es lógico que me dé de manera inenarrable y violenta. Me siento la única sobreviviente del país. ¿Regresarás algún día, radiante y sin venganzas, como suelen volver los ángeles? (Mi voz se encangreja, gagueo, el timbre que sale de mis cuerdas vocales suena aguarden toso y lírico.) Paciencia, no trates de llegar y ser. Le pondré unos pudincitos a Elegguá para que te proteja y abra los caminos. No te dejes arrastrar por el síndrome del cubano, de la jodida nostalgia. Tampoco la niegues, dosifícala, súfrela, pero sin obsesiones, que sea alimento espiritual y no veneno. No te consumas en los discos, no los rayes, los discos son una farsa del recuerdo. Estamos muy cerca, muy cerca. Mira, Lince, estás aquí: en la yema de mis dedos, te me sales por las uñas y me entras por cada ínfima porción de la piel. ¿Qué enemigo, coño, dentro y fuera de esta puta isla, podrá quitárteme de encima, de mí misma, amigo mío, hermano, amante, hijo, *mon semblable* como en el poema de Jaime Gil de Biedma? No olvides lo principal, no te pierdas en el dimedirete cubano que es igual aquí, allá y acullá. No te ahogues en ese mar separador que tú mismo cruzaste y donde viste morir a otros hombres, igual que tú, despavoridos, aterrorizados. Tú bien sabes que ese mar nos une. No hay que desafiado, debemos ser expertos, extremadamente cuidadosos con las trampas mortales del océano. Sé que cruzado a tientas y llegar, a veces es peor que la muerte. De tan alto sentimiento patriótico nos hemos transformado en decadentes, y jugamos con la vida como a la gallinita ciega. No soy injusta, comprendo la desesperación, yo misma estoy desesperada, pero no apruebo las batallas perdidas de antemano. Lo tuyo fue milagroso, una vez más, pero ¿y las heridas psicológicas? Ese mar es de todos, es nuestra alegría, ¿merece que sigamos ensangrentándolo? ¿Surgirá una vía esperanzadora? Adivino que serás un lúcido ladrillo para ese puente de asfalto humano. ¡Qué imagen tan fea, pero es la que siento! Será duro, pero podrás. Lo verdadero es no cagarse el alma con ni-miedades. Ya sé que un exiliado tiene hasta la tumba prohibida. ¿Con qué tierra regar su cadáver? Pero la tierra está donde él esté. La tierra es él con su verdad. Ganarás a pesar del estigma de ser cubano. ¡Cuánto daría por cambiar las circunstancias! Sería ideal un país ideal, pero no lo tenemos. Poseemos un país pobre y a la vez grande, que nos cansa y nos gusta, que nos ama y nos odia. Un país obsesionado con obtener riquezas de la miseria. Tenemos toda la complejidad del ser humano, y no lo admitimos; del ser cubano, y lo evadimos. Me acuerdo: ¿dónde quedaron aquellos sonetos que te dediqué? Hablo como una loca. No permitas que nada te quiebre. Recuérdame, pero si pensar en mí te pone frágil, olvídamme, ya comprenderé. Te veré en ese sitio imaginario, bailando un vals o una rumba, sudoroso o tiritando, lloroso o canturreando, valiente o temeroso. Ágil, siempre ágil... en ese sitio imaginario que tanto nos pertenece, incluso cuando se nos escapa, ese sitio que tanto nos duele: la vida.

-Yocandra, tienes razón, ya yo estaba harto (aunque no me tocaran, aunque no tuviera derecho, por las razones imprevisibles que ya conoces, sin casa, pues la perdí al caer preso, pero con libreta de racionamiento). Harto de los titulares que empañaban cada mañana mi mirada en el espejo de bolsillo que me obsequió la Gusana. En el diminuto azogue leía cada vez:

Distribución de alimentos.

El despacho de los víveres correspondientes al mes en curso comenzará el día 28 (final de mes), en las unidades de comercio minorista. Para el mes entrante se programa una entrega de media pastilla de jabón «per cápita». Como cuota normada de granos se repartirán 20 onzas de frijol colorado «per cápita» en las bodegas y el completamiento de la cuota de seis libras para próximo aviso.

Del mes en curso, la media libra de aceite se distribuye en Centro Habana y Cerro, luego de haberse repartido en Playa, La Lisa, Marianao, 10 de Octubre y La Habana Vieja. Continuará por San Miguel, Guanabacoa y Regla y debe finalizar en toda la provincia antes de que se acabe.

El programa de suministro de productos cárnicos será como sigue:

A razón de tres cuartos de libra «per cápita»:

-Picadillo texturizado: Boyeros, cuota del mes en curso.

-Masa cárnica: Arroyo, Marianao y Plaza, pendiente Playa.

-Fricandel: Concluir Guanabacoa.

El suministro de las dos libras adicionales de chícharos debe concluir en toda la provincia.

Estuve a punto de cortarme las venas con el peine, a falta de cuchilla. Si fumaba, fumaba adicional. ¿Qué clase de vida es vivir adicional? De pronto estaba hablando con un amigo, y mientras hacía que lo escuchaba iba repasando en mi mente el horario de apagones publicado a diario en el único periódico de dos páginas, y que nunca corresponde a la verdad. Mi cerebro se iba secando, y no te cuento lo que pasé en la prisión, aunque a nivel psicológico no era muy diferente que en la calle. Aquella noche, en la Puntilla, no había previsto ni siquiera el segundo después, no tenía la menor idea de mi inmediato acontecer. De súbito, los falsos pescadores me ponen entre dos aguas, a elegir (uno que nunca ha conocido la importancia del verbo elegir). ¿Me quedaba o me iba? Y sin decidirlo me fui, porque no tenía nada que hacer, sin más ni más. A no sé exactamente cuántas, a unas veinte millas de las costas cubanas, vimos restos de balsas destruidas, el cuerpecito de un niño mutilado, pedazos de brazos, uno hasta tenía un reloj de pulsera. Al instante nos escoltaban tres monstruosos tiburones, que al olor de la sangre enseguida nos localizaron. Uno de nosotros, el más viejo, pidió calma en voz baja, nadie debía enloquecer. Sin embargo, uno de ellos sacó un remo y arremetió a palazos contra el escualo más cercano. Yo me le eché encima y logré aplacararlo, pero no fue fácil. El mar se encrespó, el viento nos remolcaba, la proa no lograba cortar las olas de dos metros de alto, el furor del oleaje nos empujaba

por el costado y destruía la embarcación. No puedo describir con exactitud ese instante de la desaparición física de mis compañeros de viaje. El lenguaje, las palabras, son como una amnesia caótica, quedo mudo. Todavía me duelen los músculos -me dolerán eternamente- de tanto que intenté retener sus cuerpos. Puedo contarlos siguiendo la inercia que ha quedado latiendo en mi memoria. Mucha sangre y mar. No entiendo qué ocurrió -de milagroso, como tú apuntas- para que yo quedara anudado a la vida y fuera salvado. Hoy me paseo por las calles de South West al atardecer y me pellizco. ¿Seré un sueño? ¿Estaré vivo? Quisiera olvidar, ser cruel y olvidar, pero al mismo tiempo una energía hondísima enerva mis sentidos. Meticuloso, repaso los sucesos y no descubro explicación, solución posible. ¿Cómo se llega a tanto impudor con la muerte? Éramos seis y, menos dos, los demás contaban entre veinte y treinta años. Sus rostros, que sólo conocí unas horas, me acosarán hasta el final de mis días. ¡Qué rápido y fácil la muerte nos esposa para la eternidad con otros seres! Hay quien dice que la gente se lanza al mar por problemas económicos menores, por unos jeans, por chiclets, pero quien así habla no conoce Cuba, no sabe del hambre y el terror que sufren los cubanos, quien así habla sólo conoce los hoteles de lujo o las casas de protocolo. Sufro cada minuto por no poder contar mi experiencia, pero te digo que hasta creo que me acostumbraré. Ya ni tiemblo. Aunque sí lloro. Los espacios son inmensos para alojar la melancolía. Atenderé, de todas formas, tus consejos. Aquí he encontrado viejos amigos que han sido muy solidarios en todos los sentidos, pero no estás tú ni la Gusana, ni otros tantos con los cuales cada vez sueño con más intensidad. Vivir en el exilio aguza el estado onírico. Tengo varias ofertas de trabajo para cuando legalice mi situación. Por lo pronto, trabajo en negro y gano satisfactoriamente. Al menos ya alquilé un sencillo apartamento. ¿Sabes una cosa? Lo busqué con vista a tu buhardilla hexagonal. Cada mañana me asomo a la terraza y te soplo besos. Espero que a partir de ahora hagas lo propio.

¿Tus padres siguen tan chiflados? Envíame el nombre del escultor, a lo mejor averiguo y puedo darle la buena noticia de que allá, en su antigua residencia del Vedado, hay una señora demente que venera su Wifredo Lam y espera devolvérselo. A mí no se me escapa ni dios. Los piscis somos así, «piscistentes». Ya visité galerías de pinturas, librerías y fui al teatro, que por cierto, a pesar de tantos buenos actores emigrados, no deja de ser malísimo, excesivo y vulgar. El cine no es gran cosa, lo mismo que el sábado por la noche allá, pero actualizado. Exploro y rebusco vías para convencerme de que soy normal, de que puedo saltar con garrocha toda esta urgencia salvaje que me dominó siempre. Que arruinó los proyectos. La palabra lince tintinea en mis oídos igual que la palabra exilio. Debo confesar que por momentos extraño la inestabilidad. Aquí todavía soy demasiado anónimo, y yo no resisto el anonimato. Allá dormía en las escaleras, pero cuando existían las revistas publicaba en ellas, ¡ya sé, censurado! Ésas son las contradicciones, las que acaban por encerrarte en un manicomio, o botarte al mar, o poner el pestillo, el doble yale, e ignorar que existe la calle. Como tú bien

el pestillo, el doble yale, e ignorar que existe la calle. Como tú bien señalas, uno no puede llegar y ser. Tengo que trabajar duro. ¡Por fin trabajar! ¡Probarme! ¡Ser fiel a ese apodo tan escandaloso con el que me bautizaron la Gusana y tú! Ni aquí me libero de las metas a cumplir. Pero no creas que volveré a poner mi vida en peligro. Intentar la ascensión profesional a los cuarenta años es un nuevo aislamiento que tomaré como broma. Deséame éxitos. Lo que queda por decir está dicho con indisoluble amistad. Y voy a colgar porque la llamada es por Canadá y me está costando los dos huevos. No olvido a nadie, no olvido nada.

Colgó y el teléfono se quedó muerto, mañana tendré que ir a reportarlo a la compañía. Siempre que me llaman de larga distancia la Seguridad me jode la línea. ¡Las siete de la noche! ¿Tanto tiempo conversamos el Lince y yo? Aún no puedo creerlo. Sin embargo, debo integrarme a la rutina, bañarme, acicalarme... Hoy será la noche del Nihilista. Me advirtió que no cocinara, que él traería una sorpresa. No sé cómo, logro desconectar del Lince para enchufarme en la lobreguez del baño. Hace meses se fundió el tubo de luz fría y me ducho a tientas. ¿Qué ropa me pondré? Seguro que estoy demacrada, ¡con el día que he tenido! Maquillarme a oscuras y no parecer una máscara del kabuki con el polvo que vengo ahorrando desde mis quince años será una proeza, y puede que el Nihilista aprecie mejor mi palidez a lo heroína de Drácula.

Quisiera pensar más en el Lince, dedicarle más tiempo a sus angustias, a nuestros mutuos pesares. Abro el closet y el vestidito de florecitas color vino no aparece. Vuelvo al baño, registro en el cesto de la ropa sucia, claro, mírenlo ahí. Si no hubiera estado pensando en las musarañas me habría dado tiempo a lavarlo, ya se habría secado, y en un abrir y cerrar de ojos -con electricidad, por supuesto lo hubiera planchado, porque es una tela riquísima de estirar. Me pondré la saya y el pulóver negros. ¡No, que Oshún se pone brava si me visto de oscuro! Creo que me asentará la blusa amarilla. ¡No, niña, tan macilenta, el amarillo te matará! ¡Ay, ya me duele la cabeza y ni una aspirina!... ¿Y si no me pongo nada? ¿Y si lo recibo desnuda? Una mujer enamorada es capaz de cualquier atrevimiento. A la edad que sea.

Las noches del Nihilista

«Parece que los capítulos ocho de la literatura cubana están condenados a ser pornográficos.»

Así se expresará el censor cuando lea estas páginas. El censor que me toca por la libreta, porque cada escritor tiene un policía designado. Dictará esas palabras a la secretaria, que le teleará el informe sobre mi novela refiriéndose, para honor mío, al capítulo ocho de *Paradiso*, de José Lezama Lima, obra maestra de la literatura universal que, sobra puntualizar, ningún censor ha podido terminar de leer, porque se duermen, no entienden ni comino, nada de nada, ni siquiera por qué la gente dice que el capítulo ocho es pornográfico. Pero como que hay que seguir dictaminando que lo es, nadie puede cuestionárselo a los censores, quienes ni siquiera conocen la diferencia entre lo erótico y lo pornográfico. Y por eso tampoco se dieron cuenta de que no sólo el capítulo ocho, sino toda *Paradiso* es erótica de cabo a rabo, una de las novelas más sensuales de la literatura contemporánea. Al término de tanto silencio -censura-, por jugadas más políticas que culturales, los censores han terminado siendo más lezamianos que el Papa.

Miro el reloj, ya son las ocho y media de la noche y desde las siete y media estoy encuera a la pelota, bañada, perfumada, el pelo sobre los hombros. Hasta encendí el aire acondicionado, por suerte parece que no quitarán la luz esta noche, ya lo hicieron por la mañana. Estoy congelándome desnuda, esperando al Nihilista, con los pezones erizadísimos, los pies arrugados, contraída, la carne de gallina. Y Peter Frampton cantando *Show me the way*.

El Nihilista es director de cine, ha dirigido unos cuantos videoclips musicales, y ya realizó su primer largometraje de ficción. Lo hizo con sobrante de película, la que desperdiciaban los directores reconocidos. Estuvo siete años, entre premios, interrogatorios, cárceles, autoencierros, disidencia y reintegración. Casi nadie sabe que él es director de cine porque su película la pusieron sólo un día durante el Festival. No la han exhibido comercialmente, ya que es postexistencialista, y ya es bastante con la vida de sacrificio que lleva este pueblo, encojonadamente postexistencialista, para castigarlo con su propia imagen. Brindémosle musicales populistas, bien vulgares. Primeros planos de meneos de culos con celulitis -a cualquier modelo de diecisiete años ya se le malograron las nalgas, la ter-

sura de un culo no resiste el bombardeo de chícharos-, tetas caídas, pelos oxígenados, pestañas postizas y mucha alegría, de la buena, de la tropical, la tentadora del turismo, la falsísima. Sin embargo, los videoclips que hizo el Nihilista tampoco agradaron, porque versaban sobre rockeros postexistencialistas, violentos, despeinados, descamisados, en shores desteñidos y desflecados, descalzos, y unas melenas que ocupaban toda la pantalla, gritones, rabiosos, contestatarios, y todo lo que se supone que pueda perturbar la serenidad de un turista. El director de cine, digo, el Nihilista, comenzó -con tremenda esperanza y confianza y empeño y dedicación y toda esa morrongá que tienen los jóvenes en la cabeza cuando emprenden una aventura artística- a escribir su segundo guión, para un segundo largometraje de ficción. La historia narra un viaje de tres jóvenes de una punta a la otra del Malecón, y en el clímax se fajan y uno se va en una goma de camión para Miami, y los demás se quedan estúpidos y solos. Al final, la muchacha de la que estaba enamorado el protagonista muere ahogada en el intento de escapar con él en otra goma de camión. Y claro, es un guión que habrá que retrabajar, reescribir, re-pensar, re-modelar, re-cambiar, re-tomar, re-botar. Re-primir. El Nihilista, que no es bobo, lo abandonó, se calló, se hizo a un lado. Más paranoico que triste.

Lo conocí en una Muestra de Cine Joven. Cuando aquello, él era disidente y no le permitían concluir su primera película. Muy pocos lo saludaban, pasaba entre la multitud como si fuera transparente. Yo estaba sentada en el suelo sobre unos cojines, no porque fuera «chic» sino porque no había sillas, junto al Lince y a la Gusana (ella no reparó en él, tan puesta como estaba para el Lince, porque si no me lo levanta). También estaban el Gigante, que no aparece en esta novela porque es tan grande que se llevaría él solo todos los capítulos (además es noble, acaba de descubrir que ha heredado a uno de sus antepasados: iun abad francés!), el Pianista, que tampoco está aquí en estas páginas (de todos nosotros es el más lúcido, pues posee una misteriosa conexión con una voz del más allá que le aclara muchas dudas antes de meter la pata), y el Dentista, el más salsoso de nosotros, el tremendón. No sé si había alguien más, no recuerdo porque el Nihilista había conseguido «maní» y «talco» del bueno, como el Mennen. Y nos volamos enseguida.

Yo me fui antes, el Nihilista me alcanzó a mitad de camino y fuimos a buscar más «maní», pero ya se había acabado, en La Habana hay que consumir temprano y acaparar. Llegamos al apartamento y machacamos varias pastillas de tri-fluoperacina, valium, diazepán, nerobol y otros barbitúricos. Desbaratamos un cigarro Popular con filtro conseguido al azar, mezclamos la picadura con el polvo fabricado y fumamos y aspiramos toda la noche, toda la madrugada, hasta las seis de la mañana, hora en la que el Nihilista se puso la camisa y se marchó. Durante ese tiempo nos contamos nuestras respectivas historias, bizcos, eufóricos, muertos de la risa, deprimidos, idos, superlúcidos. Fumamos, olimos, nos miramos,

a veces nos rozamos. Pero no templamos. El Nihilista desapareció dos años de mi vida.

El Lince vino dos años más tarde de aquel amanecer. Rostro grave, congestionado, me comentó que él tenía que ayudar por todos los medios a ese joven cineasta, salvar a un muchacho al que querían joder, que estaba a punto del suicidio, de irse del país en una goma de camión. Ni me vino a la mente el Nihilista, yo estaba puesta para otra sanacá amorosa de las mías con un actor de teatro, que devino famoso actor de cine. Al mediodía tocaron a la puerta, eran el Lince y el Nihilista, este último traía un casete de vídeo debajo del brazo, envuelto en el periódico *Granma*. Ya para entonces, yo era experta en manejar artefactos de alta tecnología, gracias a las enseñanzas del Lince. El Nihilista apenas habló, yo tampoco, pero una energía densa rebotaba de su cuerpo al mío y viceversa. Visualizamos su filme.

-¡Y esto qué pinga tiene de diversionismo ideológico! -fue el análisis más pasional que profesional que hizo el Lince. Aunque, hablando profesionalmente, la película tampoco tiene por dónde pinga cogerle el diversionismo. El Lince movió cielo y tierra apoyado por sus orishas, Elegguá y Obbatalá, y así el Nihilista volvió al reino de este mundo: limpio, desnudito, acabadito de nacer. Yo, ¿qué podía hacer yo? Mis orishas también me orientaron, e hice lo que en casos como éstos hacen ellas, la satísima Oshún y la maternal Yemayá: arremeter con el poder de la tota y de la mente.

En la noche el Nihilista telefoneó. Primero llamó dos veces y colgó. Yo había estado pensando en él toda la tarde. A la tercera va la vencida:

-Oye, no me dijiste nada de la película, ¿qué te pareció?

-Ven, hablaremos, dado el tema no quiero comentar por teléfono, quisiera conservar intacta la línea... veremos otra película, *The doors*, ¿has oído hablar de Jim Morrison?

-Claro, soy un fan... ¡No me digas que la tienes, llevo siglos buscándola!

-¿Siglos? No puede ser, es un filme reciente.

-Bueno, tú sabes, es un decir... Ya voy p'allá.

A los diez minutos tocaba el timbre. Sudaba a mares por causa de pedalear desesperadamente, la bicicleta no tenía luces y la calle Veintitrés era una boca de lobo. Entró, sus ojos verdes se posaron en mis ojos verdes. Los de él son más claros, los míos son como las aceitunas. A ojo de buen cubero, supe que me iba a enamorar. No sólo porque me pasaba la vida enamorándome, es como una manía, sino porque estaba atravesando el peor y más solitario de los instantes a causa de tanta efímera compañía, y necesitaba a alguien inteligente, enigmático. Necesitaba del *big love*, morirme de amor, vivirme de amor, descojonarme. Un tipo que acabara conmigo y yo con él. Que nos acabáramos los dos. Y que comprendiera que yo no soy fácil, que estoy medio o absolutamente arrebatá. Hoy amo, pero mañana no soporto, y ésas majaderías no hay muchos tipos que estén dispuestos a

aguantarlas. Tampoco tenía mucha cabeza para los mariditos. Yo andaba buscando el amante eterno. Y creo, a lo mejor me equivoco, que lo atrapé.

Aquella noche, como muchas otras que han venido después, cenamos arroz y huevo frito, todavía los huevos los vendían por la libre. Fregamos, yo enjabonaba, y él enjuagaba la vajilla: dos platos, dos vasos, la sartén, la arrocera, un tenedor y una cuchara. (Él no sabe comer con tenedor.) Nos acostamos en la cama, muy derechitos, pero la energía espesa seguía emanando de nuestros cuerpos. Cuando la película iba por la mitad, sin querer mi pie chocó con el suyo. Él lo interpretó como una caricia tímida y hundió en mi pelo su mano pervertida, como la mano del *Orlando* de Virginia Woolf. Yo no podía más, me viré y lo besé en los labios. Y ahí mismísimo supe que ése era mi macho, porque me besó como en mi primer beso a la escultura de rizos sobre la frente, con la lengüita ondulante, como uno imagina en la infancia que se besan los adultos. El besuqueo duró el resto de la película. Nunca hemos logrado terminada de ver. Siempre que empezamos la dejamos por la mitad. Será que el experimento de Pavlov con su perrito nos ha sugestionado.

El beso duró el resto de la película, pero no exclusivamente en la boca. Él fue descendiendo con experimentada lentitud por mi cuello, me lengüeteó desde la barbilla hasta los pezones, donde permaneció minutos de goce interminable. Al rato fue aún más despacio, de mis senos a las costillas y de ellas al ombligo, y la punta de su lengua hizo estragos en mi vientre. Mi vientre bailaba la danza persa, por no decir que me remeneaba desaforada como una negra en un barracón. Después, con sus dedos largos, apartó mis pezones y relució, rojo y erguido, mi clítoris. Allí estampó el beso que lo consagró para la eternidad, el Nobel del cunilingüismo. Su nombre debiera aparecer en el *Guinness* como el mamalón más profesional que haya conocido la historia de la civilización. Tuve siete orgasmos, o mejor, me vine siete veces. Cuando él se desnudó, su cuerpo griego me dejó pasmá, boquiabierto, baba incluida. Espaldas ligeramente más anchas que las caderas, puro lomito ahumado, tostadas por el «indio», nuestro sol nacional. Caderas estrechas, nalgas perfectas, lisas, el vello surge debajo de la punta y agrade los muslos. Muslos parejos, musculosos, piernas tensas, tobillos gruesos, pies elegantísimos y bien proporcionados -lo que es un buen augurio- hasta con el detalle del dedo del medio más largo que el gordo, y eso es, sin discusión de ningún tipo, un pie ático. El cuello con la exacta medida, ni muy ancho, ni muy largo. El pelo encrespado, rizos fresquísimos adornan su frente. Nariz prominente y recta. Labios como el milo, malteados. Brazos musculosos, pero sin aspavientos, muñecas fuertes, manos suaves y largas -ya hablé de ellas antes-. ¡Qué raro! Este hombre se me antojaba una exquisita obra de arte por fuera y por dentro. Porque es tierno, paciente y pacífico. Su voz nunca se altera en lo más mínimo. Es mi amante, no mi verdugo.

La pinga, ¡ay, San Lázaro bendito, mi Babalú Ayé! El toletón del Nihilista es la octava maravilla del mundo. ¡Y cuida' o no ocupe el primer escaño en el escalafón de las fortunas de este siglo! Porque portar un rabo como ése es como poseer una cuenta de millones y millones de dólares en un banco suizo. Debo señalar, antes de que lo olvide, que junto al ombligo tiene un lunar negro y redondo. Y desde allí le emerge de los poros la sedosa pendejera que es un sueño acariciarla. Cuando la mano tropieza con la raíz del miembro -nada que ver con un miembro cedee- rre- no puedes evitarlo, la boca se te hace agua, las comisuras espumean.

Es liso. Mide catorce centímetros sin erección, el doble erecto. Pero no sé si porque soy amplia de cavidad, o porque él se mueve sabiamente, nunca me ha dolido ni me ha lastimado. Incluso ni en el palo del pespunte, el que va de la vulva al ano y a la inversa. Es rosado como la piel de un recién nacido, debajo de los tejidos brillan miles de venitas rojas, parece un diminuto jardín de Príncipes Negros, que en cubano son las rosas rojas. El pellejo es dócil, cubre y descubre cuando es menester hacerlo, como un mantón *belle époque*. Al tacto tiene la calidez de la jalea real, ese vigor que cura la más emperrá amigdalitis. El centro es sólido, a prueba de derrumbes, apuntala' o desde siglos inverosímiles a.n.e., semejante a una columna del Partenón. La cabeza es -como un ordenador con el software más avanzado y eficaz- putona y cerebral, porque va justo al punto álgido, al del triunfo. No descansa hasta agotar las vías a la solución perfecta, la posición cómoda, la operación adecuada. Ejecuta febrilmente. Ella, la picha, «no busca, encuentra», como Picasso. Es vibrante y sabrosa. Exhala un perfume a piel lavada con *Mon savon*, ese jabón francés a base de extractos de fórmulas de perfumes antiquísimos, pachulí, jazmín, rosas, leche de cabra. ¡Leche, leche mía! ¡Si la cuota de dieta fuera como ésa! (Pero la dieta a la cual tiene derecho Hernia, la acuática, además de que toca un día sí y un día no, a pesar de que la llaman «el litro concentrado», es agua pura, insípida, desprovista de vitaminas, ni mancha el cristal de los vasos. Al menos pudo resolverla con un médico socio mío que le inventó una úlcera. De vez en cuando, ella me obsequia un vasito de leche.) ¡Leche, leche de mi corazón! La savia de este hombre es como cuando ordeñan a una Holstein jovenzuela, y el chorro cae en la vasinilla igualito al maná celestial. Ése es precisamente el sabor de la esperma de este extraterrestre, un buche estrellado, luminoso, interplanetario, vía satélite. Un ponche repleto de una turba de saludables, deportivos y preñado res espermatozoides.

Estoy tiritando, está clavado que atraparé una gripe, y no hay ni una aspirina en el botiquín ni en ninguna farmacia, y cuando aparecen vuelan, aunque las hayan puesto por la libreta, pero las farmacéuticas de todas maneras las siguen revendiendo. Me congelo, pero no apago el aire acondicionado porque afuera hace un calor del carajo y al Nihilista le gusta templar con frío, imaginando que estamos en un invierno europeo. Ya me he lavado los dientes cerca de cuatro veces, porque de mantener la boca cerrada, sin hablar, puede que haya cogido cierta

halitosis. Me soplo en el hueco de la mano, olisqueo, pero no, lo del mal aliento son ideas más, síntomas de esquizofrenia, o los inicios de una precoz menopausia.

La llave chirría en el hueco de la cerradura. Entra él, mi muñeco rabioso, pestañeando pues le ha caído sudor y polvo en los ojos. Amarra la bicicleta, con cadena y candado, a la reja que protege la entrada de la escalera. Noto que está encabronadísimo, ni ha reparado en que estoy desnuda. Se desembaraza cuidadosamente de la mochila antes de cerrar la puerta para que el aire acondicionado no escape. Sentado en el sofá, se seca el sudor con un pañuelo de cowboy, intenta alisarse los rizos que adornan sus pómulos. Por fin levanta la mirada hacia mí. La mujer desnuda que espera.

-Perdóname, mi vida, pero estoy hecho leña... La bicicleta se ponchó... Y encima llovió. De seguro no te enteraste porque tienes las ventanas cerradas. La ropa se me escurrió encima, esperando en la cola de la Piragua. Las pizzas llegaron tardísimo, había una concentración de gente... si me quedaba en la cola no alcanzaba pizza... ¿Sabes cuánto pagué a un colero por dos pizzas? Ciento veinte pesos, sesenta cada una. Menos treinta pesos, es mi salario de un mes... Y el queso no es queso, es preservativo chino derretido. Los empleados se fachan el queso bueno.

Yo lo miro estupefacta sacar dos trozos de panes mal redondeados, desiguales en tamaño, apestosos a queso, digo a preservativo rancio, coloreados con cualquier tinte rojo menos con salsa de tomate. Los ponemos inmediatamente en el horno antes de que se esfume el gas. Al minuto tenemos que pasar las pizzas a dos sartenes y ponerlas en las hornillas eléctricas.

Por fin él me observa distinto, los ojos retozones compilan cada parte de mi cuerpo. Me toma las manos besándolas con labios alados. Se burla tierno de mi encuerismo, entretanto su mejilla derecha reposa entre mis senos, sus brazos encadenan mi cintura, las manos caen cruzadas sobre los hoyuelos traseros de mis caderas. El pan comienza a oler a quemado y servimos las pizzas a punto de devenir tizonas. Somos unos privilegiados, le ganamos la batalla al chicharo. Comer pizza en La Habana en estos tiempos equivale a cenar en el famoso restorán parisino *La tour d'argent*. Para comer en una pizzería andrajosa hay que reservar un turno y ser obrero destacado en el Sindicato. También sucumbieron las *Mac-Castro*, aquellas cafeterías donde vendían hamburguesas de soya verde hongo, verde estiércol, una suerte de Quick del socialismo. Los *jambergue*, cuando los hay, los venden con tiquetes entregados previamente por el cedeerre a cada cederista.

La mesa viste un mantel de hilo blanco bordado y con servilletas, regalo de boda de la bisabuela de la Gusana a los padres de ésta, allá por el cuarenta y pico. Aunque hay electricidad, elijo las velas para iluminar la estancia y pongo un cassette de música gótica. Él saca de la mochila la gran sorpresa de la noche: una botella de *Beaujolois primeur*, ivino francés! Se la había cambiado a un cantante de

salsa, que viaja constantemente, por un armario años treinta, *art decó* criollo. Descorcha la botella y brindamos por nuestro amor con sorbitos delicados, dignos del excelente vino. Sus ojos verdes siguen fijos en los míos color aceituna. Devoramos las pizzas, las tripas resuenan indecentes, protestando porque no quedan del todo satisfechas, sino más bien ahorcadas por los condones asiáticos. Apuramos la botella y nuestras cabezas apenas dan una media vuelta, entonces nos damos cuenta de que el vino no alcanza para desordenar al máximo nuestros sentidos y simulamos la deliciosa borrachera que suponemos debiera acontecer. Reímos de lo lindo, sin saber por qué. Él se quita la ropa y corre detrás de mí, falseando la carrera, jugando a los cogidos, obstaculizando el trayecto con muebles para emocionarnos más. Decide cogerme y me besa mordiéndome cerca de diez minutos, la lengua me duele, la encía se me entume, la mandíbula se contrae y los labios se me hinchan con verdugones. Desciende a mi cuello y allí hace lo mismo, yo lo pellizco porque no me gustan los morados que dejan los chupones. El pellizco hizo el efecto de un latido en su morronga, los testículos endurecidos se le recogen. Mis tetas se aprietan contra ellos y mi lengua da la bienvenida a la monárquica cabeza del animal, al rey de aquella selva que forman los pelos del pubis. Suctiono hasta quedar exhausta. Él menea su cintura hacia delante y hacia atrás y el rabo me toca más atrás de la campanilla, digamos que me trago hasta la mitad del pene. En ocasiones tengo que detenerlo enérgica, pues me dan deseos de arrojar. Vómito y placer, arqueadas y mareo jubiloso. Mi clítoris se tensa, mi vulva mojada se encarrancha. Él sigue embistiendo mi garganta.

A punto de eyacular, sale de mi boca con esfuerzo descomunal. Va al lavamanos y se vierte agua helada en el pito. Tiende la sobrecama en el suelo, allí nos acostamos para deleitarnos con leves roces contenidos adrede. A los pocos minutos, su dedo enloquece y afanado agita mi pepita como si pajeara un sexo masculino. Mi cabeza da bandazos contra las losas. Él la toma entre sus manos y me besa, dulzón, el rostro, frente, párpados, nariz, mejillas, orejas, boca, barbilla, mentón. Su saliva fluye como lágrimas por el óvalo de mi cara.

-¿Por qué no nos sentamos uno frente al otro y tú encima de mí? -sugiere más que pregunta.

Entiendo perfectamente que debo enterrar su sexo en el mío y moverme de un lado a otro, de izquierda a derecha, y a la inversa, batiendo mi cintura, besándolo con los ojos abiertos, o simplemente erguir mi espalda para que los pezones den exactos con su boca y él pueda de esta forma chuparlos hasta el hartazgo. Ahí tengo mi primer orgasmo. Lento, gozándolo centímetro a centímetro, con los ojos idos en los suyos y los pelos de su pecho rascando mis paradas tetas.

Un quejido descomunal me lanza con la espalda arqueada hacia atrás. Él aprovecha y se zafa de mí. Furioso, lo cual me asombra, me vira de espaldas a su cuerpo. Estira mis piernas y las entreabre, mi nariz se hunde en la seda de un cojín. El rabo descansa entre mis nalgas, él las aprieta, y como yo me meneo, aquello

resulta ser una masturbación sensacional, como cuando se hace entre los senos. Inesperadamente, mi ano va cediendo y le ruego que me lo parta, pero al introducir sólo la puntica el dolor es tan agudo que casi me desmayo. Sin embargo, ni eso me despoja del deseo fulminante que siento de ser ensartada por detrás, mis manos cooperan en separar las nalgas y él entra, poco a poco, cada vez con menos trabas.

-Suavecito, suavecito... -suplico yo.

El tono inocente de mi voz lo inflama poderosamente, y mientras más dulce suplico, más encontronazos siento en mi interior. De repente se decide por el impulso bestial. No puedo explicarlo, no hay acción para que suceda así, pero mi vagina late desenfrenada. El dedo medio de él va a parar dentro de ella y así acaricia su picha a través de un sencillo tejido. Podría haberse venido, pero se contiene.

Derrumbado, con todo el peso de su cuerpo escultural sobre el mío, absolutamente inmóvil, espera a que se me pasen los efectos de la venida y a que vuelva a recuperar el deseo. Mi licor vaginal, natilla grumosa, se desliza por mis muslos como nunca, hacia las rodillas. El escozor ancestral remueve mis labios inferiores, necesito ahí dentro el relleno viril! Me arde la piel y él me pasa un trozo de hielo por las axilas, por los calcañales, por la entrepierna. Tengo fuego uterino y él introduce dos cuadritos gélidos que derrito al instante. Se dirige a la gaveta de la mesita de noche y busca, lamiéndose los labios.

-¿Qué te traes? -pregunto desconcertada.

-Nada. Vaposán y pomada china, la del Tigre -contesta malicioso.

-¿Y eso? ¿Qué piensas, que mi pipsisgallo tiene corisa? -comento medio en broma, medio alucinada.

-Me han dicho que es la locura usado como lubricante.

-Tú tienes tremendo pase a tierra. Pero ya que te han dicho, vamos a probar...

Me exprime hasta la mitad del tubo de vaposán en el agujero. Unta la puntica de la mandarria inyectándola en la latica de pomada china. Me da risa, parece como si quisiera aliviarle un dolor de «cabeza». Comienzo a sentir la tota como un globo, un dirigible, y las paredes de la vagina se aprietan unas contra otras. Él me besa y la punta me da en la perilla. No puedo evitarlo, me vengo por tercera vez. Así, latiente y mentolada, él me penetra hasta la altura del ombligo, mi papaya coge aire y de su sexo se esparce un fuego intermitente, se extingue, vuelve a inflamarse, resultado de la mezcla del vaposán con la pomada del Tigre. Es como si me rayaran una caja de fósforos familiar completica dentro, y cada uno de los fósforos rayados fuera un orgasmo que debilita mis sentidos y me expone con mayor docilidad al goce. Ahí pierdo la cuenta.

No sé cuántas veces son, infinitas. Casi a punto de perder el conocimiento, él pega sus labios a los míos y me besa atontado. Un escalofrío en el centro de

gravedad nos recorre a los dos. Segundos después, su esperma inunda mi raja. Tengo visiones fantasmagóricas, de realidad virtual. Así cesa nuestra *nueve semanas y media*, sólo que sustituimos las fresas, cerezas, champán y crema de Chantilly por ungüentos para aliviar dolores.

-Te amo, mi vida, te amo y te amo y te amo. -Lo repite insaciable.

-Yo también te amo -respondo al borde del estertor.

Pienso que es tan tonto decirse lo ya tan dicho, lo común, lo nada nuevo. Pero tenemos que decírnoslo, a los dos nos hace mucha falta. Y las frases de amor más sinceras son las menos originales.

-Me gustaría tener una niña contigo.

-No son tiempos para locuras. Diera lo que no tengo por ser estéril. Debo andar a la viva, nada más de oler semen me embarazo. -Bostezo, diciendo lo contrario a mis sentimientos, pero ¿para qué ilusionarnos?

-No sería una locura, sería maravilloso... -y cambia de postura asumiendo la posición fetal-. Esta tarde, en la cola de las pizzas, se me ocurrió una película genial. La vi secuencia a secuencia, la tengo aquí, en la silla turca... Tengo que escribida, tengo que filmar esa historia...

Le acaricio las sienes. La habitación rezuma eucalipto. Sus párpados se cierran y su respiración toma tesituras mayores. ¿Por qué será que después de templar son siempre los varones los que se duermen primero? No bien tengo este pensamiento, él entreabre los ojos:

-No estoy dormido, estoy meditando...

-¿En qué?

-En ti, bobita, en ti... -Pestañea y los músculos de su cara se aflojan, ronca casi imperceptiblemente. Cambia de posición, sus brazos reposan estirados encima de su cabeza. La impertinencia de mi mirada lo despierta-. Y en la película que haré... también reflexiono sobre la película que quiero hacer...

No deseo entristecerlo contándole que el Lince ha llamado, mucho menos amargarle la noche con la carta de la Gusana. Bastante tenemos con nuestras pobres ilusiones y nuestros proyectos truncos. Mejor lo dejo soñar con su película, con sus obsesiones. El pobre, tal vez hasta se ve recibiendo el Oscar de manos de Jane Campion o de Meter Greenaway. Él es un Nihilista fenomenal, y no puedo destruir esa magia. Todavía no me he arrepentido de ninguna de sus noches.

Y yo que lo tenía en un altar

Despierto porque tocaron con insistencia el timbre de la puerta. Parece que hemos dormido muchas horas, pero el reloj denuncia que apenas han pasado treinta minutos. La piel del Nihilista aún vibra. Nos vestimos asustados, corriendo. Nunca viene nadie. No esperábamos visita. Tengo bien controlado los días que le tocan al Traidor y los que dedico al Nihilista. Soy yo la que abre la puerta. ¡Claro, no podía ser otro que el Traidor! Me besa en las mejillas para evitar cualquier equívoco con el Nihilista. Porque el Traidor está al tanto de mi historia con el joven, y la acepta. Él sabe que lo mío es pura *vendetta*. Por su parte, el Nihilista no ignora mis encuentros con el Traidor, pero piensa que sigo dándole tratamiento amistoso a mi primer marido psiquiátrico. Así alterno las mentiras, explicándole que dos noches por semana de las que le he prohibido venir las utilizo en estudiar francés con Madame Lénormand, una profesora particular que vive fuera de La Habana, en el culo del mundo. Invento que soy exageradamente disciplinada porque no quiero perder pronunciación, ni vocabulario. Me las arreglo y los dos me creen, o se hacen. El Traidor me besa comedido.

-Estás caliente, ¿tienes fiebre? -pregunta indiscreto.

-No. Acabamos de singar -respondo cínica.

-Ah, ah... menos mal que no interrumpí... Mira, Yocandra, me da muchísima pena, pero me prestaron este librito de Jean-François Lyotard, el filósofo francés del posmodernismo, y debo terminarlo porque tengo que devolverlo mañana temprano... En casa cortaron la luz, y no tengo ni un mocho de vela...

-Pasa, pasa, dale, instálate en la terraza. Mira, éste es... el Nihilista. -Ahí mismo, éste se entera de que lo he rebautizado. Aunque sorprendido, se ve que le gusta, está complacido de que lo llame así.

-Y usted, usted, será el Traidor -suelta sin darme tiempo a prevenirle con un guiño coadjutor para que no pronuncie esa palabra.

-¿Ah, sí? Pues me entero ahora de que Yocandrita me dice así. Porque me la corto de que es idea tuya, ¿no, Yocandrita? -inquiere al borde de la cólera, pero fingiendo pasividad, indiferencia. ¿Qué amenazaría con cortar, la cabeza o el rabo?

-No me digas Yocandrita, sabes mejor que nadie que no me gusta que me achiquen el nombre. Sí, fue idea mía, ¿y qué? ¿No fue idea tuya en otra oportunidad burlarte de mi verdadero nombre?

-¿Burlarme yo, de ti? Siempre he sido, soy y seguiré siendo hiperrespetuoso.

-Ya, ya, ya, cállate... -y friendo un huevo en saliva los dejo en la sala estudiándose mutuamente, celosos uno del otro. Voy al baño, me siento en el inodoro y me pongo lela con el éxtasis del vaciado de mi vejiga. Los escucho conversar a pesar de mi meadera y a través de la ventana que da al respiradero.

-¿Habrás visto tamaño desprecio, tamaña calumnia? ¡Traidor, decirme traidor a mí! ¿Y por qué? ¿En qué la traicioné?

El Nihilista se encoge de hombros, y fingiendo ignorancia se levanta y va hacia la cocina a preparar un té de jazmín, marca Lipton, envío de un amigo suyo mexicano. Aprovecha el sonido de la ebullición del agua para ensordecer ante los insultos del Traidor, pero éste lo persigue con el mismo discurso incoherente. Yo los espío a través del filo de las ventanas, una que da a la sala y otra a la cocina. Todo narrador, además, es ubicuo.

-No merezco ese nombre, no lo merezco... Oye, seguro que sabes quién soy. Fui su primer marido, el que le enseñó todo lo que ella conoce de este mundo...

-Hombre, no exagere, no todo -interrumpió el Nihilista-. Algunos también le hemos dado algo, y ella ha aprendido por su parte... Es inteligente... Nosotros le debemos mucho también...

-Yo no le debo nada. Nada. Yo siempre he sido brillante. ¿Te ha contado a lo que me dedico? -pregunta molesto el Traidor. El Nihilista asiente con la cabeza.

-Sí, ya sé que es filósofo.

-Y novelista -agrega el Traidor-. Dime, ¿a ti no te jode que te haya puesto el Nihilista?

-Pues... sí y no, suena bello, poético, medio maricón. No sé si lo merezco, tal vez me puso así para no decirme Comemierda.

El Traidor se dobla de la carcajada. Tose. Pierde la voz, un silbido enfermo sale de su pecho. Hurga en sus bolsillos aún muerto de risa, extrae una cajetilla de cigarros Populares del logotipo verde. Es decir, los que le tocan a las personas que cuentan más de treinta y cinco años por la libreta. Enciende un cigarrillo y muy pronto se forma la cortinilla de humo entre él y el joven. Termina de orinar no sé cuántos litros, jalo la cadena, aparezco haciéndome la muerta que no sabe el entierro que le hacen.

-¿Tú no tenías que leer? -le bajo tremenda velocidad al Traidor.

-Sí pero... estaba esperando el té y conversando con... el Nihilista -subraya y ríe frenético. Al instante se enseria, amedrentado ante mi mueca de asco-. Estábamos intrigados por saber el origen de nuestros nuevos nombres.

Bebemos el té hirviente. Me reclino en el sofá con las piernas descansando en un almohadón. Tengo los ojos bajos. Mis amargas experiencias maritales no han hecho que pierda el pudor. Explicarle al Traidor por qué había escogido ese adjetivo para designarlo sería remover en la mierda, sacar patéticas excrecencias a relucir, como pellizcar la verruga cancerígena. Sería opinar de él como nunca lo había hecho, ni conmigo misma delante de un espejo. Sin embargo, mis labios se mueven mecánicos.

-No creas que te guardo rencor por los tarros que me pegaste, ya eso no tiene ninguna importancia para nadie. No pienses que tengo alguna idea fija contigo, o que hago esto o lo otro para que me debas algo. Lo que hago, lo hago por humanidad, porque la venganza también es humana. Podría haberte botado y te dije que te quedaras. Así que no te hagas ilusiones, ese apodo en nada tiene que ver con alguna pasión personal. No es porque me hayas traicionado por lo que ahora te nombro así. Sé que has cambiado mucho en tus posiciones políticas: si antes eras un comecandela, hoy esquivas cualquier compromiso con el régimen. No soy monga, veo que te estás construyendo un expediente de disidente para, si en algún momento se pusiera fea la cosa, salvar tu pellejo. Pero tampoco es por esa razón por la cual te puse el Traidor. ¿No te das cuenta, no te miras en un espejo? ¿Cuándo vas a dejar de traicionarte a ti mismo? ¿Cuándo acabarás de ser coherente con tus propios pensamientos? ¿Cuándo dejarás de inventarte a ti mismo, haciendo creer que estás escribiendo un libro? Si lo que haces es como una tarea de la escuela, una penitencia: seiscientas páginas de líneas con un fragmento repetido: «Soy escritor. Todos me persiguen y no escribo. Soy escritor». La letanía impresa hasta el convencimiento de lo contrario. Tú vives en la traición. Eres el traidor de ti mismo. Necesitas traicionar las pequeñas cosas de la vida. Una vez fuiste a sacarte una muela sana para convencerte de que por culpa de esa extracción no podrías escribir durante meses. ¿Recuerdas? ¿Por qué seguir jodiéndote la vida? Si acepté seguir la relación contigo, si permití que regresaras, fue para vengarme, y creo que incluso te estoy ayudando. Aparte, te doy la oportunidad de que reconsideres tu situación, antes de que decidas suicidarte. Porque tú eres un seguro candidato a cortarte las venas. (Si te empatas con una cuchilla de afeitar, claro.) O a envenenarte con un saco de pastillas. Aunque dudo que encuentres farmacia tan provista. En fin, ahí está el mar, que siempre le saca las castañas del fuego a uno. Y ahogado probablemente inspires más lástima, cosa que tú necesitas con verdadera ansiedad. Eres adicto a la lástima. Dudé mucho cuando quise rebautizarte, tenía dos opciones: la Víctima o el Traidor. Escogí la última porque es más abarcadora, y porque a la larga un traidor siempre es víctima de algo, de alguien, ni que sea de sí mismo. Se acabó. Ni siquiera te odio. Po-

dría estar toda la madrugada diciéndote improperios, pero es suficiente. Si te queda una gota de vergüenza te largas, si no, puedes quedarte. Aquí siempre tendrás un refugio. Pero bajo la siguiente condición: terminó tu dictadura.

-¿Y empezó la tuya? -pregunta irónico, sin la menor huella de sentirse herido. Mi mano se suelta y le aplaudo la cara: ifuácata, fuácata, fuácata! Tres galletazos como en las películas, sin receso.

El Nihilista observaba tembloroso hasta ahí, pero cuando mi mano va para el cuarto bofetón en la cara impertérrita del Traidor, me retiene el brazo en el aire.

-Por favor, si me amas no me hagas testigo de estas escenas, debieras haber resuelto este problema hace rato.

El otro enciende pausado un cigarrillo, le vibran los músculos de la cara al rojo vivo. La marca de los cinco dedos de mi mano forma un hermoso dibujo abstracto. Toma el libro y se va a la terraza a leer las páginas donde -según él- Jean-François Lyotard se retracta de toda su obra. Estoy segura de que continuará visitándome, porque es un sinvergüenza adicto, empedernido. El Nihilista esconde el rostro entre las manos, y sólo para que lo levante y me mire le pregunto:

-¿Tú también necesitas saber por qué te puse el Nihilista? ¿Te preocupa?

-A la única que debe preocupar es a ti. Creí que tú eras sincera conmigo. Yo sólo necesito amor, así de sencillo. No quiero dañar a nadie, mucho menos a ti... -Y en eso detiene sus insulsas, pero auténticas palabras.

Mis ojos casi sangran de lágrimas. Los aprieto y el líquido salado despega mis pestañas con gruesos goterones. Me estoy muriendo, me muero. No pueden ocurrirme tantas cosas al mismo tiempo. Y sin embargo, parece como si nada ocurriera, como si desde que nací hiciera lo mismo, callarme, estallar, llorar. Callarme, estallar, llorar. He roto mi pasividad. Ser melancólica es mi protesta, la huelga que soy capaz de hacer para independizar mi tristeza de la tristeza colectiva, para ganar que me rebajen el horario de angustia asalariada, pagada con el salario del deber. Como si con el deber se pudiera comprar, por ejemplo, azúcar o petróleo. Nací marcada por el deber transcendental. Debí ser fiel a mis progenitores. Debí ser fiel a la patria. Debí ser fiel a la escuela. Debí ser fiel a las organizaciones de masas y a las otras. Debí ser fiel a los símbolos patrios. Debí ser fiel a mis «compañeros» (la palabra «amiga» fue empobrecida, eliminada). Debí ser fiel a mi esposo, digo, a mi «compañero». Debí ser fiel a todo lo que no me fue fiel. Por exceso o por defecto. Queridos paternalistas, miren cómo me mata la fidelidad. Lloro infiel, y ésa es mi cobarde prueba de coraje. Saber que lloro porque no creo en nada. Ni en ti, Nihilista, que me estudias con las pupilas secas, y no mueves ni un dedo para impedir mi histeria. Sólo temblequea tu pie derecho, insistente, como si cosieras en una máquina de coser Singer. Lloro porque hoy todo me sucede de sopetón, a mí que nunca me pasa nada, que siempre hago lo mismo: pedalear y pensar en las musarañas. A veces sospecho que ya me puedo morir, que todo lo

que me iba a suceder ya me aconteció, y fue rápido, sin darme cuenta. En la actualidad sólo tengo derecho a mi bicicleta y a mi mente. Hoy me cae encima toda la vida de golpe: mi infancia, mis padres, la Gusana, el Lince, el Traidor, el Nihilista, la oficina, el mar... el país. ¿Cómo volver a nacer de otros padres, poseer otras amistades, otros amores, otro trabajo, otro mar o tal vez ninguno... otro país? O ninguno. ¿Cómo dejar de ser yo? Yo con mi nada a cuestas, mis minucias, mis pobrecitas cagaditas cotidianas. Para ser sincera y no engañar a nadie, mucho menos a mí, podría quitarme toda esa cagalera de la cabeza y dedicarme a mi otro yo ficticio. Sacar la careta reservada para la supervivencia: yo, jefa de redacción de una prestigiosa revista literaria. Asisto lo mismo a asambleas, consejillos, reuniones, que a recepciones en embajadas. Mantengo la boca cerrada, porque en boca cerrada no entran moscas, y los embajadores, compañeros, invitan a succulentas comidas y copas de champán. Champán va y champán viene, para que uno hable, vomite todo lo que sabe y lo que no sabe también. Al menos ellos son más generosos que los del lado opuesto, que pretenden que vomites hasta la madre que te parió a cambio de cualquier distinción entregada a tu familia después de muerte. ¡Pero ésa no es mi vida, no soy yo! Sin embargo, así vives. Así te manifiestas. Es tu retrato hablado. ¿Y no ven, coño, cómo voy perdiendo lo más heroico del hombre, la vida misma, a medida que me incorporo a esas filas de contenidos, a los batallones de condecorados, a los que viven porque mueren por cualquier consigna falsificadora de la vida? ¿No ven que me he ido quedando sin amigos? Se me fueron, se me van, y apenas puedo hablar de ellos en voz alta, y debo fingir que no me alegro cuando les va bien y tienen trabajo, y reúnen unos quilintos, y tal vez regresen de visita, pero ya no viven aquí, ya no estamos juntos en el día a día, ya no existe más el «vamos a casa de fulano», porque fulano, sutanejo y esperancejo se fueron a Miami, o a México para que un coyote los brinque del otro lado de la frontera, o a España a que los traten como indios, o a Francia a ser esclavos y joderse más con la política... ¿No ven, cabrones paternalistas, cómo me están asesinando a los amigos? ¿Y mi familia? ¡Part'ía de locos, ya ni siquiera saben si son humanos, ellos son partidistas, que para ellos está por encima de todo, por encima mismo de ser humanos!

-¿Puedes explicarme por qué lloras? -por fin demanda apagado.

-No sé, no tengo la menor idea. Hay días en que me da por llorar y llorar hasta que caigo como un tronco, rendida, y al día siguiente lo olvidé todo. Es como una borrachera.

-¿Quieres que me vaya? Puedo venir mañana.

-¡Ay, no, por favor, no me dejes!

Se achinan exageradamente mis ojos a causa del llanto. Igualita a Ochín, la japonesa del serial de los martes y jueves. Ochín comiendo arroz solo. Ochín sumisa tragando cucharadas de arroz con nada. El Nihilista saca el pañuelo rojo y blanco de cowboy del bolsillo trasero del pantalón, seca mi rostro. Esa acción me

vuelve a poner triste y las lágrimas enchumban el cuadrado de tela bordado en las puntas con sus iniciales. No sabe qué inventar para distraerme, da varios paseítos por la sala, desde ahí puede distinguir al Traidor recostado en la hamaca de la terraza, embebido en la lectura. Y como el Nihilista es también un mortal, se aburre de verme sonándome la nariz. No hace ningún esfuerzo especial para demostrarme que es diferente, por ejemplo, aunque sea un semidiós, un semisalvador, porque los dioses... ¡Los dioses! ¡Qué vanidosos se han puesto con sus pobres criaturas! El Nihilista va al cuarto, abre la gaveta de la cómoda, extrae el tablero de ajedrez y coloca las piezas.

A las dos horas de estar jugando en solitario, el Nihilista se da cuenta de que el Traidor ha cerrado el libro en la última página. Por fin ha terminado...

-¿Algo interesante sobre el posmodernismo?

-Nada nuevo bajo el sol, teorías y teorías enrevesadísimas. Para entenderlas hay que vivir en las ciudades industrializadas, y uno está aquí, de bestia, esperando, esperando, esperando la carroza... la de carnaval o la fúnebre... «Ya viene llegando», como en la canción de Willy Chirino.

Y ríen como niños brutos. El Nihilista le muestra las piezas negras, se las ofrece. El Traidor acepta. ¿Apostarán algo? Sí, el que gane tendrá derecho a un beso mío. ¡Qué par de idiotas! Juegan al ajedrez y pareciera que es a la botella. Mi mente queda en blanco varios minutos, la mente amplia y vacía, fija en sus espaldas, en las sienes tensas de ambos, en la manera en que alisan sus cabellos con dedos crispados, en sus gestos taciturnos de campeones, como si en ello les fuera la vida. Parecen Karpov y Kasparov en sus buenos tiempos, aunque ellos nunca se enfrentaron por tan poco. Lo del Nihilista y el Traidor es gastar neuronas por gusto, por el placer de pasar la madrugada pensando, ¡tan bueno que es dormir! ¿Para qué tanto empeño en ganar? ¡Vamos, si el premio será sólo mi callada, mi amordazada boca!

Mientras ellos discuten la partida yo me escabullo a mi refugio hexagonal, mis tres ventanas a través de las cuales el mar se ve diferente. En la de la derecha las olas van y vienen gigantescas, encrespadas, furibundas. En la del medio el mar es un plato, azul brillante, con esa estela surrealista de iluminación tropical. En la ventana izquierda el mar aparece negro, sobre el oleaje flotan estrellas. Sin embargo, en cualquiera de las tres espejean la luna y el sol a la vez, y anochece y amanece intermitente, como en los videoclips, a todo meter.

Crunch, crunch, crunch... es el puerco que los vecinos de al lado crían en la bañera.

Brrr, brrr, brrr... es el guanajo de los vecinos de abajo, que desde el closet le responde al puerco.

Beee, beee, beee... es la chiva que le protesta al guanajo, amarrada como está en la terracita de siete por siete losetas.

Quiquiriquí, quiquiriquí, quiquiriquí... es el canto del gallo, el que despierta a todo el vecindario. El gallo en la barbacoa -no la de cocinar, sino la otra, la que te achicharras dentro-, con su quiquiriquí desequilibrado. El gallo no se acostumbra al horario del edificio, a las exigencias del consejo de vecinos... Los animales se educan para los apartamentos y los hombres para las granjas. Y en las granjas todos entran comunistas y salen religiosos...

Quiquiriquí. El canto del gallo me llena de optimismo. Súbitamente, en las ventanas brilla un sol hiperrealista. Es de día, día. El gallo me da fuerzas. Su canción tiene más contenido que cualquier canción de la OTI. De Cuba a Valencia. De Cuba al mundo. Los años los contamos de OTI en OTI. ¿Quién ganará este año? Y los caracoles moviéndose, y la brujería en su punto. ¿Por qué no mandamos el gallo a la OTI?

En la azotea repiquetean tambores, es un toque a Changó. Tan temprano y la guerra. Un sol que raja. Un hacha. Una espada sobre mi nuca. ¡Santa Bárbara bendita, que viva Changó! Ahora la gente le toca un tambor a los orishas igual que antes cantaban el himno en un matutino, o en el acto cívico de los viernes dedicado a la liberación de Vietnam. Va y a lo mejor todo está ligado. Todo tiene que ver. Por mis venas corre sangre negra, no puedo negarlo, nada más oigo un tambor y se me eriza el alma a la altura del huesito de la alegría, de tanto remeneo contenido. Amazacotada está mi cabeza entre gritos sordos y cantos como lamentos. Reclamamos a la religión. ¿Reclamamos a la nada?

Los dos hombres siguen doblados sobre reinas, reyes, alfiles, torres y caballos. ¡Cómo ha diseñado de bien sus entretenimientos el hombre! ¡A su imagen y semejanza! Hay un mosquero y un guasasero del carajo. En la cocina se pudre la basura. Recojo el nylon que contiene los desperdicios y, sin prevenirles, bajo a la calle a botar lo que fue y ahora es nada asquerosa. Nada cagada.

Como de costumbre, los tanques se desbordan. Cinco o seis viejas sacuden cubos de porquería maloliente en plena calle. La más anciana comenta con inesperado tono de arrepentimiento:

-¡Y yo que lo tenía en un altar!

Para qué fue aquello. Una turba de mujeronas armadas con palos salieron de detrás de las columnas, rodearon amenazadoras a la anciana. Al punto la más agresiva interrogó:

-¿A quién tenías en un altar que ya no lo tienes?

-A quien tú sabes... a nadie... un dicharacho.

-¡Ah, un dicharacho! ¿no? Mira a ver, vieja delincuente, escoria, rata de cloaca, si te amarras bien esa lenguaza, si no quieres que te la muelan a palos.

La viejecita se retira silbando *La Internacional* para borrar todo tipo de sospecha o mal entendido. Una vez que supuestamente hemos desaparecido, el bando de robustas féminas a lo estatuas realistas socialistas se dispone a registrar nuestros nylons de porquerías. El mínimo papel será revisado y glosado, ar-

chivados en nuestros respectivos dosieres. Dicen que archivan hasta el papel higiénico -es decir el periódico *Granma*- después de haber analizado, minuciosos, el tipo de ideología que profesas según el tipo de excrementos que defecas. No lo dudo, aquí cualquier mierda represiva es trabajo. Si no, miren, las BRR (Brigadas de Respuesta Rápida), almuerzan pollito, meriendan sándwiches y helado Coppelia de chocolate, comen pollito. Así todo el país, con el hambre que hay, querrá pertenecer a sus filas. Duermen en los parques frente al Malecón. No disparan un chicharo, les pagan y los alimentan sólo para vigilar y golpear. Y mientras más pescozones den más pollito comerán.

Subo arrastrando los pies. Peldaño a peldaño arrastro mi miedo. Tengo miedo, lo confieso, y esto agudiza mi miedo. Es la primera vez que siento un miedo desquiciado. Espero la puñalada trapera, el venenazo, la escupida de fuego, el mazazo en el cráneo. Pero no llega. Nunca se presenta de frente, directo. Abro la reja. Entro y escucho ronquidos orquestales. Increíble: el Traidor y el Nihilista durmiendo en mi cama. El tablero desierto, las piezas regadas por el suelo. Con toda evidencia, no hubo triunfador. Salvo el sueño. Los meprobamatos que yo había deslizado subrepticamente en el té han hecho excelente efecto.

En mi celda hexagonal suspiro, inhalo el humito del café mezclado con trigo. Amanece uniforme. Hay mucho sol y sin embargo un aire fresco bate mi pelo. El mar está azulísimo, encima hay un jardín de girasoles, tulipanes, adelfas, siemprevivas, mar-pacíficos, orquídeas, jazmines, margaritas, y todas, todas las flores del planeta. El cielo está despejado y menos teñido que el mar. Es bella, hermosísima, esta combinación de luz y color. Lo nunca visto. ¿Pero son flores o ataúdes? ¿Es un jardín o un cementerio? ¡Yo quiero un jardín, me urge un jardín! ¡Ay, qué orgullo siento de ser cubana! ¡Ay, qué terror siento de ser cubana! ¡Aclárense mis ojos! ¿Son fulgores naturales o faros persecutores? Es un jardín. Estoy segura de que es un jardín. Patria o muerte. Basta de jodernos por comer mierderías. ¡Es tan hermoso vivir esta experiencia! A pesar de que nos morimos poquito a poquito. Cada vez que pestañeamos y dejamos de ver, de escuchar. Escuchar: un hipercanto a lo hipervivo. Hemos hecho una Revolución más grande que nosotros mismos. Y de tan grande se aplastó bajo su propio peso. Estoy frente a un cuaderno rayado, devanándome los sesos. Pruebo el café, está riquísimo, digo, malísimo, lo podría haber azucarado más. Busco cualquier pretexto en cada mínimo objeto que me rodea para no seguir pensando más. Para no comprometerme con algo que no sé si podré hacer, si tendré ovarios: describir la nada que es mi todo. Pero allá está la Gusana, exigiéndome un best-seller, la pobre. ¿Y si la decepciono? Aquí ya no está el Lince para aprobar la novela, para calificarla exaltado, afirmando que es genial, que habrá que publicarla al precio de la vida. Yo sé que no será genial. No me sobrevaloro. Soy un producto semántico de pésimas maestras de español. No me sobrestimo. Tengo dudas con la construcción de frases largas, hago una choricera de palabrería superflua. No soy la campeona de las

declinaciones, nadie tiene que decírmelo. Debiera leer más a Lezama y a Proust. Beso el cristal de la ventana del medio y tengo la certeza de que el Lince estará haciendo lo mismo ahí enfrente. Rodeado del mismo océano.

Invoco a mis orishas: ¡Denme fuerzas! Tal vez debiera ir a lavarme los dientes, a peinarme, a cambiarme de ropa. ¿Por qué estoy tan ceremoniosa? Tengo miedo, coño, eso sí. Por eso hablo de esto y de aquello y de lo otro y de lo más allá. Porque ahora veo miles de balsas repletas de cadáveres en el mar. Porque tengo el miedo más grande del mundo. Por eso chachareo y chachareo. Para impedirme comenzar. Para evitarme iniciar la frase. Para autocensurar las palabras que, como unas locas, unas putas, unas hadas, unas diosas, explotan desaforadas con la tinta de la pluma que mis dedos aprietan. Porque hay amigos muy grandes que murieron, otros que se fueron y otros que se quedaron. Todos aquí, dentro de mí. Dentro de las palabras que no sé más si soy yo quien las escribe. O si son ellas las que me escriben a mí:

Ella viene de una isla que quiso construir el paraíso...